EL MAGO DE LOGROSÁN

VIDA Y MILAGROS DE UN RARO MORTAL, TEÓSOFO Y ATENEÍSTA

RECOPILADOS POR

D. LIBORIO CANEITI y ÁLVAREZ DE GADES

Bibliotecario del *Vicus-Tara,* en los lagos de Somiedo (Asturias).

MADRID

Librería Hispano-Americana de la Viuda de Pueyo.

Calle de la Abada, núm. 19.

1917

A los españoles ESPAÑOLES,

que tengan oídos para oír y oigan.

UN ÓBOLO A LA JUSTICIA

El hombre más incomprendido de todos los españoles contemporáneos.

–«Es una interrogación este Roso!»–dijo el célebre caricaturista chileno, Sr. Vidal, cuando, con experto lápiz, representó a nuestro gran amigo, el mago logrosaniego, pluma en ristre y el cuerpo curvado en forma de interrogante, al saltar meteóricamente por los aires, desde España hasta América, tal y conforme aparece en la portada de este libro, saltando, digo, como si el gran río Océano de los clásicos griegos no fuera para él sino uno de los míseros regatos que fertilizan a Logrosán, el minero pueblo cacereño de la fosforita.

Respecto de dicho pueblo, que muchos creerán de Portugal, Moleschott, el campeón del materialismo positivista, escribió que algunos de sus hijos no podían menos de tener superior proporción de fósforo, que los demás mortales, en su cerebro. Con lo que, sin saberlo, profetizaba a Roso de Luna.

Don José Acame y Romero dijo en un célebre discurso, hace ya muchos años:

«Alfredo Calderón ha consignado que éste es un desgraciado país en el que los pocos que saben leer, no leen. Debido a ello ocurre que no conocemos nuestras grandes obras ni tampoco a nuestros sabios, y las unas, como los otros, tienen que dárnoslos a conocer desde el Extranjero. Tal ocurrió con el eminente histólogo Ramón y Cajal, y esto hubiera ocurrido con un sabio astrónomo, químico, filósofo y pedagogo, Mario Roso de Luna, si no nos hubiese enterado de ello un hombre como Don Manuel Rodríguez Martín, el celebrado autor de *Cartas Marítimas.*»

Yo conozco hace tiempo al hombre, a Mario Roso de Luna; pero no por eso aseguro que le conozco, porque su mismo nombre y apellidos son algo así como un inquietante pseudónimo de un alto destino: *Mario,* es *Marinus,* cosa azul, cosa del mar, o de IO, como él mismo diría; *Roso* –el *rosso* italiano–,es rojo, y *Luna,* es *amarillo…* ¡Ahí tenéis, pues, los tres colores simples fundidos en un solo color de misterio. Un hombre que así se llama tiene que ser, por fuerza, toda una interrogación del Destino! ¿Quién no ha leído, en efecto, los comentarios y cábalas que, desde que el mundo es mundo, vienen haciéndose con todos los nombres de los hombres grandes?… Sobre los

nombres de Cristo hizo fray Luis de León un poema; sobre los de los dioses, nuestro Estanislao Sánchez Calvo hizo una epopeya; sobre el dulcísimo nombre de Beethoven, Alemania y el mundo han hecho verdaderos himnos de amor y de reconocimiento hacia el titán de la Sinfonía, y todos los clásicos tienen nombres de misterio: Anaxágoras, *el filósofo del agua;* Xenócrates, *el viejo del misterio;* Pitágoras, *el profeta del pueblo,* como todos los santos y santas de la leyenda dorada tienen nombres de inefable virtud: Hipólito, Eugenio, Atanasio, Antera, Zacarías ..

Por eso obró pésimamente cierto amigo nuestro al burlarse de aquel honrado y serio catalán, a quien le chocó el *artículo-hacha* (que damos más adelante) del fiero Bonafoux, acerca del primer libro de Raso de Luna, artículo, cuyo título era «Hacia la Gnosis, con *wisqui*». El buen catalán se lamentaba con amargura de que el autor de tal libro, «por miedo a las verdades que lanzaba, hubiese apelado al pseudónimo»… ¡Un pseudónimo *rojo* y *gualdo,* como la bandera de la Patria!

El primer acto civil que se recuerda del mago de Logrosán –como después va a llamarle Pedro de Répide, el cronista–, fue el de arrancar implacable un gran mechón de pelos a su niñera, por haberse obstinado ésta, contra todos los cánones astrológicos, en llamar al arco-iris, *el arco de Santiago…* ¿Cómo tolerar a los tres años semejante blasfemia científica? Quien así no obrase, ¿qué no habría que tolerar después al mundo, dejando sentados tan funestos precedentes contra todo derecho?

El segundo punto de que las crónicas hacen mención respecto de nuestro héroe, fue la profecía de cierto jesuíta o párroco de un pueblo vecino, quien, nuevo Simeón o Melquisedec, al ver al niño rubio y sonrosado, como un deva o un gandhava indostánico, auguró para él, a la santa madre, toda clase de glorias futuras. Por eso, años más tarde, le llamaban *príncipe* unos pundonorosos militares que presenciaron su primer examen sobre «pretéritos y supinos», allá en Cáceres, el año 1881, cuando sólo contaba nueve años, y poco más de tres palmos de estatura.

Pero antes que el latín, nuestro héroe ya conocía las constelaciones y la Biblia, en cuyos asuntos, su madre era una gran maestra y ya le había leído ésta el *Robinsón* y el *Quijote,* los dos libros que, a modo de dos tapas, encuadran toda su vida de solitario y de idealista. Todo lo demás del mundo fue siempre cosa de juego para Roso de Luna… ¡Y felizmente le sigue siendo, pese a quien pese!

Así le vemos luego abogado en ejercicio y astrónomo que descubre un astro;

periodista católico y consumado guitarrista; volteriano parisiense y londinense anglicano; liquidando el comercio de su suegro y llevando su contabilidad, ni más ni menos que Mahoma al casarse con *Kadidja;* enseñando oficialmente en la «Mairie de la Banque, o du deuxième arrondissement», de París, lengua española y matemáticas, como si fuese un emigrado liberal del pasado siglo, y trabando conocimiento a un tiempo con protestantes y teósofos, positivistas y swedemborgianos, masones y espiritistas, para constituir, allá en sus fondos de rebelde eterno, esa indefinible síntesis de su filosofía *que no pertenece a escuela alguna,* porque rompe siempre los moldes de esos lechos de Procusto, en que la gente vulgar suele encasillarse, como si todos no fuéramos hermanos y como si hubiese alguna verdad *verdadera* en este bajo mundo.

De la primera estancia de Roso de Luna en París, los anales, *akásicos* o de la Luz Astral, nada de particular cuentan, como no sea la profecía de *Le Messager de l' Europe* que subsigue a este proemio, y que en todas sus partes se ha cumplido.

Hablemos, pues, de la segunda estancia de nuestro héroe en París en 1898.

Armand Colin le llevó para, con el sabio Toro y Gómez, hacer un diccionario. Roso era hombre de modestas exigencias, laborioso y sin vicios, y como estaba bastante bien pagado por la Casa parisina, podía pensarse que se daría en la *Ville-lumiere* la vida de un nabab de la India. Por desgracia, tenía que atender a su pobre familia que quedaba en Extremadura. Además, la llegada del murciano más listo que han cobijado los cielos, le vino a complicar muy seriamente la vida.

No estoy autorizado aquí para dar el nombre del murciano en cuestión, hijo del mejor operador levantino émulo de D. Federico Rubio. Sólo diré que este joven, rico, pero calavera, cayó en París para purgar con toda dignidad cierta travesura suya, de las de marca, hecha al papá; y como París no tiene la temperatura de Murcia, ni ha nacido para el trabajo ningún buen aristócrata de raza, el pollo murciano despreció los buenos cinco francos diarios que le daba un vinatero de los *quais,* ¡a él, químico ilustre!, y previo pacto de sangre, cual el de Sigfredo y Gunter, Roso asumió la responsabilidad del sostenimiento de tan meritísimo joven, y por cierto que no sembró en mala tierra, porque un año después le abonaba éste *la media millonada* devengada en sus andanzas *bulevardieras.*

Pero, mientras, los honorarios no alcanzaban para las tres casas, y vino el estrujamiento pecuniario final y el empeño del reloj, las alhajas y las condecoraciones

que el *buen burgués* de Roso tenía. ¿Cabe que otro nadie que él haya podido ser así un bohemio sin vicios?… El gran Santiago Romo-Jara, el hombre-síntesis de todas las andanzas del españolismo parisiense, que *presidía* solemne a los otros dos jóvenes, y con ellos tocaba la guitarra, y hablaba de química y hasta se confesaba…, es el único que podía, si quisiese, dar proporciones épicas a este trozo de la vida de nuestro héroe, época en la que trabajó tanto, que es fama llegó a devengar a la viuda de Bouret hasta 50 francos diarios, lo que supone, a franco por pliego de corrección, una lectura de ¡800 páginas por día!

De todas estas raras aventuras no sacó nuestro héroe otra enseñanza que la del clásico en la tan manoseada frase de *homo sunt, et nihil humani ad me alienum puto,* así que, cierto domingo, en que, como católico había oído devotamente su misa, he aquí que, no sé si antes o después del desayuno; se le ocurre penetrar como *turista* en la augusta San Pablo de Londres, en ocasión en que se celebraban los oficios anglicanos. Ver nuestro amigo aquella ceremonia, tan fundamentalmente análoga a la misa católica, admirar la sincera religiosidad con que ella era oída, y sentirse profundamente cristiano con aquellas gentes, por encima de las diferencias de un lamentable cisma, todo fue uno. Él mismo nos lo ha contado varias veces, con sincera emoción, diciéndonos que una fuerza interior avasalladora le llevó a sentirse hermano en Cristo con aquella religiosa multitud, y sin ser parte con todas sus fuerzas a evitarlo, ¡comulgó devotamente al par que ella, con las dos especies del pan y del vino!…

No hay que decir la que se armó luego de regreso en su pueblo con el sabio párroco, hoy ya difunto, que le regentaba. ¡El pecado, en efecto, era de los reservados a la Santa Sede, y el noble sacerdote, que había sido largos años vicerrector del Seminario de Plasencia, no sabía qué hacer con un penitente de tamaña cuantía! Bueno, al fin, a fuer de sabio, sin embargo, halló la solución sin duda, solución que ignora cuál fuese este imparcial cronista; pero que ella fue digna, sin duda, del pecado en cuestión, lo revela el hecho de que alguien vió pocos días después al santo sacerdote celebrar en la lindísima ermita de la Virgen del Consuelo, en Logrosán, *al primo albore,* que diría *Rigoletto,* una misa sin más público que el pecador en cuestión y otro buen amigo, que es fama la ayudaron como dos ángeles, aunque no recordasen con demasiada fidelidad, a veces, aquellos sublimes latines del salmo inicial del Sacrificio. Fama es, también, que dicha misa fue canónicamente dicha, con los mejores ornamentos, y a la intención

secreta del pecador, intención tan secreta que ni el propio celebrante jamás la supo, ni el pecador a nadie la ha dicho.

Dejemos ya este espinoso terreno de los cánones, para no ser nosotros tildados tampoco de herejes, y vengamos a otro que parece arrancado de nuestra propia literatura picaresca.

La segunda vez que nuestro héroe residió en Londres, no le fue tan bien como la primera. España estaba a la sazón en entredicho injusto en Europa con aquello de la guerra de Cuba, y Roso de Luna, infinitamente falto de dinero, hasta el punto de que tuvo que cerrar trato por meras cinco libras mensuales con cierto director de Colegio de Ostende, para enseñar, no matemáticas ni cosa que se le pareciese, sino *las carnes,* como él decía, por los rotos que empezaban a dibujarse en su ropa raída.

Hay una eterna tragicomedia en toda vida, y tragicomedia bien curiosa resultó la aventura.

El director en cuestión era un verdadero negrero y tenía todo el tipo vulgar de un tendero enriquecido. Lo primero que hizo fue sondar las vacías profundidades del bolsillo de nuestro amigo, quien, como el hidalgo del besugo del cuento, que le compró por vanidad sin tener aceite ni fuego para guisarle, se apresuró a tomar billete para entrambos con los últimos chelines que le quedaban, aunque iba en ayunas, y en ayunas hizo el recorrido en tren desde Londres hasta Douvres, y el del barco desde Douvres hasta Ostende, y casi en ayunas terminó el día, porque es fama que en aquel colegio de niños segundones de las clases menos acomodadas de Inglaterra, ¡no se comía!

Y no era lo peor que no se comiese, sino que lo del colegio era una mera hoja de parra para ocultar el centro de mayor contrabando de todo el reino belga; ¡de contrabando de tabaco de Bélgica a Inglaterra, y de contrabando de azúcar de Inglaterra a Bélgica, cajas de azúcar que el bueno del director había confiado con mucho misterio al infeliz engañado; durante toda la travesía!

Descubierto el matute, aunque tardíamente, por nuestro amigo, y arrancado «por la fuerza de las armas» el puñado de francos, producto de la enseñanza de dos meses, en los que había vivido poco menos que del aire y de la gracia divina, en aquel legendario país de las hambres y las hazañas de nuestros mayores, Roso de Luna entró sin un franco en París, bajo la protección augusta de Rosell, un bondadoso catalán que

habitaba solo en el rincón más pavoroso del cerrete de Montmartre, entre *apaches* y cocotas y que no pudo cederle sino una de sus dos sábanas y una de sus dos almohadas para dormir en el suelo y quiso el hado que el buen Rosell tuviese que venir a casarse a poco, dejándole a Rosa el usufructo íntegro de su *inmensa fortuna:* una habitación sórdida, un catre desvencijado y una mesa para escribir. Mario tuvo entonces un rasgo de caridad que debió costarle la vida.

Consciente de aquel inesperado cambio de posición, consideró de su deber cristiano hacer con otro lo que con él se había hecho. Fuese al consulado español, y entre los harapientos de esa eterna cola de repatriables que nunca se repatrían, halló otro joven como él, de aspecto miserable y que le miraba con ojos de suprema angustia. Mario le coge y le lleva a su palacio; pero, a instancias del *cautivo* así redimido, que se decía hijo del Dr. Calleja, profesor de San Carlos, tuerce en el camino para ir a desempeñar, por dos francos, «una gran alhaja» que el cuitado tenía en grande estima. La alhaja en cuestión resultó ser un descomunal cuchillo pampero, y al lado de él y de su dueño, que luego resultó ser un escapado de presidio, durmió, dice el amigo Mario, la noche más tranquila de toda su vida, porque sobre el bandido, que seguramente se proponía robarle, pudo más el alimento, el sueño y *el confort* de aquel albergue, que todos sus propósitos ladrones allí donde nada que robar había…

Además, el buen *karma* de nuestro amigo, como los iniciados decimos, le pone a cubierto siempre de todo peligro, como se ha visto muchas veces y como él mismo refiere, respecto de la gravísima enfermedad que allá a los diecisiete años le puso al borde del otro mundo, en el capítulo de *En el Umbral del Misterio,* que lleva el título de «Varios fenómenos psíquicos de mi vida». Copiémoslo para que el lector medite:

«Sin pretensiones ocultistas, que jamás deben tenerse sin una altísima espiritualidad que disto mucho de alcanzar, por desgracia, voy a relatar sencillamente algunos fenómenos raros que me han acontecido durante mi vida, relacionados con realidades del mundo hiperfísico.

»Hace ya mucho mis años, familia, pobre y desvalida, llegó por primera vez a Logrosán en una tempestuosa noche del mes de Marzo. El vehículo que la conducía se detuvo no lejos, al Oriente de dicha población, frente a la ermita llamada del Cristo de las Angustias[1].»

»Sin saber dónde refugiarse ni qué rumbo tomar, lloraron amargamente los míos, y

dirías e que aquel lugar fue así consagrado para nuestros futuros destinos.

»Muchos años después, en 1889, caí enfermo con una especie de meningitis que puso en grave riesgo mi vida. Los médicos aseguraban un desenlace fatal. Las veces que podía salir de paseo solía mi padre llevarme por aquellos sitios y, cierta tarde de Diciembre, al cruzarlos, una de mis frecuentes alucinaciones, hijas de mi dolencia, me hizo ver, tendido en la cuneta de la carretera, a un singular mendigo *sin cabeza.*

»El efecto que semejante alucinación me produjo fue inmenso; pero mi triste estado no me permitía hacer consideraciones mentales acerca de lo que veía, ni menos comunicárselas a mi padre.

»Pocos días después, en circunstancias análogas, paseando nuevamente con mi padre, vimos ambos que avanzaba por la carretera, en dirección a nosotros y con el paso tan gallardo que parecía no tocar en el suelo, un joven hermosísimo, rubio y de excelentes colores. Cubrían su cuerpo unos andrajos singulares, parecidos a los del cuerpo de la alucinación anterior, pero en manera alguna repugnante. Su edad parecía ser la mía: unos diecisiete años.

»Lo que acaeció entonces no he podido jamás explicármelo. Pedí dinero a mi padre para darle una limosna, como lo hice. El mendigo pasó junto a mí sin decir palabra, cautivándonos con su hermosura; Ni a mi padre ni a mí se nos ocurrió el volver la vista atrás para seguirle; pero nos miramos fijamente entrambos, rompiendo simultáneamente a llorar, llenos de ternura. Una exclamación misma salió al par de nuestros labios: «¡Parece el ángel de Tobías!», dijimos.

»Aquel momento marcó, sin duda, una crisis en mi enfermedad, hasta el punto de que, desde entonces se inició una convalecencia tan inesperada como rápida.

»En unos siete días me encontré curado[2].

»Falta, sin embargo, lo más notable.

»Habían pasado cuatro años y medio de esto, cuando, en 1893, y previa no sé qué especie de premonición poco definida, cruzaba por aquellos lugares y descubrí un astro nuevo, de cuarta magnitud… ¡Era el cometa que lleva mi nombre!»

Renunciamos a seguir copiando hechos extraños, como aquel de las auras y luces de colores vistas por nuestro amigo, y aquel cruzarse una vez con un perro hidrófobo que abrió la boca contra su pantorrilla sin llegar a morderle, con las demás cosas que se relatan en dicho sugestivo tomito, y saltando también por sobre el Roso de Luna,

redactor de *El Globo* y *El Liberal;* el Roso de Luna, fundador del Centro Extremeño, y por sus trabajos, jamás retribuidos en tantos otros lugares en los que derrochó los tesoros de su ingenio con tanta fama como falta de dinero, vengamos al Roso de Luna *cometa* o *peregrino* (que quiere decir lo mismo), volando raudo en alas de la raza, sentimiento en él el más hondo, después del de humanidad a que viene obligado a fuer de teósofo, y digamos algunas palabras relativas a su campaña en América.

Canto de Amor se titula el relato que de ellas hace el propio Roso en el prólogo de su linda obra *Conferencias teosóficas en América del Sur,* y un verdadero canto de amor es, en efecto, que empieza con estos párrafos, de la más pura ingenuidad.

«Elena P. Blavatsky me había revelado un mundo completamente nuevo, tras mis dieciocho años de estudios universitarios, allá en 1902. Convencido entonces de mi ignorancia *ilustrada,* puedo asegurar que desde aquel día de Marzo, una nota secreta, constante como un *mantram,* dulce y augusta como música pitagórica, avasalladora e indeclinable como kármica voz del Destino, resonaba en lo más profundo de mi sér, al modo de aquella otra que al Judío Errante de la leyenda le musitase siempre al oído: «¡Anda, anda, anda!»

»Caminé lo mejor que pude, y en los siete primeros años de aprendizaje teosófico, la *Noche Espiritual* se cernió sobre mí. Una noche verdaderamente hiperbórea, iluminada apenas por las fugaces auroras polares nacidas de mí corazón de impenitente idealista. En lo que podía apreciar, estaba solo, completamente solo.

»Bien o mal, cumplí mi deber. Estudié, conviví la vida teosófica; busqué a mis hermanos; di conferencias; escribí cuanto pude en periódicos, revistas y libros, para comunicar a los demás el santo fuego que en mi pecho ardía. Mas, todo en vano. Como teósofo fracasé en mi pueblo, entre los míos[3]; fracasé en Extremadura, mi región querida, y casi me tenía por fracasado en la propia capital de mi patria, donde podía continuar parafraseando al poeta, cuando dijo:

Mi vida es un erial;
flor que toco, se deshoja,
y en mi camino fatal
alguien va sembrando el mal
para que yo le recoja.

»Pero cada uno de mis aparentes fracasos era en el fondo un completo triunfo sobre mí mismo, pues me impulsaba, a fuer de indómito, a buscar siempre un radio mayor de

acción. Así, desde 1907 había trocado mis mayávicas preferencias patrias por un santo amor a nuestra Raza, esa que se alza gigante sobre las dos brillas del Atlántico y se asoma, llena de esperanzas de bendición, a las vastas soledades del Pacífico; esa raza, en fin, mitad protoamericana, mitad ibera, debida al épico esfuerzo de mis viejos paisanos los extremeños, a quienes la envidia o la frivolidad y la ignorancia no ha hecho todavía justicia, en medio de la misión civilizadora que desempeñaron, aunque bárbaramente quizá, como exigía la índole de unos tiempos que en Europa mantenían pujantes a la Inquisición y al Feudalismo y en América los más atroces sacrificios humanos de aztecas e incas.

»Mi colaboración constante en las Revistas teosóficas de América era el irrompible lazo que con aquellos hermanos ya me unía. ¿Quién sabe si él no es sino la continuación en el tiempo del propio karma de los conquistadores? –Colón parece fue oriundo de Extremadura; extremeños fueron los que a Colón acompañaron en su primer viaje, y de mi mismo pueblo fue uno de éstos, como lo fuera también el primer poeta épico de América, Martín del Barco y Centenero, autor de *La Argentina,* y, si queréis más *coincidencias,* sabed que Logrosán es el vértice oriental de un pequeño triángulo equilátero formado por él, por Medellín, patria de Cortés, y por Trujillo, cuna de Pizarra. Decir todo esto, que benévolamente me perdonará el lector, no es pretender la vanidad de pasar por un moderno conquistador espiritual de América, sino, todo lo contrario, demostrar que, en las cíclicas reciprocidades del curso de los tiempos, América sabe hoy conquistar más pronto que a nadie a quienes vieron la luz primera en el modesto solar de sus viejos conquistadores…»

Y, tras un interesante relato acerca de las extrañas cosas que le sucedieron antes de partir para América, refiere el desengaño de su entrevista con la actual presidenta de la Sociedad Teosófica, madame Annie Besant, en estos términos, donde se ve al hombre de disciplina y al rebelde en una sola pieza:

«No fue una visita la mía a madame Besant; fue una amarguísima prueba de aquellas a que debe habituarse todo discípulo del Ocultismo. Con la natural precipitación nerviosa propia de la increíble premura del tiempo que se me había concedido para la entrevista –¡meros tres minutos de reloj, como si se tratase de algo más que un Emperador o Papa!–, informé a la presidenta acerca de la empresa que iba a acometer allende los mares. Ella, como buena inglesa, me escuchaba impasible… –¿Qué me

aconsejáis? ¿Qué me decís?, pregunté al fin, ansioso; y un seco –*¡Ríen! ¡Rien!* (¡Nada! ¡Nada!) fue toda la respuesta que obtuve[4].

»Aquello era increíble: abandonar, aparentemente al menos, al soldado inexperto; desoír sus demandas de auxilio; dejarle, en fin, solo y entregado a sus fuerzas, parecía el colmo de la crueldad o del desdén. Los tres minutos de la entrevista expiraron burlones, y yo me aparté de allí, deseoso de estar solo para dar rienda suelta a mis encontrados pensamientos… a mis resentimientos, frente a tamaño desvío. Ya en la calle, ordené mis ideas, y el conato de rencor fue ahogado al nacer. –¡Necio! (me dije); cumpliste como bueno al demandar consejos u órdenes que se te han negado, tal vez por no torcer tus iniciativas generosas, quizá por no tener nada que oponer a ellas, considerándote fuerte o, por recuerdo tantas veces repetido en la vida teosófica, del Maestro sereno y el discípulo exigente, que debe acostumbrarse a no contar nunca sino consigo mismo… Una oleada de vigor, de energía indomable, de total confianza en las propias fuerzas, invadió mi sér; si para comprometerme a la empresa no había contado con nadie, para darla cima debía ser lo mismo… Ante la brevedad inútil de una entrevista que era merecedora, en verdad, de mayor detenimiento que aquellos meros tres minutos, para los cuajes había recorrido unos millares de kilómetros, me dije: –Madame Besant es grande, admirable, brillantísima, aunque no tanto como el Sol, y, sin embargo, dos veces en tu vida has hecho viajes semejantes para ver eclipsada la faz del Sol no más que un par de minutos…!»

***

Yo he seguido, en efecto, con la imaginación al *padre Roso* en su peregrinación a lo largo de aquel país americano, tan joven, tan pasional y tan positivista por un lado, como idealista por otro, y le he visto entrar en el hogar de aquel magistrado Dr. Avalos que le quiso traer ante él a sus hijos «para que los bendijese», después de decide emocionado que hasta entonces había odiado a España, pero que él «se la acababa de hacer amar ya para siempre»; le he visto con aquel bravo veterano de la Marina argentina cuanto de la Teosofía, el comandante Federico Washington Fernández, quien, como nuestro Roso contemplase desde el borde del césped una estatua, le hizo pasar pisando sobre éste y, al resistirse Roso, le dijo estas palabras *escultóricas:* –«¡Pase, *no más,* mi amigo, que a ello tiene derecho en toda la Argentina un *conquistador espiritual* venido de la tierra de los conquistadores!»; o con aquel Vicente

Daroqui, medio ciego, que no sabiendo cómo testimoniarle su afecto, le copió a pluma y con preciosa caligrafía las parábolas de Ramakrishna, ¡un tomo de 300 páginas con la más perfecta paciencia *china!* o, en fin, con aquellos caricaturistas *impíos* que representaron a nuestro héroe, unos en forma de interrogación, tal y como va en la cubierta de este libro; otros, cabalgando sobre el creciente de la luna; otros, como nigromante y astrólogo de cucurucho estrellado, negras hopalandas, sapos y gatos hirsutos, matraces y librotes, desdoblando astralmente al presidente Sainz Peña para operar el fenómeno de la transmigración del mando; otros, como *fraile de cuenta* campeando sobre la leyenda de «el Dr. Roso de Luna ha cumplido su misión de profeta del cometa de Halley; vino, nos hizo ver las estrellas y se fue otra vez a la Luna…», etc., etc.

***

¿Qué decir del Roso de Luna en los eclipses de Sol de 1900, 1905 y 1912? ¿Cómo ponderar los infinitos tesoros y raudas cataratas de belleza que han brotado de ese *Cuerno de la Abundancia* o *de la Vaca de las cinco patas,* fuente de inspiración del extremeño primero, del extremeño ÚNICO de nuestros días? Alguna vez querrá el Destino o Karma que yo dé al mundo, como hoy doy este folleto, el ramillete de crónicas publicadas las tres veces en *El Liberal* por el hombre que así se colocaba otras tantas ¡ «a la sombra de la Luna»!

Y no omitiré en el tal libro –palabra de caballero– aquel *corps à corps,* terrible, apocalíptico, casi cómico de puro trágico, entre Roso de Luna e Iñiguez, el señor Director del Observatorio Astronómico de Madrid, con ocasión del último eclipse en Cacabelos. fue tan terrible la discusión entablada, que los amigos de entrambos llegamos casi a temer una catástrofe astro-teosófica, pero felizmente no llegó la sangre al río, porque los dos valerosos y esforzados campeones me parece tenían no poco de aquellos inmortales Barbicane y Nicoll, los héroes del proyectil y de la coraza del *Viaje a la Luna* de Julio Verne, que, desafiados a muerte en el bosque, no llegaron a encontrarse, porque el uno se había metido en un macizo a resolver cierta ecuación, mientras el otro se preocupaba de libertar un pajarillo sin acordarse maldita la cosa del furibundo duelo a muerte, que acabó por llevárselos a entrambos de viaje a la mismísima Luna.

Del Roso arqueólogo baste decir que ha asombrado al propio padre Fita, quien, en

más de una ocasión, le ha dado pruebas de afecto, y que cuantos extranjeros se han ocupada de protohistoria ibero-romana coma Hübner, Schulten, Pierre Paris y demás de la Universidad de Burdeos han citado con encomio su centenar de inscripciones nuevas, sus *citanias* luso-iberas y más que nada sus investigaciones sobre la escritura *ógmica, cups-marks* a cazoletas que fue el primero en descubrir en España, llevándole por ello a la Real Arqueológica de Bruselas[5], y que el lector puede ver hoy en trámite de publicación en la excelente *Revista crítica hispanoamericana* dirigida por el sabio Bonilla San Martín, bajo el título de *Un folio del códice ogámico de Ballymote* (Los numerales del Gaedhil, o Galicia prehistórica irlandesa, y los orígenes del alfabeto.), verdadero *puente,* o lazo de unión, entre la prehistoria mexicana y la prehistoria occidental de Europa.

Del Roso de Luna astronómico y químico, tenemos, a más de su cometa que el lector *verá* después, la incomprendida obra científico-teosófica *Evolution solaire et séries astro-chimique,* en la que diseña la futura Historia Natural de los cielos, con tablas y todo, barajando los átomos como si fueran astros y los astros como si fueran gigantescos iones y electrones del abismo cerúleo. Del Roso de Luna matemático, tenemos esas mil encantadoras brujerías con que ha embobado al docto público ateneísta, tales como las conferencias sobre *Teosofía de la cuarta dimensión,* en las que para muchos demostró la posibilidad matemática del otro mundo. Del Roso de Luna músico, tenemos su trabajo-profecía sobre *Música pitagórica,* y, en trance de publicación, su obra *Wagner, mitólogo y ocultista,* uno de cuyos capítulos, titulado *Beethoven, teósofo, fue* espontáneamente publicado en elegante edición privada y de reparto gratuito –que hoy no se halla ni por un ojo de la cara–, por un cultísimo prócer gallego… que no fue, naturalmente, ninguno de los políticos españoles. Del Roso de Luna filósofo, tenemos su obra entera, que cuenta ya con unos catorce tomos a cual mejor. Del Roso de Luna sociólogo, tenemos sus numerosos trabajos sobre *Higiene integral* y su estudio premiado *Proyecto de una escuela-modelo para la educación y enseñanza de jóvenes anormales,* estudio del que el gran P. Manjón dijo que era un tesoro didáctico que merecía estar escrito en letras de oro…, salvo una palabra: *un plural,* es a saber: que debió poner «Religión allí donde, pecador, puso religiones».

Del Roso de Luna polígrafo, en fin, tenemos, publicándose, esa BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS, cuyo segunda toma, acerca de «la sagrada Vaca de las cinco

patas», va hacer perder a alguien el juicio, por lo sabio, por lo documentado y ¡por lo evidente!, mientras que el primer tomo de aquélla, consagrada a *la Asturias tenebrosa* y a la busca y captura de los once millones de pesetas de *El tesoro de los lagos de Somiedo,* ya ha dado qué hacer a no pocos desengañados del mundo pícaro, pues es un hecho que muchos filósofos misoneístas le han escrito a Roso pidiéndole en serio un puesto en el «Monasterio teosófico» fundado… *en lo astral* con aquellos millones; otros le han ofrecido, al efecto, terrenos para fundarle *en lo físico,* y no ha faltado quien ha llevado muy a mal, y hasta roto con el autor toda relación diplomática, que hoy se diría, por haber consagrado ese dinero, *astral también,* a la erección de un novísimo centro monástico, cual Císter del siglo XX, en lugar de haberlo repartido entre los pobres…

Pera del Roso de Luna hombre, que, siendo poeta –¡oh, sabiduría!–, jamás ha *perpetrado* ninguna composición poética; del Roso de Luna, añado, que debutó en el mundo de las letras con una *Preparación al estudio de la Fantasía humana, en la vigilia y en el ensueño,* y siguió con otros trabajos sobre *Alquimia de amor y astronomía psíquica;* del Roso, que es todo intuición y corazón, capaz de haber prestado grandes servicios a su patria, podría referir anécdotas *sui géneris,* que causarían maravilla, ya que con él ha venido sucediendo lo que según Platón pasaba en la Grecia de su tiempo, al decir del Sr. Bonilla y San Martín en su sabia discurso contestando al del Sr. Antón en la Academia de la Historia, es a saber, que «mientras el enfermo rico o pobre llama a la puerta del médico cuando le necesita, el que tiene necesidad de ser gobernado, nunca busca al que se halla en situación de gobernarle, sino que suele ser el gobernante quien va a rogar a los gobernados que se pongan bajo su dirección; y al modo del marinero amotinado que, por persuasión o por violencia, ha logrado subyugar a los demás, expulsa al verdadero piloto, tachándole de estéril contemplador de las estrellas, sin poseer sus conocimientos, así el gobernante poco sabio tilda al filósofo de hombre inútil y perjudicial, y aun de enemiga del pueblo, resultando de aquí, agrega Platón *(Política VI),* que «entre este pequeño número de hombres, los que han devenido filósofos y han gustado de lo agradable y feliz que es la posesión de la sabiduría, habiendo visto, por otra parte, bastantemente la locura de la multitud, que, par decirlo así, no hace nada bueno en orden a la casa pública, y notando que no hay ninguno con quien puede asociarse para auxiliar a la justicia sin exponerse a perder la

vida, coma un hombre caído entre fieras (εἰδ θηρία), no queriendo participar de la injusticia ajena, y no siendo capaz, él solo, de resistir a todos estos entes feroces… juzgándose inútil para sí y para los demás…, permanece tranquilo, ocupado en sus propios asuntos, como durante una tempestad, cuando el viento levanta polvo y torbellinos, se refugia bajo algún cobertizo, mientras contempla a los demás manchados por la iniquidad, y está contento si logra de algún modo vivir esta vida terrenal limpio de impiedad yde injusticia.»

Digo todo esto, porque con ese hombre que ha nacido catedrático y maestro de las gentes, se está cometiendo una gran injusticia, la de no utilizar sus enseñanzas salvadoras.

Vaya sino un solo botón de muestra, tal y como Don Antonín de Miranda y Sol me lo refirió el otro día:

Regresaba nuestro héroe, no poco maltratado en su indumentaria, nada menos que de los lagos de Somiedo, en compañía de este señor, y subía en Gijón por la escalera del regio *Hotel Malet,* donde posaba a la sazón cierta altísima dama, la más querida y popular en Madrid y en toda España.

Al verle dicha dama, con su cara de abate francés; su corona de pelos blancos y negros, a lo San Antonio; su color rojo cambiante y sus tenacillas de plata formando eterna escuadra o *tau* con su cigarrillo, no pudo menos de sentir una curiosidad, harto explicable en una mujer, al fin. La dama, digo, que descendía por la escalera en aquel momento, hubo de pararle en firme, preguntándole a bocajarro:

-Usted, ¿quién es?

-Yo, señora, tengo el honor de ser vecino vuestro… –contestó.

-Sí, en efecto; su cara me es muy conocida; pero, usted, ¿qué es?

Aquí fue el apuro de nuestro héroe, que jamás ha mentido, ni ha querido hacer oposiciones, y que, por culpa de los ministros de Instrucción pública que se vienen sucediendo en España, no es catedrático de Real Decreto, como Tormo, como Valle-Inclán o como doña Emilia, ni diputado, ni nada. Aquí fue el apuro, pues, digo, porque, en realidad, no tiene profesión retribuida y legal alguna que pueda darle un modo de vivir remunerador, y vive sólo de una ínfima renta el buen Roso.

Un santo rubor puso al rojo cereza su inteligente rostro; pero Luna, al fin, es decir, de la familia aragonesa de aquel antipapa que, desde su silla de Peñíscola desafió el rayo

del Vaticano y las iras de los Concilios, irguióse gallardo, y con el aplomo del que está convencido de la profesión, o más bien, de la excepcional misión sacerdotal ejercida por él desde la niñez casi, respondió vivaz al par que olímpico:

-Yo, señora, soy ¡TEÓSOFO y ATENEÍSTA!

No ocurrió más; pero es fama que aquella noche se la pasó en vela el Director general de Contribuciones e Impuestos que, por acaso, creo formaba parte del séquito de la linajuda dama.

Se pasó la noche en vela el Colbert hispánico, digo, pensando en qué clase de lucrativa profesión podría ser aquella de *teósofo y ateneísta,* que de tan sarcástico modo se burlaba de las leyes tributarías y no pagaba nada al Estado por concepto alguno.

***

¡Velázquez fue Velázquez y… *criado de Su Majestad!…*

¡Beethoven fue Beethoven, y con todo, no pudo merecer a toda Austria una modesta plaza de organista de pueblo!…

¡Wagner fue Wagner, y si no es por el viejo santo de Listz y por el loco rey Leopoldo de Baviera, a buen seguro que no la cuenta, y que se lleva al mundo *astral* sus cuatro más colosales epopeyas musicales, desde el *Tristán* hasta el *Pársifal!…*

No es extraño, pues, que nosotros los españoles, convencidos también por la virtualidad de estos ejemplos que podrían multiplicarse hasta lo infinito, digamos con Don Antonio Maura, que no tiene el honor de ser teósofo ni ateneísta, como Rosa:

–¡Nosotros, somos nosotros, y nuestra Patria es siempre nuestra Patria!

Harto tenemos que hacer con preocuparnos de *las estrellas* de aquí abajo con politiquear para colocar yernos e hijos, con luchar contra la libertad de conciencia y con abrir alguna que otra escuela de tauromaquia, ahora que tanta justicia y tanta paz reinan en el mundo…

Ni la benevolencia de los tribunales de examen y oposición, ni los cuartos turnos, ni las escalas cerradas elevaron á Menéndez Pelayo, Benot, Pereda, Letamendi, Costa, Alfredo Calderón, Posada y tantos otros qué han figurado o figuran en los más altos puestos del país.

LIBORIO CANETTI y ÁLVAREZ DE GADES.

Cuevas del Valle del Ajo (Somiedo, Asturias), a 21 de Abril de 1917.

LA PRIMERA PROFECÍA

Entre los españoles de nota de esta temporada, hemos visto al joven abogado extremeño, Sr. Roso de Luna. Un nombre que deben ustedes conservar en la memoria, porque será célebre en día no lejano. A los veinticinco años nuestro amigo goza ya de simpática estimación entre muchos hombres de ciencia de aquí, y con su laboriosidad y energía no es aventurado suponer que en plazo breve obtenga un puesto entre las notabilidades contemporáneas. Abandonando los estrados, donde la razón pura y la moral absoluta suelen no ser siempre tratadas con respeto por la imperfecta justicia humana, el Sr. Roso de Luna ha abrazado, con el entusiasmo de un espíritu superior, el estudio de las ciencias, los problemas del misterioso infinito de los espacios y del espacio no menos infinito y misterioso donde se crean los pensamientos. De sus excursiones por lo profundo de arriba, obtuvo el descubrimiento de un cometa que lleva su nombre; de sus observaciones psicológicas, acaso resulte algún día un libro lleno de curiosas revelaciones sobre ese otro arcano insondable de la conciencia humana[6].

LUIS GARÍN.

Le Messager de l'Europe, Paris, 7 de Agosto de 1897.

EL MAGO DE LOGROSÁN[7]
CRÓNICA

Tornaba cierta noche a su pueblo, caballero en una burra, al regreso de tan prosaico menester como un juicio de faltas, cierto peregrino caballero de Extremadura, y mirando al cielo como quien lo conoce tan al detalle cual si su propio aposento fuese.

Y advirtiendo alguna novedad, como quien se sorprende al penetrar en su estancia y hallar un mueble o adorno que no dejó cuando salió de ella, dióse en la frente una palmada el hidalgo, descabalgó para seguir observando con mayor detenimiento, y vino pronto en convencerse y afirmar que acababa de descubrir un cometa. Y así era, en verdad, y pronto quedó sancionado por el mundo científico el hallazgo del caballero extremeño. Bien que este hombre, en todos sentidos peregrino, es ese espíritu tan alto y tan singular que se llama Mario Roso de Luna.

El propio aspecto de este extremeño y admirable sacerdote del Misterio parece mostrar su calidad extraordinaria. Antes ostentaba una recia cabellera y cerrada barba; de pronto, apareció con el rostro mondo, sin asomo de vello, pero encendido, como si le animara un fuego maravilloso, y coronando su cabeza unos cabellos sutiles que parecían como llamitas de azufre.

El podría repetir la leyenda de Guillermo Postel, su predecesor en los profundos estudios de filosofía y orientalismo, el sabio francés que iluminó los reinados de los últimos Valois, y quien, asegurando que había estado muerto y se manifestaba resucitado a sus discípulos, firmaba siempre en los últimos años de su vida: "Postelus Restitutus".

No es cosa, sin embargo, de imaginarse a D. Mario Roso de Luna vestido de nigromante con un negro ropón talar de mangas perdidas, bordado de estrellas y de soles, llevando sobre la cabeza un cucurucho y en cada mano, respectivamente, una varita de virtudes y un largo catalejo con que escrutar las celestes maravillas. Todo esto, teniendo por fondo de la figura un antro misterioso con retarías y matraces al lado de un hornillo, los muros adornados con lagartos enormes y esqueletos de varios animales, y revoloteando por el aposento un gran murciélago, que supondremos alevoso.

Pero Roso de Luna el mago, que puede cifrar con el Pentaclo y con el Exaclo, es hoy un preclaro descendiente de cuantos a través de los siglos poseyeron el secreto del sello de Salomón. La sabiduría pitagórica, renovada con la moderna ciencia teosófica, vive poderosamente en el espíritu de Roso, fiel adepto a la doctrina de la señora Blavatsky, que cuenta entre nosotros con un madrileño ilustre, D. Rafael Urbano, bien que este otro gran estudiante del Misterio aparece, por su calidad de castizo hijo de Madrid, con un saludable aspecto de geniecillo burlón que, si a los profanos que estamos tan distantes de la preciada categoría de «chela», nos le hace más amable y admirable, puede, en cambio, hacerle sospechoso a los altos iniciados que son sus compañeros.

No haremos referencia a D. Ramón del Valle-Inclán, porque el apóstol del gnosticismo estético y proseguidor de Molinos, manifiesta de otra manera la continuación de las ciencias ocultista y orientalista, y volviendo a D. Mario Roso de Luna, cábenos celebrar actualmente tan prodigiosa actividad como la suya, que en brevísimo plazo de tiempo nos ofrece dos libros de excepcional interés. En estos días, y reducido a los prudentes límites de un volumen corriente, un estudio de los César es pesando sobre la Humanidad, que muestra un gran interés actual, y recientemente un grueso casi infolio, primero de una serie teosófica, y titulado: *El tesoro de los lagos de Somiedo.*

Es enorme el libro y de tamaño desusado ahora; pero de tan magno interés, que se lee íntegro seguidamente, y aún se vuelve sobre la lectura. Escribe el nuevo templario, adorador de un Grial excelso, cosas hondas y peregrinas, llenas de maravilla y aún de donaire. Iluminadas todas ellas por un eterno lampadario espiritual, tan claro y prodigioso como la lámpara de Antioquía que refiere San Agustín, y como la de la cueva de Sequeiros, sorprendida por el mismo Roso en la cripta encantada donde reposa, y es de desear que siga reposando, San Froilán por todos los siglos de los siglos. Amén.

Nada suspende tanto el ánimo, y a ratos le regocija, como aquellas incursiones soterrañas en que aparecen juntos viejos alfabetos esotéricos y un folleto de D. Alejandro Pidal. Cierto que esto puede explicarnos por qué era de tan difícil comprensión aquel castellano con apariencias de sánscrito que escribía el anterior director de la Academia Española. Otra revelación sensacional es la del carácter sagrado de los vaqueros, como «jainas» que son.

Hasta ahora habíase creído que un vaquero era un hombre con una faja, una blusa, una vara en la mano y tocado con una boinita absurda, que tiene más bien aspecto de solideo. Pero ocurre que no estamos bien enterados. Claro es que anda suelto por el mundo mucho socarrón, y es difícil que Roso de Luna convenza a un vecino de que Pacho, el vaquero de la esquina, es un sér sagrado, de estirpe indostánica, que ha llegado a relacionarse directamente con el propio Tatagata. Hasta es probable que el mismo Pacho blandiese airadamente su vara sobre quien le revelase su misteriosa y suprema condición. Nosotros confesamos que, a pesar del respeto y reverencia que nos merecen tan divinas teorías, no le diríamos nada, porque deseamos vivamente que nuestra «karma» nos preserve de los golpes, sobre todo si se dirigen a la cabeza y proceden de un tío muy bruto, aunque sagrado y de origen indostánico[8].

Mas yo juro, por Hermes Trimegisto, que pocas narraciones han cautivado mi atención como esta de Roso de Luna, el mago, que es de la casta de Agripa y Paracelso, y puede remontarse en plática con Lull y los dos Albertos, con Nicolás Flamel y Arnaldo de Vilanova.

Parece que les ha conocido a todos y que viene viviendo cientos de años, no como el conde de San Germán, sino de una manera auténtica y positiva. Diríase que, a través de las páginas del caballero Casanova, le hemos visto en casa de aquella madame Urfé, experta en las artes de la magia, que deseaba renacer con sexo distinto, menos satisfecha con su estado que Tiresias el Tebano, quien, por cierto castigo que mereció de Mercurio, fue mujer una temporada, y luego de vuelto a su prístina condición, recordaba, al parecer con nostalgia, lo mucho que se había divertido en su pasada y transitoria calidad.

Y el mágico de Logrosán, honor positivo de la ciencia española, será recordado como merece por las generaciones venideras. Entretanto, pidamos por la Vaca de las cinco patas que prosiga sin interrupción dándonos su labor, que instruye y que deleita, este hombre peregrino, que descubre un cometa con la misma facilidad con que podemos decir al entrar en el comedor:

-¡Caramba! Hoy hay un plato más en la mesa.

PEDRO DE RÉPIDE.

El Liberal, Madrid, 19 de Septiembre de 1916.

INFORMACIÓN ULTRA TERRESTRE[9]

Señor D. Mario Roso de Luna.

Distinguido señor mío: En contestación a las dos interesantísimas cartas con que usted respondiera a la que tuve el honor de dirigirle suplicándole detalles de su maravilloso descubrimiento astronómico, tengo el vivo sentimiento de manifestarle que ha sido usted víctima de una solemne mixtificación oficial, sin precedentes en la historia de las ciencias.

Si por fortuna para el nombre de España y para el suyo propio hubiera errado la dirección del sobre, e inconscientemente hubiese elevado su petitoria fórmula de prioridad a París, Roma, Berlín, Londres o cualquiera otra capital europea, es más que probable, casi seguro, que a estas fechas su nombre, y por ende el de España, llenarían una página en la historia del cielo.

Suponiendo que en alguna circunstancia cupiera razón contra la madre patria, en ninguna como en la presente. Pero, no. La idea de patria, Sr. Roso, es más grande, más hermosa, más sublime que la propia bóveda azul. ¡Viva, pues, nuestra querida España, siquiera ese potente y sugestivo electro-imán que se llama Africa nos coja de vez en cuando bajo sus garras magnéticas!

Con todas las veras de mi alma, dedícole, amigo Roso, esta información, que no sé si en las regiones oficiales surtirá algún efecto. En el corazón de los españoles que la lean sí la surtirá desde luego…

FRANCISCO GRANADINO.

PRO PATRIA

(CAPÍTULO PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA)

MÁS POR MENOS = MENOS

Suplico a aquellos lectores que conserven un átomo de patriotismo y que alcancen los rudimentos más elementales de la ciencia, fijen diez minutos su atención en las presentes columnas que… «París bien vale una misa», siquiera la presente misa resulte

de requiem, o al menos debería resultar en cualquiera otro país que no fuera nuestra infortunada España …

A principios del pasado Agosto, hubimos de leer en *El Imparcial* un curiosísimo suelto titulado «Historia de un cometa», que logró fijar poderosamente nuestra atención, tanto por lo raro del caso, cuanto por el *savoir faire* astronómico que el suelto revelaba.

El excelente diario nos revelaba como sagacísimo astrónomo y escrupuloso observador, a un tal Roso de Luna, residente en Logrosán. Seremos absolutamente francos, siquiera pese a nuestra propia cultura: el apellido Roso de Luna se nos antojó portugués, y a lo mismo nos sonaba el nombre de Logrosán.

Debido acaso a semejante motivo no dimos al asunto la importancia merecida, cuando he aquí que en la Crónica del Sr. Becerro de Bengoa, correspondiente al 8 de Agosto, vémonos de nuevo ante la curiosa historia del singular descubrimiento de un cometa, y leemos, no sin sorpresa y sí con profunda alegría: «nuestro joven compatriota el Sr. Roso…», lo cual despertó vivamente nuestra dormida curiosidad.

Escribía el Sr. Becerro de Bengoa: «nuestro joven compatriota descubrió el cometa en la madrugada del día 5 de Julio, encontrándose *de viaje* y cerca de la villa de Logrosán, desde la cual comunicó el descubrimiento al Director del Observatorio de Madrid en carta fechada el 6 y llegada el 8 a aquel Centro científico». Pues bien, como en general ocurre que estos descubrimientos suelen tener una parte que pudiéramos llamar íntima y de lances, en demanda de intimidades y, ¿por qué ocultarlo?, con una vaga sospecha de lo que después vino a confirmar la realidad, nos dirigimos al Sr. Roso de Luna. Y aquí surge nuestra primera incertidumbre. ¿Cómo dirigirle el sobre? Pues nada, allá va. «Señor D. Mario Roso de Luna, astrónomo, Logrosán.»

Depositamos la carta en el correo y nos asaltó una duda. El Sr. De Bengoa dice, refiriéndose al astrónomo, «encontrándose de viaje». «A lo mejor el Sr. Roso de Luna estaría de paso en Logrosán –nos dijimos– y allí ni siquiera le conocen.» Mas ya, ¿qué hacer? «Si estaba de Dios» ello surgiría por alguna parte.

Hicimos blanco. «Estaba de Dios.»

A la semana justa de depositar nuestra carta en el correo, recíbese en la Redacción de la *Revista* la contestación siguiente:

Señor Director de *La Naturaleza.–Madrid.*

Logrosán, 14 de Agosto de 1893.

Muy señor mío: He recibido la atenta y grata carta del Sr. D. Francisco Granadino, fecha 10 del actual, y en su vista, cumplo con el deber de facilitarle los datos que desea respecto al descubrimiento que realicé el 5 de Julio último.

Precisamente a las tres de la madrugada de dicho día me puse en camino para verificar privadamente una inspección ocular a unos kilómetros de este pueblo, con el fin de tomar datos, en mi calidad de abogado, para un pleito. Cinco o seis personas me acompañaban.

Al llegar a las afueras de la población, caminando hacia Oriente, alcé, como de costumbre, la vista a la bóveda celeste, teñida ya por los primeros albores matutinos, y reparando en las estrellas de *El Cochero,* advertí, lleno de sorpresa, que en el grupo formado por α, ε, μ, y ζ brillaba un astro que, por serme bien conocido el asterismo, al instante califiqué de astro nuevo… De regreso consulté el dibujo que había hecho y diversos tratados astronómicos, adquirí certidumbre del descubrimiento… comunicándoselo al Director del Observatorio de Madrid, a los efectos de la prioridad… De usted, *etc.–Mario Roso de Luna.*

Primer extremo, pues, de nuestra información.

En la tarde del 8 de Julio obraba en poder del señor Director del Observatorio de Madrid una carta chorreando ciencia y patriotismo, en la cual se denunciaba, con puntos y comas, un fenómeno astronómico de transcendencia.

Si tal carta se hubiera recibido en cualquiera Observatorio de Europa, Asia, África, América u Oceanía, es seguro que los astrónomos se hubieran pasado toda la santa noche observando el firmamento, por si aprovechando un claro en los celajes o un cambio de dirección del viento que barriera el cielo, podían asestar los instrumentos hacia las regiones próximas al *Auriga…* Mas no comentemos y continuemos narrando.

Luego de releer la preinserta carta, reconstituímos nuestros recuerdos… Nuestro interés subía de punto, y recurrimos a las revistas extranjeras. Leímos las notas de los *Comptes Rendus* de la Academia de Ciencias de París, del 17 y el 24 de Julio, sin encontrar nada español, pues los franceses estaban ya enfrascados con el cometa y casi lo tuteaban… El artículo de honor de *L' Astronomie* se le dedicaba Flammarión en

peso al descubrimiento del astro, pero ni una sola palabra para su primer descubridor. Nada de Roso de Luna…

El abandono y orfandad en que, a nuestro entender, quedaba «el curioso impertinente» del villorro de Extremadura, determinaban en nuestro espíritu un malestar inexplicable, y la causa de Roso se nos trocaba en pesadilla …

Sí. Los ojos de la fantasía han visto en el supremo instante al joven astrónomo de Logrosán. Con los detalles que en carta suministra, no es difícil el reconstituir la escena.

«Cinco días antes que el sabio francés soñara con el cometa, y cuatro antes que el astrónomo norteamericano le columbrara, es decir, en la madrugada del 5 de Julio, nuestro joven compatriota, caballero en tardo jumentillo, avanza por entre los rastrojos de los rodeos de la villa. Admirable conocedor de las cartas del cielo, amén de observador sagacísimo, derrama su kepleriana vista por el firmamento, pasea la penetrante mirada por su familiar azul, detiénela con fijeza de esfinge en un punto luminoso que vagorosamente centellea en la constelación del Cochero, punto de vagas brillanteces que a veces la emoción esfuma, más que la realidad fija, y hondamente emocionado, acaso gustando un pequeño anticipo de las embriagueces de la futura gloria, ve esculpido en aquel estelar gusano de luz el nombre de su idolatrada España enlazado con el suyo propio, y ante la indiferente cuanto inculta comitiva que le acompaña en su prosaica diligencia, detiene y para en firme el jumentillo que monta, tira de lápiz y dibuja y marca matemáticamente la posición del ignoto cometa, y contemplando en la obra fantástica de sus recuerdos la historia de los descubrimientos astronómicos, y embebecido y embelesado en el tenue chorro de luz que el extraño astro despide, hilo luminoso que se evapora y desvanece ante la intempestiva alborada que ya apunta, vuelve grupas hacia Logrosán; apenas llegado a su gabinete de trabajo compulsa varios textos de Astronomía, cerciórase de que las cartas del cielo no acusan la presencia de *su astro;* esfúmanse sus reliquias de duda, y desvanécense como por ensalmo las supremas congojas de la incertidumbre, trocándose en celestiales y rientes alegrías, y con el alma llena de cielo, de aquel cacho de cielo que nerviosamente dibuja para remitirlo sin perder tiempo al director del Observatorio de Madrid, entinta la pluma y escribe la primera carta a los efectos de la prioridad.»

¡Lástima grande que no hubiese errado la dirección de la carta y que la hubiera

remitido al Observatorio de San Fernando, al de París, Londres o Roma!… Mas no creemos llegado todavía el momento de formular nuestras reflexiones. Avante, pues, en nuestro *Vía Crucis.* Llegamos al Calvario.

En efecto, luego de reunir tales sumandos, lo que procedía era remitir la suma al Sr. Roso de Luna en estos términos: «Amigo mío: Cuando el día 8 se recibió su carta en el Observatorio, los elementos se concitaron contra usted, y el estado nuboso del cielo no permitió en las noches del 8, 9, 10 y 11 de Julio hacer observaciones. En las noches sucesivas todo hubiera sido inútil. Los astrónomos de todo el mundo se sabían de memoria su cometa. Tenga usted resignación contra los elementos e imite al gran Felipe II al recibir las nuevas de la rota de la Invencible.»

Cuando nos decidíamos a escribirle dando por terminada nuestra información, he aquí que se nos ocurre completarla con datos fehacientes de la *Gaceta:* donde hallé:

Observaciones meteorológicas del 8 de julio.–Cinco de la mañana: *despejado.* Nueve de la mañana: *despejado.* Doce del día: *despejado.* Tres de la tarde: *despejado.* Seis de la tarde: *despejado.* Nueve de la noche: *despejado…*[10]

¡Cómo apuñalará al corazón del Sr. Roso de Luna este último despejado! ¡Y cómo apenará al español que esto lea!

Apuremos el vaso de hiel.

Observaciones del día 9.–Cinco de la mañana: ¡Despejado!

Es decir, despejada toda la santa noche del 8 al 9 de Julio.

Digamos con el poeta:

¡Hoy como ayer; mañana como hoy, y siempre igual!

O con el matemático:

Mas por *menos* eternamente será menos.

Transit…

¿Qué norma de conducta es la de ese Observatorio que hasta el 5 de Agosto no da cuenta a la opinión y al público de lo que acaecía? ¿No comprende que la malicia lo convierte todo en maledicencia y alguien puede sospechar que las nuevas de Agosto eran producto de la Prensa extranjera que obraba ya en Madrid desde principios de Julio?… De Pirineos arriba son muy avaros, y con razón, de estos derechos de prioridad. Quenisset, el tercer descubridor, es seguro que no trocaría su descubrimiento por todos los carros de Darío llenos de cruces de la Legión de Honor. Codearse con los

grandes hombres que figuran en los grandes descubrimientos, no es cosa de Carnot ni de la Regente. La inmortalidad no se deja arrebatar fácilmente ni se tira por la ventana.

Y, sin embargo, ¿es posible que Roso de Luna se quede a la ídem de Valencia? ¿Es posible que nuestra Academia de Ciencias deje el asunto en semejante *statu quo?...* Por lo que a la redacción de esta revista atañe, no puede menos de gritar desde lo hondo de sus sentimientos: «¡Hurra por el *Cometa Raso de Luna!»,* y también, y antes que el cometa, ¡Viva España!

Contra los padres y contra la patria nunca se tiene razón.

FRANCISCO GRANADINO.

(La Naturaleza, Revista de ciencias. Madrid, 18 de Septiembre de 1893.)

EL COMETA ROSO DE LUNA

El sabio director de nuestro Observatorio, Sr. Merino, ha enviado al de *La Naturaleza* una carta, en la cual se reconoce la prioridad que en el descubrimiento del último cometa ha correspondido a nuestro buen amigo y asiduo colaborador Sr. Roso de Luna.

Con gusto la publicamos para honrar el mérito y la modestia de nuestro amigo. Modestia excesiva, en verdad, porque, habiéndose publicado desde entonces varios artículos en *El Globo,* nada ha querido decirnos de cosas tan satisfactorias, y ha dejado que de todo ello nos enteremos por conducto indirecto.

Véase la carta:

«Señor director de *La Naturaleza.*

Muy distinguido señor mío: De su bondad espero se servirá disponer la inserción de las adjuntas líneas en su bien reputado periódico, no propiamente en contestación al artículo *Pro Patria,* sino como aclaración o complemento de lo que en él alega en contra mía su ilustrado autor don Francisco Granadino.

Recibida en este Observatorio en la tarde del 8 de Julio la carta del Sr. Roso, intenté en la segunda mitad de aquella noche, o sea en la alborada del día 9, cerciorarme de la exactitud e índole de la observación, por no consentirlo el estado como nebuloso del cielo, y lo mismo sucedió en la del 9, densamente velada por extraña nebulosidad, aunque no por nubes ordinarias, cuya desaparición ni momentáneamente podía esperarse.

En la madrugada del 10 al 11, la exploración de la constelación del *Cochero* fue ya factible; pero en ella nada se vislumbró que mereciese la atención, y escribí al Sr. Roso dándole cuenta del resultado negativo de nuestras pesquisas.

El día 14 volvió a escribirme éste, ratificándose en la realidad del descubrimiento del 5…, y a su carta respondí en el acto que «bien persuadido de su formalidad y de las condiciones privilegiadas de su vista de lince, que Dios le conserve muchos años, me asalta la duda de si el astro que usted *claramente descubrió* en la madrugada del 5 sería algún cometa. Para lo cual me fundo en un telegrama fechado en Kiel el día 11, en el

cual se anuncia la aparición de un astro nuevo…»

La *Historia de un cometa,* publicada en *El Imparcial* y copiada por et Sr. Granadino en su artículo, con gran complacencia la escribí yo, y se la remití al Sr. Becerro de Bengoa para que se publicase en *La Naturaleza,* y al propio tiempo se la remití a los Sres. Tisserand, director del Observatorio de París, y Krueger, del de Kiel, y, además, al periódico de mayor autoridad entre los astrónomos de profesión: *Astronomische Nachrichten,* abogando en defensa del derecho del Sr. Roso a la prioridad del descubrimiento.

El Sr. Tisserand dió cuenta de mi comunicación a la Academia de Ciencias de París, conforme puede verse en los *Comptes Rendus* de principios de Agosto, y el Sr. Krueger publicó íntegra aquella comunicación en el número 3.176 del mencionado periódico, correspondiente al día 3 del mes citado, con una nota decisiva del profesor H. Kreutz, lo cual equivale al reconocimiento leal del derecho del Sr. Roso a la prioridad del descubrimiento, pues que estampaba mi comunicación con sus palabras finales, que decían:

«De les élements de l'orbite de la comete, calculés par M. E. Lamp, nous avons deduit la position de l'astre pour la matinée du 5, et nous avons acquis la certitude de l'identité de étoile de Logrosán avec la cométe de Utah et de Juvisy.»

Y después, el referido profesor H. Kreutz, por su cuenta, añadía:

«Nach der Skizze von Hr Roso stand der Comet zur angegebenen Beobachtungszeit auf dem Kreuzpunkt der beiden Linen α und $\varepsilon\eta$ Aurigae. Daraus würde für das Aequinoctium 1893, o die Posicion folgen:

$$1893 \text{ Juli } 4,\ 15^h \text{ M. Z. Logrosán } \alpha = 5^h\ 3^m.\ \delta = +\ 42',9.$$

Die Elemente van Prof. Lamp (A. N. 3.174) ergeben für Juli 4, 16^h M. Z. Berlín:

$$\alpha = 5^h\ 1^m 5 \qquad \delta = 42°,7$$

die Vebereinstimmung ist al so so gut wie vollkommen.»

Y tanto es así, que en el número del mes de Septiembre del periódico inglés *The Observatory,* de grande aceptación también entre los astrónomos, después de reproducir lo consignado en la Revista alemana, se añade por cuenta propia:

«It is remarkable how many *independent firs'discoveries* there were of the latest comet. Besides *the absolute first observation,* by M. Roso de Luna, referred to above.»

MIGUEL MERINO.

Director del Observatorio Astronómico de Madrid.

(El Globo, lunes 16 de Octubre de 1893.)

FILOSOFÍA BARATA

¡ENTRA, MARIO!

Así diría Platón si resucitase, a la puerta del Liceo, bajo la inscripción famosa de la escuela pitagórica de:

«No entre aquí nadie que no sea *geómetra.»*

Así diría el divino Platón a Mario Roso de Luna; entra, hijo mío, porque he leído con deleite tu trabajo titulado *El sello de Salomón,* que publica la revista *Sophia,* en su número del 7 de Octubre, y el que tal escribe es un geómetra de primera magnitud. Los pocos matemáticos de estos tiempos que entienden algo de la filosofía de las matemáticas, los pocos que, como tú, os hacéis cargo de que el saber antiguo de los atlantes, de los egipcios y de nosotros, los griegos, es superior a vuestra ciencia aparatosa por de fuera y raquítica y mezquina por dentro, tenéis entrada por derecho propio en la escuela de nuestro gran maestro, el colosal Pitágoras.

Todo lo que dices del cuadrilátero completo, es curioso e interesante, como que es una parte de los perdidos trabajos de Euclides; la obra de Euclides para los que ahondan en el estudio de los fragmentos que han quedado es ni más ni menos que la génesis del mundo explicada por la teoría de la evolución, la verdadera teoría bien entendida por los alquimistas y no entendida por nuestros químicos.

Todos los trabajos referentes al cuadrilátero completo sirven para hacer resaltar la perfección y la armonía de los polígonos regulares, la posición única, la más perfecta, la unidad de una combinación determinada de líneas, antecedente necesario para llegar después al estudio de poliedros estrellados análogos a los polígonos completos, con cuyo estudio se llega, de admiración en admiración y de sorpresa en sorpresa, a recrear el entendimiento en la contemplación de la suprema y divina perfección de los poliedros regulares, dovelas, sillares y cimientos de la arquitectura del Universo.

Yo también felicito a usted, amigo Roso de Luna, por su artículo y por la distinción con que seguramente le honraría, por sus grandes méritos, el divino Platón, si llegase a resucitar; pero yo temo y recelo que usted se saldría pronto de la escuela pitagórica, porque usted no resiste la terrible prueba de la iniciación, como ahora se dice, consistente en estar tres años sin hablar palabra oyendo a los maestros.

Usted, con su imaginación exuberante y fogosa, o se pelea con Platón o revienta. ¿Estar callado tres años? ¡Imposible!

ARTURO SORIA Y MATA.

(La Ciudad Lineal, 20 de Noviembre de 1907.)

LA EXCELSA CÉLULA

CRÓNICA

Al doctor Roso de Luna.

A usted, querido doctor, que es una especie de brujo de la ciencia, en el mejor y más hondo sentido de la ciencia y de la brujería, quiero someterle ciertas profanas consideraciones acerca de un punto fundamental; el punto casi matemático en que la actividad humana se determina en sus dos aspectos integradores, dando origen al dogma psíquico de la dualidad.

Malos tiempos corren para los dogmas; pero no conviene rechazarlos por inflexibilidad mental, ni admitirlos por perezoso panfilismo. En todo fenómeno puede haber un misterio, y en todo misterio una hipótesis. Los dogmas no son más que hipótesis explicadas.

Hay en todo lo organizado –mejor dicho, en todo lo universal–, un principio absoluto de prolongación y convivencia. Cada cosa tiende a engendrar su semejante; cada célula a dejar otra idéntica, amasada con sus propios elementos.

Esta tendencia originaria reside en potencia, pero se determina en acto.

Es una aspiración común que exige el concurso de dos esfuerzos o de dos voluntades. ¡Gran misterio el de la energía, por el que podemos asomarnos a la infinita grandeza de la Unidad!

Podríamos decir que la energía latente o en estado *contemplativo* es siempre una; en estado de actividad se desdobla en dos magnas corrientes; no contrarias, sino alejadas: y en estado de fecundación se integra en lo creado, volviendo a la unidad mediante sus tres esenciales manifestaciones.

El dogma protohistórico de la Trinidad no es tan intrincado como parece.

El ejemplo es vulgarísimo; mas, por lo mismo, eficaz: forma de la energía-Proteo es la electricidad. Horras, sueltas y libres, andan por el mundo las dos corrientes polares, como sexos aislados, hasta que unidas en acto de creación, por amor o por conflicto, la energía se integra en el hecho creado, que es la luz y calor y movimiento. Estas tres realidades no son más que una sola y eterna realidad.

La aspiración, mejor dicho, la necesidad creadora, reside en el polen y en la flor; mas

no se cumple sino en el acto fecundo: hay que reconocer en la vida la presencia de una célula que no estaba ni en el polen ni en la flor. ¿Cómo ha nacido? ¿Por una coincidencia de elementos sexuales, por un simple contacto de fuerzas orgánicas y una fría aproximación de fuerzas concretas? Indudablemente, interviene una onda misteriosa de la energía que, ávida de su integración, determina en acto lo que se hallaba en potencia.

¿Qué onda es ésta? ¿Qué modo de ejercicio tiene? ¿Qué estado de función adopta?

Acaso es la onda arcana que quiso robar Satán, príncipe, para ser igual a Dios.

Esta condición universal garantiza la perpetuación; pero el universo estacionario, entregado al reposo de su producción invariable sería una cosa imperfecta: tendría un límite.

Porque no puede tenerlo la función renovadora; está presidida por una inteligencia altísima y sagrada; por un principio de progreso, que es otra avidez, otra aspiración y otra necesidad de todas las cosas. La escala de Jacob es infinita y hay que ascender por ella.

Al hombre, en su ser físico y moral, lo arman las condiciones transmitidas, adquiridas y desarrolladas; con las naturales modificaciones impuestas por el medio, la propia energía y los estados accidentales que su actividad va recorriendo.

Por la conjunción de las fuerzas genésicas se transmite cuanto es condicional y adjetivo. La forma, el temperamento, la idiosincrasia, la disposición y aptitud que llamamos aficiones; el germen mórbido, las bondades y defectos y hasta la longevidad.

Lo que no se transfiere –al menos como hecho reglado de ordinaria observación– es la capacidad mental, la anchura y claridad de entendimiento, que es lo fundamental y substantivo. Este hecho negativo sirve a la argumentación a los espiritualistas, para explicar fundadamente su teoría de la dualidad.

El cuerpo –dicen– es siervo de la herencia y dócil tributario de todo lo contingente que acarrea el medio. Pero hay; conviviendo en más o menos tolerada vecindad, otro elemento libre, emancipado de todas las servidumbres de la materia. Esto del espíritu y la materia es cosa honda y antigua, cuya solución nos llevaría de un salto a supremas sabidurías.

Bajemos un poco la vista. Yo creo que en el acto generador hay dos períodos, o dos estados, o dos manifestaciones. La suma de dos elementos orgánicos confluyentes, y

un poderosísimo y altísimo esfuerzo de creación, mediante la onda energética que actúa en una de sus formas más sutiles y depuradas; desde luego superior a las que actúan en la simple fecundación de todo lo organizado.

Dios hizo al hombre –según el dogma bíblico– de limo y tierra. Es decir, que la primera materia planetaria, en que iban los gérmenes de las primeras vidas, y de la primera materia, del plasma sedimentado bajo las aguas. De esta conjunción de materia surgió a la vida un superior organismo. Para que de él surgiera el hombre, hubo de infundir en lo ya creado, el soplo de su propio espíritu. Tan sólo este acto de creación exigió tan alto y noble y soberano elemento.

El divino soplo, la onda de energía consciente, o al menos depurada en las infinitas transformaciones de Proteo, presidiendo el fenómeno genésico de nuestra especie, produce, determina la creación de la «excelsa célula» en que reside nuestra personalidad.

En ella se refugia latente la energía creatriz, hasta que el desarrollo de la vida orgánica alborea la mentalidad, como esfuerzo admirable de la energía concentrada en ese Plinto culminante donde el misterio se realiza. ¿Es espíritu? ¿Es materia? Es energía;

Como función noble, se proyecta en tres invariables manifestaciones. Memoria, entendimiento y voluntad, mediante las cuales se integra la energía en la unidad moral. Debilitemos al hombre y haremos retroceder a la especie: del agotamiento surge la degeneración.

En cambio, de la fortaleza física y del brío mental no surge en obligada herencia ni en gradual tensión el semejante esperado. ¿Qué es, pues, del progreso?

El progreso no debe ser la escala de Jacob, recta y seguida. Más bien, es una espiral, una escalera de caracol para ascender lentamente. Todas las cosas lentas son grandes y precisas. De un poco de carbón sale un diamante; de un chorro de agua, un cristal; pero ¡qué de siglos tardaron!

Allá vamos todos, pausada y lentamente; el aire, a ser agua; el agua, cristal; el cristal, diamante; el diamante, luz, animal; el animal, hombre; el hombre, espíritu; el espíritu, Dios.

Alguna cosa había de ser la piedra que aguzase la cúspide, en la cual se confunden los términos de la montaña, del aire y del cielo… Y ese punto real e ideal, en el que se unen y se separan las dos corrientes transcendentales de lo moral y de lo físico, es la

augusta célula nacida de un soplo divino o de una onda sagrada en un acto continuo y misterioso.

La estatua de Psiquis no es igual en todos los templos. Su variación gradual es infinita. Desde el barro hasta el oro y la luz pura, recorre de uno en otro claustro todos los matices de la mentalidad. Pero en todo está su esencia, en las tres formas perpetuas de manifestación integrando la suma energía de la personalidad.

¡Sagrada célula, santuario de Psiquis, ara de oráculo, que una onda de luz creadora cristalizó como un diamante en tres divinas facetas que iluminaron al Verbo!

«El Verbo se hizo carne.» La carne se hizo luz.

JOSÉ NOGALES.

(De *El Liberal,* 1907.)

LAS SIETE BIOLOGÍAS

A José Nogales, al autor de *Las tres cosas del tío Juan,* en contestación a sus preguntas *sobre la excelsa célula.*

No veo en el Cosmos sino ciclos de ciclos.

Veo, con la teoría cinética, unos electrones negativos (masculinos les llamaríamos nosotros) condensados en el éter universal. Cual planetas en derredor de un sol, giran en torno de otro electrón positivo o ión femenino, infinitamente más grande que ellos… ¡grande, cuando se calcula existen 200 mil billones de estos microsoles en la cabeza del más diminuto alfiler! El átomo, así integrado, es todo un sistema planetario en miniatura; sus electrones negativos tienen órbitas, que son ciclos; el electrón positivo les baña, cual un sol, con torrentes de efluvios radioactivos.

Veo luego las moléculas químicas constituyendo sistemas de sistemas de electrones y átomos. Unas son pobres sistemas nacientes; otras, las complejas albúminas, sistemas espléndidos, verdaderas galaxias del microinfinito. De sol les sirve un núcleo ciclobencénico: raudas alineaciones vibrátiles de moléculas crasas irradian en su derredor, formando incomparables guedejas, cual raícillas y tallos vegetales, cual cabellera cometaria, cual rayos irradiados del astro-rey…

Veo en seguida las células, sistemas de sistemas de moléculas. Astronómicas son, en verdad, sus formas microscópicas. Sus cutículas, sus núcleos y sus nucleolos son redondeados cual astros, las más veces… La vida celular es todo un himno de Urania: así, cuando aquéllas son púberes –¡y lo son a veces en segundos!–, un sol, llamado *aster* por los biólogos, aparece: se fracciona al punto en dos soles gemelos de irradiaciones quimio-cito-plásmicas, que, separándose, se sitúan polarmente sobre el núcleo. Bajo su atracción, las cromosomas planetario-nucleares se reparten entre los dos astros atractivos y la vida se asegura por cariocinesis total. De una célula, dos; de dos, cuatro…; de mil, dos mil, cien mil…

Veo en el espacio una Luna que gira igualmente en torno de la Tierra y sus congéneres girando en pos del Sol; el Sol, humilde súbdito giratorio a su vez de un centro, *obscuro por ultra luminoso,* de la Galaxia; la Galaxia *Vía Láctea,* que, con sus cien millones de soles múltiples, no es más que una de tantas nebulosas del cielo.

Vese doquiera el ciclo. En la órbita del electrón y en la del planeta; en el sol al nutrirse de lluvia meteórica, cuya materia inerte devuelve al sistema transformada en torrentes de vívida energía; en el oxígeno vital, intercambiado por vegetales y animales; en el agua, intercambiada por el mar y la tierra, merced a nubes y ríos; en las moléculas, alzando evolutivamente edificios celulares, y en éstos, descomponiéndose en moléculas químicas involutivas; en el calor, cambiando en trabajo, y en el trabajo, tornándose calor y movimiento; en las corrientes centrífugas y centrípetas de todos los organismos, llámense ellas nerviosas, sanguíneas, linfáticas o como se quiera; en la vida, cadena de muertes; en la muerte, cíclica cadena de vidas cada vez más sencillas; en el capital, integrado por la labor humana y desintegrándose en esfuerzos; en las ideas de la historia y en la historia de las ideas; en el amor y en el odio; en las tinieblas con la luz y la noche con el día; en la civilización y la barbarie; en la senectud infancia y en la juventud prematuramente envejecida; en las corrientes telúricas, en las mareas y en las estaciones; en la electricidad-luz, en la luz-calor, en el calor-química, en la química-física, en la físico-astronomía, en la astro-psiquis; en las rotaciones, traslaciones, atracciones, repulsiones, combinaciones, descomposiciones, fecundaciones, creaciones, concreciones, esfumados, muertes y metamorfosis de los seres todos en su eterna biología.

Pero, ¡oh, dulce e inefable misterio de la Evolución Universal! El ciclo y la sexualidad se confunden ante la filosofía. Son *uno.*

En el primer momento de toda fecundación, el espermatozoide es un satélite o planeta del sol-óvulo. Girando un punto en torno de éste, le enamora, según la poesía de ciertos biólogos. Es el viril espermatozoide un galán que en torno de su dama mariposea. En un segundo momento ulterior viene la fusión augusta de los dos en uno, según el dogma de la Trinidad cósmica, al que con tanta perspicacia se alude en *La excelsa célula* de ese hombre intuitivo que se llama D. José Nogales, el escritor más delicioso que ha producido la selvática Aracena de D. Benito Arias Montano, el polígrafo.

Y es el caso que, si conjugaciones análogas determinan la síntesis de los electrones en átomos, de los átomos en moléculas, de las moléculas en células y de las células en organismos, con otra conjugación igual están ligadas la Tierra y su satélite. El astro de las noches, verdadero espermatozoide astronómico del óvulo-Tierra, caerá, al fin,

sobre este óvulo-germen, según los cálculos de los doctores Poincaré, See y Darwin, al cabo de unos cien millones de años… Para tan *vecina* fecha tendremos, pues, un nuevo planeta, hijo sidéreo amasado con los gérmenes de estos dos misérrimos progenitores y con los detritus atómicos de sus humanos pobladores parásitos. Es el caso también que otro tanto acontece, al parecer, con los soles dobles llamados todos, *aún más a la larga,* a conjugarse sexualmente en uno para retornar a nebulosas, que tal ha acontecido, por las cuentas, en nuestros propios días con la estrella llamada *Nova Persei* (1902). El admirable Tourner, hablándonos, en fin, del sublime panorama cerúleo, considera a la Vía Láctea y a los demás millares de nebulosas como la medula espinal y los ganglios simpáticos del Cosmos visible, cuerpo físico, como si dijéramos, del Nous, Lagos o Demiurgo platónico, quien, de tal modo, sería, por antonomasia, el sin par, *el Único.*

He aquí, pues –¡oh, vosotros los de los castos oídos científicos!–, las siete sexuales biologías, que, lejos de ser meros ensueños de poetas, son demostrables en pura ciencia positiva. Ellas sintetizan el *Misterium magnum* del sexo transcendido, una no más de las Siete Claves de la Sabiduría, como diría el libro oriental de Los Preceptos de Oro.

Pero esta síntesis es sólo la síntesis sexual o de la forma. Acaso es, por el contrario, asexuada, a fuer de única, la esencia, la evolución de la Vida, en el más decisivo de los monismos. Las poesías de nuestro incomparable Salvador Rueda, cuando canta a «La Piedra-Encéfalo» ya las psiquis en los ínfimos seres dormidas, son un buen texto para aprender esto de un modo íntimo o intuitivo.

Sí. Algo esencial, inmanente, todopoderoso e invisible, preside eternamente a la involución y evolución continua que suponen los proteísmos en *ciclo-sexo* de las muertes y las vidas. Pero al término final de las evoluciones del Cosmos, la luz material se apaga, la materia se esfuma por entero en torrentes de integrada energía, el todo vital se disocia, las células de células se pudren, las moléculas libertadas se emancipan, los átomos recobran su individualidad nebular prístina, y, al descomponerse, también surge una nueva vida radioactiva, capaz por sí sola de cuantos prodigios comienza a revelamos *el radium,* que hoy apenas si nos es conocido.

Queda entonces la suprema vibración del éter, sin trabas ni materiales condensaciones, la luz del ultra-iris, la *luz negra,* que Le Bon diría; la Seidad que es

No-Sér, porque el concepto mismo del sér es limitado de suyo por los lazos groseros que a la Esencia Universal temporalmente confinan… Noche brahmánica, en la que el Prothilo cósmico es absorbido en el Seno ignoto del spenceriano Incognoscible.

MARIO ROSO DE LUNA.

(El Liberal. Madrid, 1907.)

CHARLA

LA VERDAD ACERCA DE UNA ESCUELA FILOSÓFICA

Mario Roso de Luna es una de las más recias mentalidades de la intelectualidad española. A muchos que no saben o, mejor dicho, que no quieren valorizar de manera exacta lo que hay dentro de nuestras fronteras, para dar calificativos en extremo exagerados a cuanto nace y crece dentro de las extrañas, ha de parecerles, con seguridad, gratuita, esta rotunda, esta categórica afirmación. Las razones que para ello tendrán, estriban, casi únicamente, en que el ilustre escritor de que hablo no es, ni mucho menos, uno de esos hombres que necesitan a cada hora, a cada minuto, dar fehacientes muestras de su saber, no sólo para ocultar su ignorancia, sino también para que las gentes que les rodean no se olviden de que su cultura les ha elevado hasta la sabiduría… En María Roso de Luna no vive hoy, ni creo que en su juventud, dada su contextura espiritual, habrá jamás vivido, ese desapoderado afán de buscar el modo más adecuado de colocarse en continua exhibición, que no es más –he de decirlo claramente, sin circunloquio de clase alguna– que la resultante morbosa de un cerebro extraviado. Todo su mecanismo íntimo difiere bastante, y más que en nada en lo que es el eje de él, de esotro, corriente en el día, entre los que sólo alcanzan con zancos a llamarse intelectuales, y, por lo tanto, desprecia, aparta lejos de sí con un gesto de repulsa, esos absurdos medios que en el instante actual se entronizan, torturando algunas bien conformadas inteligencias, y, en consecuencia triste, tristísima, matando muchas sanas iniciativas. Piensa también Roso de Luna –y conste que esto lo digo por lo que de sus palabras se infiere y por lo que con sus actos declara– que a la notoriedad no se la debe nunca buscar, sino que es la notoriedad la que tiene la obligación de salir al encuentro de aquel que en realidad la merezca. Esto no sólo lo piensa, sino que como lo piensa lo ejecuta. Y en ello hace bien. ¿Qué importa que sea un autor conocido, conocidísimo, durante ese breve espacio de tiempo que a los humanos les es dado de vida, si el nombre que llevó no lo sostiene a través de los siglos la recia armadura de una obra admirable? Nada, absolutamente nada. Me atrevería a asegurar, sin miedo a caer en error, que sólo a espíritus mezquinos, y por su mezquindad superficiales, se les ocurre pedir una gracia, cuando a esa gracia su talento nos les ha

hecho acreedores… He dicho que Mario Roso de Luna es una de las más altas y de las más luminosas mentalidades españolas. A buen seguro que nadie ha de objetar lo más mínimo a lo preinserto. Pero, así y todo, para robustecer la anterior afirmación, basta con decir que vive alejado de aquellos sitios donde sólo se va en busca de mercedes ya demandar honores. Familiarizado a la soledad de su biblioteca, le son en absoluto extrañas esas luchas, que muchas veces tienen apariencias de descomunales batallas, que a diario se están librando, por lo que ningún valor tiene cuando se pide, sino que es cuando se ofrece el, momento en que realmente empieza a ostentarlo.

Es tal el ambiente que hay en España, que el hombre de estudio, el verdadero sabio, tiene que vivir encastillado. La culpa de ello, como de todo lo malo que nos pasa, la tenemos nosotros, exclusivamente nosotros. Claro está que es más fácil indignarse con el que nos saca a relucir nuestros defectos, de la manera justa que lo hace Alberto Dauzat en su último libro, que corregir tales defectos mismos. España, los españoles estamos llenos de ellos. ¿Por qué, pues, escribir con la fanfarria de un reto para aquel que los conoce e imparcialmente los detalla y enumera? Estas actitudes no me las explico más que como actos vesánicos. Pero se conoce que los actos vesánicos se repiten con harta dolorosa frecuencia. A todo lo que en su libro dice Alberto Dauzat, sólo se ha opuesto como valladar la procacidad de un cronista, refrendada por la insensatez del que debiera de haberla alentado. Los juicios de Dauzat se hubieran deshecho, en caso de no ser ciertos, ante nuestras razones, que llevarían por delante la verdad. Pero aquí, lo triste, lo tristísimo, es que a la mayor parte de las cosas que en su obra dice nada se le puede oponer, porque demuestra un raro, un especial conocimiento de este país… En este país, que es digno de mejor suerte, sólo se medra merced a la intriga, sólo se encumbran los que cuentan con la ayuda del favor. Así es que los intrigantes, los que, siguiendo la máxima jesuítica, ansían llegar al fin sin pararse de qué clase de medios se han de valer para conseguirlo, son los únicos cuya voz se deja oír en las cátedras, y son los únicos también que les es dado ocupar los sillones de las Academias. Esto –las cátedras y las Academias– es lo que muestra fehacientemente, casi ostensiblemente, la intensidad, mayor o menor, del cerebro de una nación. ¡Qué poco cuidamos que las cátedras sean desempeñadas por hombres de verdadero saber y que en los sillones de las diversas Academias se sienten aquellas personas que por su asombrosa inteligencia realmente lo merezcan! Pero no. A las

cátedras, como a las Academias, sólo van los que para ello cuentan con suficientes recomendaciones… Así es que a nadie le debe extrañar el que se diga, de manera que en cualquier parte se oiga, que este es un desdichado pueblo que carece de voluntad, que se halla falto de energías, que desconoce todo lo que con la cultura se relacione, porque parece, según lo que de cada uno de nuestros actos se puede inferir, que sólo procuramos ponernos en entredicho ante el mundo entero, colocando en los más altos puestos de la nación a aquellos individuos, que si no son por completo acéfalos, les debe de faltar muy poco. No quiero en modo alguno citar nombres. Pero, sin embargo, en el ánimo de cuantos esto lean, estos nombres, a buen seguro, estarán. Hacia ellos, debo declararlo, no me guía ninguna clase de animosidad. Lo que me indigna, y me indigna porque amo a España, es que a causa de esos individuos la leyenda de nuestra barbarie y de nuestra ignorancia persiste, y persiste, menester es decirlo, con sobrada, con sobradísima razón. El único medio que tendríamos para que se desvaneciese y para que, además, cesaran los vituperios, los ataques que en el Extranjero se nos dirigen, no es el de mostrarnos procaces, retadores, con aquellos que nos hacen ver lo poco que valemos, sino modificar en lo posible nuestro contexto, a fin de que la leyenda que sobre esta noble tierra se cierne, caiga, por sí sola, como una ley física hace caer todo lo que no tiene consistencia ni nada en que apoyarse. Para ello no es necesario, en absoluto, hacer que cese el que las cátedras se consigan por el favor y los sillones de las Academias por la intriga. De esta manera, y, haciendo, además, otras cosas que reclaman un radical cambio, y que no viene al caso ahora el mencionarlas, es como podríamos contestar de la forma que nos viniese en gana a los millares de Alberto Dauzat que hablan y que escriben detractando las cosas de España… Es casi inútil decir que Mario Roso de Luna, hombre de esplendorosa inteligencia y de extraordinaria cultura, no explica cátedra ni es académico. La razón de ello estriba en que su inteligencia y su cultura le hacen vivir ausente de esas camarillas donde se fraguan intrigas con el objeto exclusivo de acogerse al amparo oficial. Mario Roso de Luna, que es una de las más recias mentalidades españolas, no halla en España ambiente, no porque España sea lugar arisco para el verdadero intelectual, sino porque los españoles son los que, con una insensatez rayana en la locura, se han cuidado de enrarecerlo hasta hacer imposible que en él pueda respirarse. Y para robustecer mis palabras señalaré un hecho que es sintomático, que es descriptivo. El ilustre matemático ha

dado, no hace mucho tiempo, una serie de conferencias. Pero es obligatorio decir, porque ello así conviene, que a darlas no fue invitado por ningún Centro de cultura español, sino por uno extranjero, por uno argentino, ese pueblo, que niño aún, marcha a la cabeza de la civilización mundial y por otros centros del Uruguay, Brasil y Chile.

Estas conferencias versaron sobre Teosofía. Declararé que tenía de la Teosofía un concepto en absoluto equivocado. Culpa de ello la tienen esos dogmatizadores que en el Ateneo hablan acerca de esta nueva escuela filosófica, como de una escuela hermética, abstrusa, ardua. Nada de cuanto dicen es verdad. Esto, como se comprenderá, equivale a desconocer la doctrina. Pero aquellas conversaciones, aquellas largas peroratas, dichas con voz trémula, con gesto iracundo, con ademán airado, fueron formando en mí la idea de que la Teosofía era eso, una doctrina, hermética, abstrusa, ardua. Luego, poco a poco, las lecturas modificaron, en parte, este falso concepto. Fue sólo esta modificación en lo externo. En lo interno proseguía teniendo hacia la Teosofía un desdén que la colocaba en un deprimente lugar. Las conversaciones sostenidas con Ángeles Vicente acerca de esta materia, de la que habla con conocimiento y con clarividencia asombrosa, hicieron cuanto no pudieron conseguir las lecturas a que me entregué. A esta bella escritora le debo, pues, el haber salido del error en que estaba, y, además, la necesaria preparación para haber comprendido parte nada escasa de lo que es, y de lo que para lo futuro parece representar en el ambiente espiritual de los pueblos la Teosofía, que no es, ni mucho menos, esa cosa hermética, abstrusa, ardua que los dogmatizadores del Ateneo exponen en largas e interminables peroratas, con voz trémula, con gesto iracundo, con ademán airado… Pero no. La Teosofía, que ha de ser fuente inextinguible de consuelo en los años que han de venir, no es nada de eso. Mario Raso de Luna lo dice en sus interesantes, en sus admirables conferencias, dadas en diversas naciones sudamericanas, y ahora reunidas en dos gruesos volúmenes.

Lo primero que de esos libros salta a la vista del crítico, aunque éste no sea ni muy sagaz ni muy hábil, es el que el ilustre escritor, antes que de nada, ha tratado de acomodar sus ideas, que viste con un léxico rico y armonioso, a la comprensibilidad de las múltiples personas que a ellas acudieran, exponiéndolas, para conseguirlo, no sólo con encantadora amenidad, sino también con extraordinaria sencillez. Porque Roso de Luna en modo alguno cree pertinente el que una doctrina que hoy necesita, antes que

de otra cosa, de divulgación, se la haga incomprensible, a causa del modo poco claro con que algunos espíritus, enturbiados por lecturas no del todo comprendidas, tratan de exponerla. La Teosofía no es una teoría filosófica, hermética, ni abstrusa. No. La Teosofía es, más que nada, una ciencia, y como toda ciencia, está basada en la vida. Lo que hace esta escuela, que no hace mucho ha nacido, es hacer bella la vida, porque la idealiza. ¿Merecería la pena el atravesar este tránsito de sobre la tierra si no hubiera un más allá, ese más allá que en absoluto niegan los naturalistas, aunque al exponer sus ideas ellos mismos se contradicen? No. Vivimos la vida, soportamos este dolor de vivir únicamente, porque esperamos, con la muerte, nuestra liberación. La Teosofía habla de esto. Puede decirse que es una de las ideas que tienen más sólidas raíces y que con más vigor se hace ostensible. Aunque la doctrina no fuera poseedora de otras enormes ventajas materiales que llevaran a lo moral una gran tranquilidad, es dueña de esa, que es, por lo grande e incomparable, porque endulza las amargas horas de la existencia con la esperanza de alcanzar un bien eterno. La Teosofía, como se habrá podido comprender, une lo existente con lo no existente, y de esta unión, con numerosos esplendores, nacen conceptos en cuya entraña llevan la verdad, porque no se contenta con estudiar las cosas, sino que quiere estudiar el contenido ideal, el ambiente espiritual de las cosas. La nueva escuela filosófica, que abarca, que resume todas las demás escuelas que en este mundo han florecido desde los luminosos días de la preponderancia de Oriente, no es una escuela filosófica como la mística, que para vivir tuvo necesidad de encerrarse en las obscuridades de los templos y en las soledades de los claustros. La Teosofía no rehuye la luz. Al contrario. Las plantas en que se apoya, como las que sostuvieron las ideas de Jesús de Nazaret, son de un grande amor que no necesita esconderse ni ocultarse, de un amor exento de materia y libre de egoísmos, para que con las alas que él les presta a las almas puedan éstas elevarse, elevarse… La Teosofía –lo declaro sin rubor– me ha descubierto, sino un mundo nuevo, una modalidad completamente nueva, rotundamente distinta de la que hasta el momento actual he tenido. Esta nueva escuela filosófica –no me cansaré de repetirlo– no es una escuela hermética, abstrusa, ardua, como pretendían esos dogmatizadores del Ateneo, sino una cosa muy humana, y como muy humana, muy sencilla y a la vez muy complicada. ¿Es esta una doctrina de soñadores? Es, aunque otra cosa no sea, una doctrina que pretende encauzar a la Humanidad hacia caminos en que reine la

bondad, el amor, la justicia, sobre todo la justicia; pero no esa justicia seca, inflexible, brutal, impuesta por las leyes, sino esa otra que en lo futuro han de imponer las conciencias, conformadas por otras ideas que no sean más que la propia convicción de lo que a cada uno le conviene. De los libros de Roso de Luna se desprende cuanto he dicho. En ellos gradualmente se estudia, no sólo lo humano, sino lo que está más allá de lo humano, cantándolo todo, a la manera que se canta un poema, el grandioso poema de la vida eterna, pues en él no se considera a la muerte más que como un incidente periódico en una existencia sin fin.

LUCIANO DE TAXONERA.

(Luz Astral, Casablanca, 1913, y libro *Charlas,* del mismo autor.)

HACIA LA GNOSIS

CIENCIA Y TEOSOFÍA

En más de lino de los artículos de que se compone este libro se alude a la probable existencia de un astro obscuro, acerca del cual se pregunta el autor: ¿obscuro por ultra-luminoso?, ¿obscuro por no emitir rayos calorífico-luminosos, sino otros desconocidos del espectro integral? El brillante sol de nuestro sistema planetario sería entonces no más que un planeta sin luz propia, por recibirla de dicho misterioso astro. Es decir, que aun cuando nos sea invisible y desconocido este astro por excesivamente luminoso, le vemos, le conocemos en cierto modo, al convertirse su misteriosa obscuridad en luminosidad perceptible, por mediación del sol de nuestros días y de las estrellas de nuestras noches.

Esta atrevida hipótesis –que más que hipótesis es quizá esotérico problema[11]–, no sólo ha fijado mi atención por la originalidad que acusa, sino por la aplicación que tiene para hablar del libro del Sr. Roso de Luna Es este libro, en efecto, una colección de artículos, los cuales, aunque sin conexión aparente, no deben ser desglosados, porque se hallan ligados por algo cuyo rompimiento los perturbaría, como seguramente perturbaría a la Tierra la eliminación de algún desconocido planeta. Hay, además, en estos artículos un sentido profundamente esotérico, traducido unas veces por sutilísimos ensueños, expresado otras en categóricas afirmaciones. Y lo mismo las afirmaciones que los ensueños serían no solamente sorprendentes, incomprensibles para los no *iniciados,* si no fuera porque la *obscuridad* en que va envuelto todo el libro, se transforma en luminosos rayos en cada una de sus páginas. Quiero decir: los lectores más ajenos a *lo que piensa y siente* el Sr. Roso de Luna, comprenderán, no obstante, *lo que dice.* No llegarán a vislumbrar el *astro obscuro* de su doctrina, pero sí percibirán sus irradiaciones.

Y he aquí el mérito principal –mérito extraordinario– del libro del Sr. Roso de Luna… Véanse otros libros de ciencia, de filosofía, hasta de arte: las cosas de más sencilla definición, de explicación más fácil, suelen aparecer confusas, enrevesadas, logográficas; no parece sino que los autores, avaros y egoístas en su saber, quieren reservarse para ellos estos sus conocimientos, burlándose de los lectores a quienes

simulan enseñar. Todo lo contrario ocurre con el autor de *Hacia la Gnosis;* con generosos esfuerzos y resultado excelente pone toda la claridad posible, aun en lo profundamente obscuro de por sí, y hace que aun los más profanos en lo que él se muestra iniciado, le sigan, por lo menos, con atención gustosa. Y es que el Sr. Roso de Luna, teósofo convencido, es, además, un entusiasta y cultísimo científico, y un entusiasta y cultísimo artista. Como tal sabe hermanar la ciencia y el arte, haciendo deleitosa aquélla, robusteciendo a éste; como tal quiere comunicar a todos su entusiasmo y su cultura, poniendo al alcance de todos su corazón y su cerebro.

Difícil es, sin embargo, dar una idea de lo que representa el libro del Sr. Roso de Luna –libro tan original como interesante, tan profundo como ameno–. Y es difícil, no por la variedad de los artículos de que se compone, sino precisamente por la unidad que los liga, puesto que en esa unidad palpita, por decirlo así, el espíritu teosófico, del que, por el momento, apenas si tengo un muy vago conocimiento. Sin hacer, por lo tanto, la crítica de ese espíritu, me limitaré a señalar aquellos artículos que, por su originalidad o por su inspiración artística o por su concepción científica, me han cautivado más.

«Nubes… ¡Nubes!» En este artículo, mezcla de razonamientos científicos y de lucubraciones poéticas, tan convincentes aquéllos como sugestivas éstas, se estudia a las nubes como *seres personales e individuales,* como seres en los cuales se realizan todas las evoluciones análogas a las de cualquier otro sér de la creación. Léanse las líneas finales de tan brillante artículo:

«Razón tiene también el inconsciente humano, si es que cabe la paradoja de ser razonable lo inconsciente, cuando toma a las nubes que le privan el Sol por fomentadoras de sus tristezas y robadoras de sus alegrías. Prescindiendo, en efecto, del fenómeno fisiológico de los cambios de presión atmosférica con ellas concomitantes, en lo moral esas mociones inconscientes parecen presentir, diremos –y esta vez a guisa de poetas– que el triunfo definitivo de la evolución de las nubes, que hoy se ve tan pronto contrariada como favorecida, ser podrá mañana el día primero de una nueva Era, en la que acaso, y como término de sus destinos, suene al par la hora postrera de la Humanidad, incapacitada ya entonces de un modo permanente para tornar a ver jamás la luz del Sol sobre la superficie del planeta, oculto como estará aquél, desde entonces y para siempre, tras la eterna cortina de nubes, última capa, acaso, de las formaciones geológicas de la Tierra.»

En *Los anales akásicos* habla de un descubrimiento científico que alborea en los momentos actuales, y «de importancia tal, dice, que sólo puede compararse al de la rotación y traslación terrestre, al de la gravitación, al de la electricidad, al del radio, etc., si es que no los supera». Y añade: «Se trata nada menos que de saber la historia de la Tierra y de sus habitantes, contada por la Tierra misma.»

En efecto, el examen de ciertos hechos ha demostrado que los polos magnéticos varían periódicamente, cual si girasen en torno de los geográficos con ciclo poco determinado aún, sobre todo tratándose de siglos remotos. Ahora bien; parece que el italiano Folgheraiter ha encontrado el medio de conocer cuáles fuesen la inclinación y la declinación magnética hace más de tres mil años, *¡por los barros antiguos!* Su principio es el siguiente: Si elevamos a unos 800 grados la temperatura de un objeto de barro, un ladrillo, por ejemplo, al enfriarse adquiere por inducción del campo electromagnético de la tierra, una imantación mesurable y permanente. Por lo tanto, si de antemano conocemos la posición que tenía el ladrillo en el horno en tal momento, se puede determinar cuál sería a la sazón la dirección de dicho campo inductor. Con frecuencia sabemos respecto de los barros artísticos de la antigüedad su posición más probable. La posición vertical es en ellos, por otra parte, la más lógica. El autor desarrolla en la teoría de Folgheraiter, y luego dice por su cuenta: «No se necesita ser muy lince para comprender por lo expuesto que el estudio sistemático de los múltiples barros históricos de diferentes épocas, y fechas bien conocidas que atesoran nuestros museos, nos darán observaciones exactas, infalibles, acerca de la orientación del magnetismo de nuestro planeta en sus épocas retrospectivas, cuál egipcia, cuál griega, cuál romana, y que del conjunto de todas aquellas surgirá evidenciada la ley o ciclo de sus seculares variaciones. Pero ya entonces podemos invertir el problema, y conocida la ley y averiguada la orientación magnética que cada viejo cacharro acuse, llegaremos *a determinar la fecha exacta del cacharro mismo…*

Una deliciosa divagación sobre un ensueño científico del autor "el de ver el árbol como animal, o ver el animal como árbol, ya que son entrambos seres vivos», es el artículo titulado *Vermes, Aster, Albor…*

En el artículo *¿Cuándo se muere?,* se leen líneas de tan intenso pensamiento, como las siguientes:

«Hasta los treinta y tres o treinta y cinco años, la psiquis del hombre no está

completa. Es, pues, le edad de la plena pubertad transcendente. Por eso se llama también *edad del Cristo.*

La observación minuciosísima de los *malogrados* acusa en tales años un escollo enorme para la vida. Todos aquellos hombres geniales que *traen misión elevada,* pero que por cualquier concepto *no afinan* consigo mismos, con su misión, o con su ambiente, caen. No importa cómo, pero mueren.

Hacia tal período cayeron, así recordados de momento y en nuestro país, Larra, Espronceda, Balmes, Gabriel y Galán, cien otros muertos inopinadamente. La generalización de la estadística os convencería.

Diríase que quien, al tocar a esta edad sabe algo genial de ese gran misterio de la vida, pero que no llega a saber todo lo esencial de aquel su momento, caminando, ya por la vía escéptica, ya por la religiosa, ya por la científica, ya por la artística –que todos los caminos van a Roma– es inmolado sin remedio por las leyes naturales.

El cuerpo humano, simple vestidura, mera *máscara,* como derivada esta palabra del *perssona perssonae* latino, se deja un día cual todos los trajes inservibles, para seguir viviendo su poseedor en otros mundos superiores.

***

A este artículo, y como complemento suyo, sigue otro titulado: «La Muerte, su verdad y sus mentiras», en que el autor abarca con gran espíritu científico y altruista el terrible problema de los enterramientos en vida, cosa más frecuente, por desgracia, de lo que se cree.

Preconiza el experimento ideado por Icard, como único medio cierto de diferencia, la muerte real de la aparente.

Este es un artículo que merece ser bien conocido y divulgado.

***

«Música pitagórica». He aquí uno de los artículos más atractivos de este interesantísimo libro .

«Siempre creí –empieza diciendo–, a fuer de poeta, en la pitagórica *Música de las Esferas;* pero jamás confié en poderlo *apreciar experimentalmente,* por aquel principio sabio de que la realidad científica va más allá siempre que el más bello de los ensueños.»

Habla en seguida del *Angelus* o Pianola, ensalzando la invención de este mecanismo

adaptable al piano, y explica la belleza geométrica que muestran en la faja musical de dicho mecanismo las partituras de los clásicos; luego escribe los párrafos que voy a transcribir íntegros, y sobre cuya belleza, y cuya importancia al mismo tiempo, llamo la atención de los lectores:

Dice el autor:

«Mas la cosa no para aquí. Si una cinta del *Angelus* es toda una geometría, adaptada ya para producir sonidos con las complicadas guirnaldas de sus puntitos, *cualquiera otra cinta, serie o sistema natural de corpúsculos o puntitos lleva en sí ocultas, por no adaptadas todavía, las notas de una buena o de una mala sinfonía,* y esto sí que es ya *Música de las Esferas.*

»Veo deshojarse por la brisa las flores de un almendro y caer sus muertos pétalos, como nieve, sobre la mansa corriente del río, cuya *cinta instrumental* los va haciendo desfilar ante mi vista; yo, sordo a las secretas armonías naturales, nada oigo, es verdad, por mediación de mi oído físico; pero he tenido el capricho de llevar a estas imágenes seriales a las placas de un cinematógrafo, calcando luego sobre ellas una banda para el *Angelus,* y apenas me doy crédito a mí mismo, cuando, espantado, escucho… ¡la música de las esferas: la del agua, la del pétalo y la de la brisa, cantando wagnerianamente en el río! Mi amigo, el ciego doctor Lickefett, no me causó tanta sorpresa el día aquel en que me mostró escritas por él a máquina las cuartillas de un artículo suyo.

»Dejo el río y miro al cielo: ¡viejo y siempre nuevo cinematógrafo! En vez de hacer un atlas de estrellas zodiacales, por ejemplo, las puntúo de acuerdo con su posición y brillo, y… ¡al *Angelus* con ellas, para oír también una *Música de las Esferas,* música en la que las Pléyades, Casiopea, las Osas Mayor y Menor y el Pegaso tienen, gracias asu analogía de figura, un mismo y musical motivo!

»Dejo el cielo, y contemplo las márgenes floridas de un sendero; los seriales, conglomerados cristalinos de una roca; las líneas de una formación militar; la espuma que asciende, burbuja tras burbuja, de mi vaso de cerveza; el abigarrado desfilar de hormiguero de la calle de Alcalá; las procesionales series de insectos en el agua, en el aire o en la tierra, y los llevo todos, todos, a mi máquina querida… Quizá el saber inmenso de Pitágoras no necesitó ni de la máquina siquiera para oír sus armonías, que harto maravillosa debió ser la de su cerebro de Iniciado.

»¿Qué decir de esas alineaciones singulares que dibujan las aves en sus, emigraciones? La *Quinta sinfonía,* de Beethoven, tiene *grullas* de éstas hacia la mitad de su *Andante,* y *de* Wagner no hablemos: sus *Murmullos de la Selva,* su *Tristán,* su *Parsifal* están pletóricos de esta excepcional geometría, de esta vida nueva, estela fugaz de oculta inmortalidad transcendente del gran cinematógrafo que abarca cuanto existe. Música que la hemos oído un día, que la *veremos* otro, y que la viviremos quizá en el día de la humana apoteosis.»

* * *

Por último, quien desee, no digo iniciarse, en los misterios de la Teosofía, pero sí, por lo menos, saber de qué modo pudiera llegar a ello, ha de leer con detenimiento «Los senderos hacia la Teosofía», artículo en el que se muestra por completo el teósofo convencido, pero sin que nada, mortifique los sentimientos ajenos, y en el que, como en todos los otros trabajos, con el *iniciado* de ferviente verbo, se hermana el hombre de ciencia, de exposición clara, y el literato de galano estilo.

Por eso, el libro del Sr. Roso de Luna, puede y debe figurar en todas, las bibliotecas.

LUIS DE TERÁN.

(Nuestro Tiempo, 1909.)

HACIA LA GNOSIS CON WHISKY

CARTAS A «EL DILUVIO»

El camarero echó mano al bolsillo y me entregó una tarjeta que dice así::

Mario Roso de Luna
saluda afectuosamente a su noble amigo,
le deja un ejemplar de su libro y deplora
en el alma el no estrechar su mano de paso
para Buenos Aires, donde le llevan a dar
conferencias sobre Teosofía.

Luego el aludido camarero volvió a meter la mano en el bolsillo y me entregó un libro que se titula así:

HACIA LA GNOSIS

Tras la cubierta una dedicatoria:

Al ilustre escritor y muy querido amigo

D. Luis Bonafoux, en demanda de unas

líneas sobre este libro en cualquiera de

sus periódicos.

Al ilustre… Está bien; pero me gustan más otras dedicatorias, como esta, del escritor sudamericano Vasseur:

Al energético Bonafoux, magníficamente libre.

O esta otra de Nakens, en su último libro:

A Bonafoux: ¡Hombre!

Volví a leer la cubierta:

HACIA LA GNOSIS

Lo peor era que me cogía sin Diccionario.

Abrí el tomo. Titulo de un capítulo;

Homúnculus, Xilope, Viator…

Una fórmula:

$$CA/CB : DA/DB = -1$$

Una condensación:

Una condensación diferente del estrato filiforme y su relativo

descenso determina insensiblemente el cirro. Las hebras, si la frase vale, comienzan a entrelazarse en un tejido penniforme en torno de un eje o de un punto, con características leyes de simetría.

Un parentesco extraño:

El Homúnculus de Crookes es pariente muy cercano del hombre infinitamente plano…

Otra formulita:

$r\,1/11 = R$

Yo estaba ya medio loco y dispuesto a pedirle al Sr. Roso de Luna una reparación por las armas, cuando le vi aparecer con los brazos abiertos y un discurso en los labios. Cuanto a esto, no ha envejecido. Físicamente su inteligente tipo de judío español se ha acentuado con los años. Roso de Luna no pasa, según me ha dicho, de los treinta y siete, pero como ha leído, escrito y hablado mucho, tiene arrugas precoces y peina canas prematuras.

Le dije:

-Amigo mío, si es broma puede pasar; pero si realmente pretende usted que yo lea *Hacia la Gnosis* y haga una crítica de cosas científicas, que ignoro por completo, de fijo se ha propuesto matarme. Usted me ha tomado por otro. Yo no soy sabio y estoy absolutamente seguro de que no voy hacia la gnosis –que me tiene sin cuidado– sino hacia el whisky, que ahora mismo nos van a servir.

Entonces Roso de Luna, pasándose la diestra por la espaciosa frente, me miró con cierta grandeza que tenía algo de despectiva. ¡Yo no iba hacia la gnosis! Entonces, ¿a qué había venido yo y qué hacía, pues, en este mundo? …

***

LUIS BONAFOUX.

(El Diluvio, Barcelona, 1909.)

A ROSO DE LUNA

CON MOTIVO DE SU VIAJE A AMÉRICA

¡Oh! patricio que las tierras extremeñas produjeron
al que un cielo azul, tranquilo, le sirviera de dosel;
los efluvios venturosos de ese Logos te trajeron
su retrato miniatura para hablar acerca de Él.
¡Oh!, tú cantas expansivo la belleza soberana
de los cielos y los mundos con sublime admiración;
¡oh! tú llevas a otra España la sapienza castellana,
la elocuencia de tus labios y la paz del corazón.
En tu boca son las ciencias gama excelsa de armonías,
y en tu mente las ideas, frondosísimo pensil,
pues hermanas con el arte esas grandes melodías
que extrajera de la ciencia tu talento tan sutil.
Largo tiempo que esperamos los soldados del psiquismo
al caudillo de entusiasmos que nos guíe al Ideal;
que sostenga con firmeza, con amor, sin empirismo,
la bandera sacrosanta del espíritu inmortal.
Deja, Roso, que los sanes del salterio de este humilde,
repercutan un momento alabando tu bondad;
yo declaro que te admito por caudillo, y no se tilde
que persigo con mi canto halagar tu vanidad.
¡Salve!, ¡salve!, caro hermano, ¡salve!, ¡salve!, compañero,
y perdone tu modestia mi cariño fraternal;
te saludan amorosos la América y el Ibero
pueblo, entrambos confundidos en abrazo universal.

IVAN IFDAKOF.

(Luz y *Unión,* revista, Barcelona, 1910.)

UN HOMBRE BUENO Y SABIO

Roso de Luna, de natural modesto, bondadoso y comunicativo, posee un alma pura, abierta a todas las expansiones generosas. Su espíritu, cultivado, da todo lo que sabe, y lo da sin pretensiones y con amor. Por eso es un hombre que tiene el poder misterioso de atraer todo lo que se le acerca, despertando en todos cuantos le tratan un profundo sentimiento de simpatía por su persona.

Roso de Luna es un despertador de almas a sentimientos tan elevados como los que él posee. Se siente su aura fraternal y cariñosa a los pocos minutos de tratarle, como se siente el perfume de las flores en un jardín.

De todos los hombres que más hemos tratado en nuestra vida –y hemos visitado las cinco partes en que está dividido el mundo–, Roso de Luna descuella por su bondad, por su inteligencia, y, sobre todo esto, por la elevación de sus ideales.

Es un verdadero misionero de amor, de fraternidad y de cultura espiritual.

Y si con estas cuatro líneas trazamos lo que sentimos respecto de las bellezas de su alma, ¿qué diremos del hombre de ciencia, del filósofo, del místico?

Su intuición en el campo de la ciencia es soberana, ascendiendo hasta alturas muy poco trilladas aún para esa pléyade de hombres que han marcado rumbos a la Humanidad.

Generalmente, los grandes hombres de ciencia lo son en su especialidad; pero Roso de Luna, con un espíritu intuitivo extraordinario, abarca conocimientos generales, que rarísima vez un cerebro de hombre puede asimilar.

Le hemos oído hablar con posesión absoluta del tema, de todo aquello que la Humanidad se enorgullece de saber, pues le son familiares el Derecho, la Filosofía, las Matemáticas, la Medicina, la Astronomía, etc., etcétera, y hemos llegado a pensar que, si no sabe más, es porque la Humanidad no ha culminado todavía las grandes alturas que sólo los Iniciados poseen.

Roso de Luna es, propiamente hablando, un hombre extraordinario, de los que hay, desgraciadamente, poquísimos ejemplares en la Tierra; y no le podemos clasificar mejor, sino diciendo que es un espíritu en misión, y que la cumple como aquellos gloriosos soldados de la antigüedad, que sólo colgaban su espada después de haber

triunfado clavando su bandera en los baluartes del enemigo.

Pero Roso de Luna es un luchador a la moderna. No mata a nadie, porque su misión es la de combatir la ignorancia, iluminando la frente de sus oyentes… Cuando habla parece que se oye la voz de un mensajero de lo Alto, predicando el amor, la paz, la fraternidad entre los hombres, recordando que son hermanos, que todos tienen el mismo origen, y que también todos llevan en sí al Cristo crucificado en la carne, que diría San Pablo, y que llegará un día, grande y luminoso para el hombre, en que se dará cuenta de que puede con el tiempo volver a ser un dios, como han dicho Platón y Jesús.

Allí donde Roso de Luna ha hecho oír su voz, se han conmovido las almas, despertando a la vida espiritual.

De aquí la amorosa acogida que ha tenido en América este hombre extraño, este verdadero profeta del Ideal, a quien no olvidaremos nunca por larga que sea nuestra vida.

FEDERICO W. FERNÁNDEZ,

Delegado presidencial de la Sociedad Teosófica en América del Sur.

(La Verdad, revista de Buenos Aires, 1910.)

MARIO ROSO DE LUNA

Roso de Luna es un teósofo que me merece positivo respeto, como persona de hondo pensar y de mucha ciencia, y estoy seguro de tener sobradas razones para decir que el autor de *En el umbral del Misterio,* al modo de los ígneos cuerpos de las regiones estelares, brilla en el cielo de la Teosofía con luz propia, con la potente luz de una inteligencia que en sí guarda la inextinguible lumbre de una poderosísima intuición.

Cuando Roso de Luna llamó a las puertas de la Sociedad Teosófica, ésta pudo sentir la más legítima de las satisfacciones. Demandábale el paso un hombre de ciencia, un sereno y original contemplador de las verdades universales, un teósofo iniciado, no por las rapsódicas enseñanzas de cualquier propagador de más o menos teosófico fuste, sino por la iluminación del espíritu, por la luz que en la mente engendra la alta reflexión de los misterios del Universo, cuando asciende a las ignotas regiones de lo infinito, pidiendo fuerza a la inspiración del genio, y alas a la lógica y al saber. Como el gran matemático Wronski, Roso de Luna, profundo conocedor de la ciencia de la cantidad, elévase desde este campo al de las más altas concepciones de la Metafísica del Ocultismo; como los ilustres Zöllner, Gauss, Helmoltz, Lobatschewsky, Riemann y Spotiswoode, el estudio del Algebra y de la Geometría le lleva al de la cuarta dimensión de los cuerpos y otras sucesivas, y así Roso de Luna halla una feliz demostración de los diversos planos de la existencia substancial, demostración matemática de un valor definitivo, que nunca los teósofos le podrán agradecer bastante; como el renombrado Crookes, aplica a la física el estudio de las seriaciones numéricas, y halla formada por la Naturaleza misma la prodigiosa pauta de fuerzas conocidas y de lugares de la serie que corresponden a las ignoradas, estableciendo una elocuente identidad entre lo que la ciencia ya sabe y entre lo que la doctrina esotérica descubre; como los ilustres químicos Wendt y Mendeleeff, pide al número y a la serie, el gran misterio de la unidad de la materia, y al hablarle redime a los alquimistas, con elocuentes razonamientos, de un injustificado desdén; como astrónomo, el autor de *En el umbral del Misterio,* que goza de una reputación bien merecida,

Y es descubridor de un cometa que lleva su nombre; establece las bases de una científica explicación del origen y desarrollo de los mundos, donde impera el criterio del

Ocultismo, y como antropólogo y arqueólogo halla en ciertas piedras de Extremadura muy curiosas revelaciones, legadas por una remotísima antigüedad en raros monumentos jeroglíficos y paleográficos, donde por el análisis de hábiles cronologías sidéreas, Roso de Luna descubre el testimonio histórico de la Humanidad que pobló el famoso continente de la Atlántida.

Sí, puedo asegurarlo. Roso de Luna obtuvo esa iniciación en los más altos misterios de la ciencia por esfuerzo propio, antes de que a nadie oyera hablar de la Teosofía ni del Ocultismo; y cuando supo lo que predicaban estas doctrinas, cuando leyó algunas publicaciones de esta clase, regocijado por la tan, al parecer, sorprendente coincidencia de opiniones, buscó con ansia a sus desconocidos hermanos en creencias, y apresuróse a brindarles su más incondicional adhesión y concurso. Así fue como Roso de Luna vino a llamar a la puertas de la Sociedad Teosófica en España; así fue como Roso se incluyó en las huestes de los teósofos, y así fue como los teósofos españoles pudieron incluir en sus cuadros un nombre digno de tanto respeto.

* * *

Roso de Luna ha escrito mucho. Una de las veces que en su casa estuve, me enseñó cierta caja donde tiene escondidos sus originales y los periódicos en que se han publicado fragmentariamente mil análisis y observaciones suyas. Hay allí un hermoso caudal, un tesoro de trabajo hecho, que se propone ir dando a luz en una serie de libros, a la que pertenecen *Hacia la Gnosis* y *En el Umbral del Misterio.* En el orden de su aparición, les precede otro editado en París, y puesto en francés por el señor Toro y Gisbert, que se titula *Evolución Solar y Series Astro-Químicas.* Declaro francamente que esta es la obra más revolucionaria en el campo de la astronomía que conozco, y que la empresa de atacar en sus propios fundamentos a la teoría cosmológica de Laplace, implica una gran convicción y un enorme atrevimiento, que haría vacilar al ánimo más decidido. Cuando la leí quedé maravillado; nunca pude imaginar que existiesen tan admirables y originalísimas maneras de ascender al conocimiento y comprensión de la vida de los astros, desde el punto de vista del análisis numérico, para crear una astronomía tan nueva (en los países de la cultura occidental), como hermosa y exacta. Y en este libro, donde marchamos de sorpresa en sorpresa, ponen coronamiento a toda admiración dos capítulos finales, denominados *Nuestras ideas y el mito* y *Los atlantes de Extremadura,* que desentrañan el valor positivo de remotas

tradiciones de países y de razas que existieron en el mundo hace, muchos, muchísimos miles de siglos.

Pocos meses después de haber aparecido este trabajo, Raso de Luna publicó *Hacia la Gnosis,* y, ¡caso curioso!, para tal libro, entre los muchos editores que en Madrid hay, sólo la tan bien reputada Casa del inteligente y simpático Gregario Pueyo aceptó con verdadero placer la misión de editar la obra.

Hacia la Gnosis es un conjunto de estudios donde el autor esparce algunas de sus ideas teosóficas, y de tan sencillo modo como con atrayente forma de literaria creación, consigue que resulten agradables y llanamente accesibles, temas de ciencia y de filosofía, de carácter tan especial como metafísico y abstruso. *En el Umbral del Misterio* prosíguese la labor comenzada en *Hacia la Gnosis,* y tanto como en este libro contiene todo un mundo de ideas, pero un mundo novísimo, donde por sucesivas graduaciones la mente pasa, sin esfuerzos ni violencias, del plano de los fenómenos más vulgares de la vida orgánica e in orgánica, al de las fuerzas ignotas y al de los principios de la creación que constituyen el gran secreto de la Ciencia Oculta.

La significación de Roso de Luna, como teósofo, es muy alta.

No pocos tropiezos y obstáculos ha tenido que vencer, y no pocas rémoras han de oponerse todavía al feliz desarrollo de sus proyectos. Pero Roso de Luna es un hombre todo voluntad, y no dudo que llegue a conseguir lo que desea.

¿Ayudas?… No lo penséis; no las ha encontrado… ¿Descrédito? .. ¡Oh! eso, constantemente. Y por si no bastaba la terca prevención, de los que ni hacen ni dejan hacer, tampoco han faltado los que dicen que la labor de Roso es obra de locura. ¡Es claro! ¿Cómo no ha de parecer loco quien piense y proceda sin el menor estímulo de personal interés, en estos días en que tanto abundan las opiniones fundadas en el tanto por ciento, o en los fervores de la egolatría?…

Sí; la enorme, la estupenda *locura* de Rosa está en nobleza de corazón que le impele a ser, desde el primer momento, un gran amigo de cuantos le hablan, y en sus altos modos de pensar, que le obligan a sacrificarlo todo por la idea. Todos comprendemos que de sobremesa, cuando está bien harto el estómago y libre el espíritu de preocupaciones enojosas, se dediquen unos instantes a hablar de raras teorías, de creaciones esotéricas, de amor intenso a la Humanidad y de consagrar lo mejor de la vida a la práctica del bien y al estudio de altas cuestiones; pero si se trata de dejar esas

comodidades de la vida, de exponerse a recibir grandes sufrimientos y sinsabores, de perder hasta el propio reposo, por dar un paso hacia la luz en la dolorosa vía de adversidades que el mundo abre a toda idea nueva, entonces los ánimos faltan, los admiradores desaparecen y sólo *los locos* quedan, *los locos* que saben sacrificarse en aras de un purísimo amor a la Verdad, al Bien y a la Belleza.

ENEDIEL SHAIAH.

DE TEJAS ARRIBA

En el rellano de la escalera oí las melódicas notas de una sonata de Beethoven. Luego, al abrirse la puerta, esas notas, claras, precisas llenaron la estancia. Mario Roso de Luna, allí, ante la pianola, entretenía sus ocios. ¿Sus ocios? ¿Puede un momento estar quieta, en reposo, su poderosa inteligencia? Al verme, volvióse aceleradamente.

-¡Usted, encantadora amiga!

-Sí, yo… Siga…

–¡Beethoven es divino! ¡Oiga usted estos arpegios! Hablan al alma, ¿verdad?

La sublime elocuencia de Roso, subrayando las notas beethovianas, producían me algo así como si oyera un acento excelso, acompañado de crótalos y cítaras tañidos por ángeles… Volví a la realidad.

–Roso –le dije–, vengo a interviuviarle.

–¿A mí?

–A usted. ¿Le extraña? Usted es una de las más robustas mentalidades españolas; usted, por fuero de su excepcional talento, tiene derecho a la admiración, no de España, sino del mundo entero; usted…

Rápido me atajó. Sus cumplimientos no fueron más que muestras de su modestia herida… Roso de Luna, ni por su contextura física, ni por su exterior indumentárico, es uno de esos hombres en quien la ciencia, la sabiduría, hayan alterado las reglas al uso en sociedad, sino antes al contrario, parece un buen burgués, rebosando salud. La sabiduría llamea en sus ojos, en sus ojos que quieren poner todo el contenido divino de sus ideas en las frases que va diciendo.

Comenzó a hablar. Su elocuente palabra me embelesaba; pero le atajé, porque, a dejarle continuar dos minutos más, me olvido del objeto de mi visita, del cuestionario, de la interviú, de todo.

–¿Qué opina usted del más allá? –le interrogué.

–Si me pregunta por el más allá del arte o de la ciencia, le diré que creo en un progreso en espiral, cíclico, pero indefinido. Cada pueblo trae un ideal a la vida, y hasta que no le realiza no desaparece de la faz del planeta. Nuestra misión de titanes, de condenados a una vida de eterna lucha para alcanzar los cielos de la belleza, la verdad y el bien, como

Platón diría, nos corroe, con la duda cartesiana, las entrañas, como el águila del Cáucaso al divino Prometeo; nos obliga a llevar sobre las espaldas la peña de Sísifo, que son nuestras miserias y dolores, por la empinada cuesta que conduce hacia el Ideal; nos mantiene en un hambre y sed inextinguible, como a Tántalo, porque jamás podremos saciar nuestras necesidades transcendentales de míseros caídos. La Humanidad va descubriendo, día tras día, ciencias nuevas y nuevas artes… El placer de la armonía que debemos a la trinidad Bach, Beethoven, Wagner, fue desconocido, como tal, por los propios griegos y romanos. Que tales ciencias y artes puedan, acaso, ser meros redescubrimientos de otras antaño perdidas, es otro asunto diferente. Los libros acerca de los arioindos, egipcios, caldeas, etc., que enriquecen a diario las bibliotecas, hacen –yo mismo lo empiezo a comprobar– probabilísimo este supuesto; pero, de todos modos, en ciencias matemáticas, en artes aplicadas, etc., acaso nunca ha llegado tan alto la mente de los hombres.

Anatole France ha dicho que vivimos en una isla de conocimientos en medio de un mar de ignorancia, tenebroso y sin límites conocidos, por eso, cuando nuestra ciencia positiva no puede servirnos más por el momento, y ante la imposibilidad vital de aguardar las nuevas edades preñadas de esperanzas, que dejen atrás, con sus realidades, las quimeras más risueñas, creo racional el abordar, con toda clase de precauciones y reservas mentales, el estudio de lo oculto, o sea de las leyes ignoradas de la Naturaleza con arreglo a las disciplinas orientales, tan ricas en este punto; pero al mismo tiempo considero que, como se trata de abordar un mundo, cuyas leyes pueden ser de mayor amplitud o acaso diferentes, se impone un escrupuloso esmero psico-físico, análogo, por lo menos, al que emplea el biólogo en el manejo de los cultivos bacteriológicos patógenos. Los infinitos casos de locura sobrevenidos entre gentes que se meten a ocultistas sin virtudes heroicas por mera ignorancia, curiosidad insana o interés, prueban de un modo harto triste que ni la vida más pura, ni la más noble intención altruista son preparación bastante; quien ignora las leyes conocidas por las ciencias, ¿con qué derecho ni con qué cordura puede abordar esos escabrosos senderos reservados a los genios del porvenir? La locura suele ser el condigno castigo de tan vanas e insensatas pretensiones.

Hay varios ocultismos que jamás pueden entrañar peligros, tales como el conocimiento profundo de las leyes del Destino obrando sobre hombres y pueblos a lo

largo de la Historia; el de la meditación, el dolor, el placer y toda otra clase de experiencias propias de nuestra psiquis en el curso de su vida; la atenta consideración del pasado, que hace sabios a casi todos los viejos; los iris, tempestades, ensueños, decepciones y demás facetas o películas del cinematógrafo de nuestras existencias.

La ciencia contemporánea es en este punto uno de los veneros más puros del sano ocultismo. Con la obra de los predecesores a la vista es como los investigadores sinceros van robando secretos al misterio que nos cerca. Cójanse las *novelas* tan deliciosamente fantásticas de Flammarión, Verne, Mani-Rey, Tourner, Newconb o Wells, compárense con algunos de los más recientes descubrimientos y se verá cuán cierto resulta aquel dicho de que «la realidad va siempre más lejos que la más soñada de las quimeras», con lo que, dicho sea de paso, se ve palmario el triunfo final del espiritualismo y el idealismo sobre el escepticismo. Toda edad, toda cosa grande para la vida es ensañada primero por un poeta, traducida a honda prosa al instante por un filósofo, hecha tangible luego por un científico analítico, democratizada al alcance de todos por un industrial… Sin los poetas alemanes no habría habido un Kant; sin Kant no hubiera venido un Laplace; sin Laplace no tendríamos un Leverrier, descubridor de Neptuno meramente en la pizarra del cálculo, y sin la astronomía de éstos, cien aparatos de física, de clínica operatoria o de industria no facilitarían hoy nuestros víveres. Preguntado cierto aviador notable por su valor, sangre fría y cualidades de mecánico *positivista,* dónde y cómo había nacido su *práctica* técnica, él respondió sin vacilar: «En la lectura de Julio Verne…» En los países llenos de prejuicios *ramplones* –que no positivistas– se habla siempre de *práctica* y no de *teoría;* pero las industrias químicas alemanas, que son las primeras del mundo, tienen a sueldo dos doctores meramente teóricos por cada ingeniero o cada práctico, cosa que si no la viéramos nos parecería increíble.

–¿Qué piensa usted del espiritismo?

–Que nunca he sido espiritista en el sentido estricto, si bien las doctrinas relativas a la pluralidad de mundos y existencias me cautivó desde luego. La moral del sublime Allan Kardec cautiva igual que la del Evangelio, al que parece hasta depurar de la herrumbre de tantos siglos de abusos a su sombra bendita. Pero siempre he tenido cierta repugnancia hacia las prácticas mediunísticas. No hablo sólo de las de broma, escepticismo o mero pasatiempo, que son indeclinable necedad, sino de las prácticas

en serio y con nobilísima intención –como son y deben ser las de los verdaderos espiritistas–. No sé si en ello estoy errado o peco de indiscreto con una idea en la que militan amigos muy queridos míos; pero yo, en lugar de evocar, por ejemplo, a *padre* Beethoven, intentando, si es posible, hacerle bajar a este desdichado mundo, que no le puede recordar otra cosa que sus amargos dolores, trato de subir a las esferas de su música sin par, esferas donde, de vivir aún el maestro, seguramente son las suyas preferidas.

–Y, ¿qué le parece el hipnotismo?

–Sin descender a detalles médicos ni negar muchas de sus curas catalogadas por los Berhein y los Sánchez Herrero, la diré, sencillamente, que me repugna, como me repugna toda práctica y todo instituto religioso o laico, en los que el hombre, sér inconsciente y libre por antonomasia, entrega inconsciente su albedrío divino a la más que dudosa conciencia y voluntad de un tercero.

–¿Qué me dice usted de la Teosofía?

–Soy hace años miembro de la Sociedad Teosófica, fundada por H. P. Blavatsky, mujer a la que considero como un sér superior, para quien no ha llegado aún la hora de la justicia. Lo que de Blavatsky pienso y de su obra, lo tengo condensado en los dos tomos de mis *Conferencias teosóficas en América del Sur,* y nada puedo añadir, pues allí dije todo lo poco que sabía. Creo, sin embargo, que se acercan días muy críticos para dicha Sociedad, orientada, una inmensa parte de ella, hacia senderos de devoción que celebraré no conduzcan al foso, sin fondo, de una especie de neocatolicismo, con su Cristo y todo. Cito este nombre inefable porque mis queridos consocios, con su presidente a la cabeza, confían en una segunda venida, que, de ser cierta, nos haría mucho bien. ¿Quién duda de que un Redentor, un nuevo Instructor, prometido en múltiples libros de Oriente, no sería oportunísimo en estos días de desdichas? ¡Ojalá sean ciertas tales esperanzas, que ni rechazo ni todavía admito, porque aun no he tenido la dicha de poder comprobar tan risueños y santos vaticinios! Mi sendero no es devocional, sino científico o de estudio, que harto devocional católico fuí –y no me pesa– en mis juventudes, y ya sabe que al hombre de investigación le está vedado, por su conciencia profesional, afirmar lo que de ciencia cierta no le consta. Entretanto lo aclara el tiempo, que es el gran descubridor de verdades, repito que ni lo afirmo ni lo niego, y deseo sea verdad tanta belleza en nuestros días.

–¿Qué regla infalible puede haber para orientarnos bien en las difíciles tenebrosidades de lo no sabido?

–Las que llevo dichas: ciencia, arte, virtudes, calma para analizar, libertad absoluta de pensamiento para discernir. La ciencia-sacerdocio, en una palabra, pues detrás de la degradación sufrida por las altas verdades científicas del pasado, en el lecho de Procusto de las religiones vulgares o exotéricas, hay pura y simplemente una ciencia, y matemática por añadidura, como no ignoraron Pitágoras, Xenócrates, Platón y otros muchos griegos sabios.

–Pero, ¿una regla más científica?

–Nada más fácil, pues se halla en la Biología y sus ciencias auxiliares tales como la embriología. Es, a saber: que toda realidad ulterior se anuncia siempre por adecuadas tendencias, digámoslo así, *premonitorias.* La necesidad de reproducción, por ejemplo, en la que se apoya la conservación de la especie, es un vago anhelo, una suave e inefable mezcla de placer y dolor, temores y esperanzas mal definidas en los albores de la pubertad. El problema del más allá y sus posibilidades es, por tanto, un problema de Psicología. Nuestra Psiquis debe tenerlo escrito en sí misma. Si, pues, en nuestra mente y en nuestro pecho existe innata la sed inextinguible de lo desconocido y un nobilísimo anhelo de dejar una huella de nuestro efímera paso por la tierra, es prueba clara de que la Realidad nos depara un futuro risueño allende la tumba. A esa región se va de un modo definido, claro está, con la muerte; pero no dejamos de hacerla en vida, más o menos rápidas, más o menos peligrosas, visitas durante los transportes de amor, en los accesos de misoneísmo, en los momentos de desoladora duda y, en una palabra, siempre que la mariposa de nuestra Psiquis se cansa de soportar las cadenas de crisálida o de larva que aún la aprisionan en este bajo mundo, mundo que, por *inferior,* es verdadero *infierno,* según la etimología de la palabra latina *infera,* lo de abajo, lo sacrificado, la *cárcel* de carne, el *capullo* de la inmortalidad cristiana, buddhista, teosofista o espiritista.

Lector: no puedo continuar. A decirte cuanto oí de la boca de este hombre admirable, cuya elocuencia no se agota y que parece hablar en nombre de unos seres superiores de bondad, llenaría el diario. Y esto no puede ser, no me lo perdonarían, aunque fuera para rendir culto al talento. Tampoco puedo, por la misma razón, hablarte más ampliamente, como quisiera, ni decirte nada de cuanto pienso acerca de esta figura,

que es una de las principales contemporáneas.

ÁNGELES VICENTE.

(Excelsior, diario de Madrid, 1912.)

LA CIENCIA HIERA TICA DE LOS MAYAS

CONTRIBUCIÓN

AL ESTUDIO DE LOS CÓDICES MEXICANOS DE ANAHUAC

Uno de los hombres de más prestigio, uno de los hombres que más valen hoy en España y que es una gloria de nuestra patria y una honra de la Teosofía, es Mario Roso de Luna que acaba de reunir en dos volúmenes sus conferencias dadas en la América del Sur.

A esos países americanos fue Blasco Ibáñez, y toda la Prensa se ocupó de él; fue Altamira, y recibió bombos; fue Salvador Rueda, y también se movieron los platillos; fue Zamacois, y no faltaron sueltos laudatorios; fue Felipe Trigo, y se agitó el incensario; fue Roso de Luna, y… nadie habló de él.

Es natural: Roso de Luna es modesto, Roso de Luna no intriga, Roso de Luna es científico, Roso de Luna no fue a América a fundar Empresas de emigración, Roso de Luna no explotó a los que hablan su misma lengua, Roso de Luna fue a predicar la Ciencia, llevando por divisa el lema sánscrito: *No hay religión más elevada que la verdad (Satyan Nasti paro Dharma);* fue a enseñar lo mucho que sabe; fue a demostrar que la Teosofía puede desterrar el reinado del dolor; fue a estudiar las ciencias y religiones comparadas; y, es claro, en este país, donde se dedican columnas y columnas en los periódicos a toros y bailarinas, nadie habló de él ni de su viaje.

Roso de Luna ha hecho, sin embargo, una obra magna y ha colocado a la ciencia española en muy alto lugar. Tiene momentos de Iniciado, como en su conferencia sobre los Mitos y las Religiones, donde busca, al través de la fábula, la verdad *revelada* –o dos veces velada– de nuestra evolución, como cuando estudia las *n* dimensiones del Espacio con precisión de matemático y vuelos de poeta, como en *Astronomía y Astrología,* donde raya a inconcebible altura, como… en todo.

Ya tendré ocasión de hablar más extensamente de este último libro del autor de *Hacia la Gnosis* cuando estudie con todo el detenimiento que merecen estas conferencias, y sea esta crónica surgida de una primera y rápida lectura, como la introducción de un estudio detenido que he de hacer sobre toda la labor de este poligráfico sabio español que se llama Mario Roso de Luna, y que tantas glorias, como su estudio sobre los

Códices Anahuac, ha de dar todavía a la ciencia de nuestra patria.

Roso de Luna ha estado en América, y por haber cometido el nefando crimen de no explotar a los que hablan su idioma –sus conferencias fueran todas gratuitas, lo que otro, nadie, nacional ni extranjero, ha realizado en América–, se le ha hecho el vacío de un modo indigno, y nadie se ocupó de dedicarle dos líneas, *ni él de dedicárselas* por los consabidos procedimientos al uso, cuando regresó a su patria… Es natural, e historia eterna de todos los genios. Despunta uno un poco, y choca con la familia; se significa algo más, y choca con el pueblo; aumenta la significación, y el choque es con la región; sigue creciendo o perfeccionándose el individuo, y choca con la patria, y hasta con el mundo, si su significación es completa. Y ahí están los casos de todos los grandes revolucionarios, con Cristo a la cabeza, que por algo éste dijo «que no era de este mundo su reino…»

Ocurre con Roso de Luna un fenómeno que no por lo repetido deja de llamar la atención. En todos los tiempos y países ha habido talentos ignorados a los que sus contemporáneos no han hecho caso, teniendo los frutos de sus investigaciones esos «éxitos de silencio» que proporcionan los espíritus ruines a los que piensan para ahorrarles a ellos el trabajo de pensar. Buena prueba de esto es lo ocurrido al gran Gustavo Le Bon cuando publicó en los *Informes de la Academia de Ciencias de París* sus primeros trabajos sobre la des materialización de la materia. Todos se rieron de él, y los más piadosos le tomaron por loco. Era natural; las doctrinas expuestas por Le Bon destruían el dogma de la conservación de la materia, proclamada por Lavoissier y acatado por todos sus sucesores; la Química empezaba a bambolearse, amenazando desmoronar el edificio de sus ecuaciones, y el gran Spencer afirmaba en sus *Primeros principios* que la Ciencia y la Filosofía sostendrían un duelo a muerte si se demostraba la falsedad del principio de Lavoissier. Pero después de trece años de estudios continuados, Le Bon ha conseguido que se tomen en serio sus «cosas» y su materia magna *La Evolución de la Materia* está hoy traducida a todos los idiomas.

Casos idénticos fueron los William Crookes, en Inglaterra, y Lombroso, en Italia. Mientras siguieron los caminos trillados todo fue bien… pero cuando quisieron investigar las fuerzas latentes en el hombre, les aplicaron el remoquete de locos y «ya» perdieron su autoridad.

En España se registra el caso de Roso de Luna. Mientras recorre la Argentina, Chile,

el Brasil y el Uruguay dando conferencias teosóficas que han ocupado largas columnas en los mejores diarios de aquellos países, la Prensa española no le dedica una sola línea; mientras sus trabajos astronómicos se publican en revistas extranjeras, como la *Astronomische Nachrichten,* aquí no nos enteramos sino media docena de «locos» que tenemos el «nefasto vicio de leer».

Roso de Luna ha hecho ahora un sensacional descubrimiento estudiando el Códice maya Cortesiano, cuyo original se conserva en nuestro casi desconocido Museo Arqueológico. El autor de *Hacia la Gnosis* estudia en aquel libro dicho Códice sacado de los antiguos templos mejicanos; le compulsa con sus similares el «Troano», el del Vaticano, el de Dresde, etcétera, y después traduce sus jeroglíficos nodulares y ógmicos, forjándose una clave parecida a la telegráfica de Morse, mediante la cual demuestra que tales jeroglíficos, hasta aquí tenidos por indescifrables, contienen toda una teoría coordinatoria, reveladora de los conocimientos matemáticos de aquel pueblo glorioso que llenó de edificios ciclópeos al Yucatán, pueblo que no pudo ignorar la Matemática, porque como el autor dice:

«Cuando nuestra brillante cultura actual se sepulte en el polvo del pasado, que es ley inexorable de la vida, acaso lleguemos a comprender, aunque tarde, la compasiva amargura que sienten los pensadores orientales ante nuestros ligeros juicios sobre su cultura, viendo que otros pueblos sucesores nuestros lleguen infantilmente a creer que nuestra Torre Eiffel de las ruinas de París o nuestra estatua de la Libertad de las ruinas de Nueva York, pudieron muy bien ser levantadas sin el conocimiento de la Matemática.»

En todo el libro, escrito en ese lenguaje de Roso de Luna que sabe hermanar la aridez científica con la galanura de la forma, se nota el aliento del enorme poeta, del gran intuitivo que hay en él y que una vez más ha sentido el soplo de la inspiración científica, para demostrarnos que no es necesario llamarse Max-Müller, ni Champollión, ni Holden, ni Charencey para realizar meritísimas labores de investigación prehistórica.

Hay que cultivar la ciencia por la ciencia, que es bello su estudio y grandes sus enseñanzas, porque todo descubrimiento, por insignificante que parezca, lleva en sí multitud de aplicaciones prácticas a la manera del lienzo hinchado por el viento y visto por los hermanos Montgolfier, que guardaba en su convexidad, como el vientre

fecundo de una mujer, el germen de la navegación aérea.

FRANCISCO VERA.

(El Liberal, 1911.)

LAS CLAVES DE LOS CÓDICES MAYAS DESCUBIERTAS

Cuando apareció, hace treinta años, la *Doctrina Secreta,* de H. P. Blavatsky, los *doctos* se rieron de lo que ellos llamaban *fantasías* del Libro tibetano de Dzyan, cuyas *Estancias* aquélla comentaba. Hoy nuevos *libros de Dzyan* aparecen donde menos se esperaban, esto es, en los antípodas casi del Tíbet, entre los mayas del Yucatán, restos también, como los tibetanos, del continente Atlántida sumergido, y aparecen de igual modo asombrándonos con su sabiduría.

En vindicación también del genio incomprendido de H. P. Blavatsky, creemos oportuno el recuerdo de dos profecías suyas, la segunda de las cuales, así como el *Libro* que dió origen a la Doctrina Secreta, tienen íntima relación con el descubrimiento de Roso de Luna.

En 1888, decía: «Nos hallamos al fin de un gran período del kali-yuga ario, y de aquí a 1897 se hará un gran jirón en el velo de la Naturaleza, y la ciencia materialista sufrirá un golpe de muerte.» Precisamente en 1897, los sabios esposos Mac-Curie descubrieron el radio, y con él, o a consecuencia de él, se ha descubierto también el problema alquimista de la desintegración de la materia en energía subatómica. Desde entonces la concepción energética (que no es en el fondo sino la concepción platónica del Logos demiúrgico, del Dios intracósmico, informando con su Vida y su fuerza Inteligente a todo el Universo de El emanado) ha sustituido al grosero concepto positivista «materia».

Hoy es de verdadera actualización, pues en los momentos presentes empieza a cumplirse la otra profecía en que afirmaba que sólo en lo que restaba del siglo XIX, serían objeto de burla las doctrinas transmitidas por su libro; pero que, «a principios del siglo XX, nuevos discípulos, con cualidades muy superiores y mejor informados, vendrían a dar pruebas finales e irrefutables de que existe una ciencia llamada Gupta-Vidya (conocimientos iniciáticos, sabiduría divina), y que a manera de las fuentes del Nilo, en un tiempo misteriosas, la fuente de todas las religiones y filosofías en la actualidad conocidas por el mundo, ha permanecido durante muchas épocas olvidada y perdida para los hombres, pero que ha sido encontrada…»

A continuación insertamos la noticia del descubrimiento de nuestro amigo, publicada en *La Correspondencia de España, El Liberal* y otros diarios de la corte:

«Sensacional descubrimiento arqueologico.–Los *primitivos códices anahuac.–Matemáticas prehistóricas.–Un triunfo de la ciencia española.*

»El Sr. Roso de Luna dió ayer, ante la Real Academia de la Historia, un informe relativo a la «Ciencia hierática de los mayas», bajo los cuatro títulos sucesivos de «Las pictografías del códice Cartesiano», «Sus jeroglíficos nodulares», «Sus jeroglíficos ógmicos» y, en fin, «Sus jeroglíficos nexos o en racimo».

»Conviene advertir que el códice Cartesiano, así llamado por haberle traído Cortés de uno de los antiguos templos mexicanos, en unión del códice llamado *Troano,* es uno de los escasísimos documentos mayas que existen en el mundo, y que, originales, se guardan en el Museo Arqueológico Nacional. Es una tira de papel de pita o «magüey», pintada por ambas caras, y de 2 metros 60 centímetros de longitud por 12 $^1/_2$ centímetros de ancho, con el más abigarrado conjunto que darse puede de pinturas y jeroglíficos, y con toda la cosmogonía, historia, etc., de aquellos aborígenes.

»Dicho *códice,* tenido hasta aquí por los doctos como absolutamente indescifrable, ha sido descifrado en su contenido matemático simbólico por el Sr. Roso de Luna, hallándose nada menos con que sus páginas encierran los mismos ábacos numéricos o *matrices* de determinantes que hoy se emplean en Matemáticas como uno de los más elegantes y sencillos métodos de eliminación de los sistemas de *ene* ecuaciones con *ene* incógnitas. Es decir, se encuentra el camino para aclarar cuáles y cuán grandes debieron ser los conocimientos matemáticos de aquel glorioso pueblo que, años antes quizá, que los propios egipcios, alzó los templos grandiosos de Palenque, Nachán, Cholula, Aké y demás ciudades del Yucatán, cuyos solos rivales se ven en las orillas del Nilo, y que, lógicamente pensando, no debieron construirse sin conocimientos matemáticos profundos aplicados a la Arquitectura.

»Pero no se limita a esto el descubrimiento arqueológico, sino que, al comparar Roso de Luna los dos ábacos primitivos chinos del *Ho-tu* y del *Lo-chu,* que forman, según el P. Gaubil, en su *Astronomie chinoise,* las leyes del *Ih-Kim,* ha podido forjar una clave numérica de cuatro puntos y otras tantas rayas (como en el alfabeto telegráfico de Morse), que permiten traducir también en ábacos numéricos cuantas inscripciones de esta clase se han conocido hasta aquí como *ógmicas,* es decir, por puntos solos o por puntos y rayas, en toda la superficie de la tierra, por corresponder, como es sabido, a la remota *edad de piedra.*

»Los inteligentes en estos problemas de prehistoria, de lingüística y de matemáticas sabrán apreciar toda la enorme trascendencia que para la ciencia han de tener dichos cuatro temas del informe, que en breve aparecerán en el *Boletín* de la docta Corporación.

»Pese a nuestra mentida decadencia, no es esta la primera vez que un español triunfa en investigaciones donde antes fracasasen los profesores extranjeros, por lo cual nuestra ciencia patria está en esta ocasión de enhorabuena. Los Champollión y los Max-Müller no siempre han de ser franceses, ingleses ni alemanes.»

A lo transcrito de *La Correspondencia de España* hemos de añadir cuatro palabras.

No sólo a las ciencias arqueológicas y matemáticas afecta la trascendencia del descubrimiento hecho por nuestro amigo de varias claves del Códice Cartesiano, aplicables también a otros *mayas* similares, sino que en igualo mayor grado afecta también al conocimiento de las filosofías y religiones comparadas, y más especialmente de las teogonías y cosmogonías más antiguas de todos los pueblos, dándolas un común origen con la Gupta-Vidya, ya que, aun en lo poco que de momento hemos podido apreciar, el códice maya Cartesiano tiene analogías notables con el Libro de Dzyan.

En efecto: una de sus láminas (que sin duda fue la primera) representa al Hombre Celeste (Adán Kadmón, Thor, Odin, el Logos, etc., de otras teogonías), sobre la Serpiente de la Eternidad y con la Sagrada Tetrada pitagórica (1-3,2 y 4) encima. En la página siguiente ya se ve el *cinco,* el número de la mente, y, en fin, se desarrolla luego una serie de viñetas con escenas de cosmogonía con jeroglíficos *nodulares,* que son verdaderos ábacos matemáticos, análogos a los de las *determinantes* de la teoría coordinatoria, sobre el cuerpo de los dioses mayores de los mayas: el Sol, la Tierra, Venus y la Luna. En otras páginas se ven escenas como las del Paraíso bíblico, aunque de sentido infinitamente más elevado y transcendente; las figuras típicas del calendario religioso; otras escenas propias de la iniciación, etc., etc.

Por otro lado, aparecen nuevos ábacos numéricos, pero cuyos jeroglíficos consisten sólo en puntos y rayas superpuestas (signos ógmicos) semejantes a los que se ven en las cinco partes del mundo, hasta aquí sin una explicación satisfactoria, y acerca de los cuales nuestro amigo ha dado con la clave que los traduce. Tales y tan grandes son los lazos que con estos últimos jeroglíficos se establecen entre la prehistoria del Yucatán y la del occidente de Europa, que la hipótesis de la existencia de la debatida Atlántida se

va haciendo cada vez más necesaria para explicar dichas conexiones, siendo esta parte una de las más curiosas y sugestivas para todos los investigadores científicos.

Labor magna es la llevada a cabo por el Sr. Roso de Luna, y, sin embargo, podemos afirmar, pues nos honramos con su amistad íntima, que desde su comienzo hasta su feliz término no han transcurrido dos meses. ¿Cómo ha podido realizar este milagro?

Sólo teniendo, como tenemos, sobradas pruebas de sus excepcionales facultades, de su grande amplitud de concepto, y especialmente de su extraordinario *sentido intuitivo,* nos podemos dar alguna explicación de ello.

Mas no se crea por esto que trabajo de tal naturaleza ha sido producido sin esfuerzo, no; pues si toda concepción, como todo parto, en el plano mental como en el plano físico, lleva aparejado su dolor, el que ha experimentado nuestro amigo ha correspondido a lo grande su fruto.

¡Que el galardón corresponda a la magnitud de la obra realizada!

EUGENIO GARCÍA GONZALO.

(Lumen, revista de Tarrasa, 1911.)

UN SABIO ESPAÑOL

CRÍTICA LITERARIA

Don Manuel José Quintana tuvo, sin duda alguna, puntas y ribetes de profeta, de visionario, de *oftalmos,* según la denominación aplicable al poeta, tan grata a Víctor Hugo, cuando cantó en una célebre estrofa:

«Virgen del mundo, América inocente…»

Presintió el escarnio que íbamos a hacer de ella sus antiguos conquistadores, considerándola como inocente víctima propiciatoria para nuestra sed de lucro.

Si primero fuimos como conquistadores para exaccionar a los indios, luego hemos ido como logreros, que es más triste papel para nuestras aspiraciones idealistas. Los hijos de los encomenderos han buscado hoy las nuevas encomiendas que son las encomiendas culturales.

Alguna excepción hubo en medio de este concierto de egoísmo. Mario Roso de Luna fue a América como un sabio humilde y altruista, no a expender sus productos intelectuales, como charlatán de feria, sino a propagar la doctrina teosófica, como en otro tiempo nuestros misioneros fueron allá a difundir la fe de Cristo. Producto de esas laicas predicaciones, por las tierras que Hernán Cortés humilló y Guatemocín regó con sangre, son estos dos nutridos volúmenes de *Conferencias teosóficas en América del Sur,* con más de 300 páginas cada uno, que acaba de publicar.

La mayoría de los españoles ignoran que Mario Roso de Luna es un sabio europeo, porque no tiene ganas de enterarse. Ellos dirán que no tienen tiempo, como las solteronas que no se casan dicen que no ha sido por falta de novio, sino por falta de voluntad. Mientras en las revistas alemanas se traducen artículos de Roso de Luna, en las revistas españolas apenas se les concede atención.

Acaso no hay quinientos españoles que sepan que Mario Roso de Luna es un astrónomo y que para él la teosofía es un deporte, una distracción de estudios más serios.

Su folleto *Kinetórion* (instrumento de astronomía popular para conocer, sin profesor, las constelaciones) y su magna obra, publicada en francés (en París, 1909), *Evolution solaire et séries astro-chímiques,* prueban bien a las claras que en Roso de Luna hay un

formidable investigador de los cielos, para quien la ciencia astronómica no tiene secretos. Y así como Herschell de músico pasó a astrónomo y abandonó la fácil melodía por la honda y silenciosa armonía de esferas (que cantó Pitágoras de Samos), y así como Sócrates de escultor del barro se convirtió en escultor de las almas, Roso de Luna ha pasado de la armonía celeste a la música interior, a la música de los espíritus, sólo emocionante para los iniciados.

En el hermoso capítulo del primer volumen, titulado *Astronomía y Astrología,* habla del lazo numérico entre el hombre y el astro con tal unción, con tal convencimiento, con tal copia de doctrina, que hay que volver a los *gimnosofistas,* a los neo platónicos iluminados, para encontrar semejanzas. En Plotino, Yámblico y filón de Alejandría tiene Roso de Luna sus más directos ascendientes.

Y para dar muestras de una inmensa ductilidad de espíritu, que le hace acercarse tan pronto a la ciencia pura como al arte puro, al lado de este capítulo, lleno de doctrina matemática y astronómica, nos presenta Roso de Luna un capítulo ameno y asequible a todas las inteligencias, como es el titulado *La mujer y la Teosofía.* Para leer con provecho *Astronomía y Astrología* hay que llevar una preparación de física matemática que pocos hombres alcanzan; para entender *La mujer y la Teosofía,* basta con tener cultura general y espíritu de artista.

Sin embargo, he de confesar que los capítulos más interesantes en la vasta obra de Mario Raso de Luna son los capítulos henchidos de ciencia pura, como los titulados *Física y Metafísica* y *La Tierra y el Hombre* (en el volumen segundo) y los titulados *El titanismo contemporáneo y la Teosofía, y Espiritismo, Ocultismo y ciencia positiva* (en el volumen primero).

Mas hay un capítulo de lo más interesante que puede leerse en libros de ciencia. El sabio químico, el entendido biólogo, el astrónomo hosco, se dulcifica y se torna pedagogo afable, en maestro de párvulos, diciendo como Jesús, el gran iniciado: «Dejad que los niños se acerquen a mí» *(Sinite parvulus venire ad me).* Habla a los niños desentrañándoles el sentido de los mitos y de las parábolas. «Por eso, desde Buddha y Jesús hasta Carlyle y Mæterlink, todos los iniciados han hablado por parábolas.» (Volumen 1, pág. 112.) Y explica el origen de los mitos más populares que han acariciado nuestra imaginación infantil.

Después de explicar el mito de Psiquis y la leyenda de) *Caballero del Cisne,* se fija con

singular delectación en los mitos y leyendas españoles, y nos explica el hondo sentido esotérico de la leyenda de *La oreja del diablo;* de *Juanillo el oso;* de *Juan el pescador;* del *Marqués de Villena;* de *La hermosa de los cabellos de oro;* de *Aladino o la lámpara maravillosa;* de *Las tres princesas encantadas,* de algunos mitos hindúes y persas y de la Mitología grecorromana en España, etc.

Pero donde Roso de Luna llega a mayor altura es cuando nos habla del ideal caballeresco y examina las fábulas de Clarea y Florisea; de Oliveras de Castilla y Artús de Algarbe; del Conde de Partinoples; de Pierres de Provenza y de la hermosa Magalona; de Aurelia y Florinda o la gruta del diablo; de Roberto el diablo; de Tablante de Ricamonte y Jofre Donasón; de Orlando furioso; de Clamades y Carmonda o el caballo de madera, y del Anillo de Záfira.

Roso de Luna es sabio latino y atrayente como hay pocos, sabio al modo de Poincaré, de Bergson, de Le Roy o de cualquiera de los modernos pragmatistas, sabio de los que no pierden en doctrina lo que ganan en belleza de estilo. Y aun habrá quien ante tan sabio expositor se sonría de las doctrinas teosóficas, como lo hizo alguna vez crítico tan agudo como D. Juan Valera, que consideraba a la Blavatsky y al coronel Olcott como dos vulgares embaucadores.

El libro de Mario Roso de Luna es igualmente interesante para los iniciados y para los no iniciados; para los catecúmenos que aún no han ingresado en el templo, y para los que ya están cobijados a la sombra de la gran pirámide. A los unos les enseñará a proseguir en su camino de perfección; a los otros les estimulará a escudriñar las enseñanzas de la teosofía. Porque desdeñar y tomar a chacota, y con punible frivolidad motejar de cosa necia y boba lo que no se conoce, es fácil; lo difícil es enterarse y depurar el oro entre la escoria. Ramiro de Maeztu, que trata de predicar a los españoles la virtud de la cultura europea y que combate sañudamente el vicio (secular entre nosotros) de no enterarse, debiera estudiar más a fondo las doctrinas de Annie Besant antes de ponerlas en solfa. Mario Roso de Luna brinda a él y a todos un manantial inexhausto de ciencia oculta en su hermoso libro, *Conferencias teosóficas en América del Sur,* que no es vulgar manualejo de teosofía *in usum Delphini.*

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.

Madrid, 4 de Septiembre de 1911. *(La Correspondencia de España.)*

LA TEOSOFÍA Y ROSO DE LUNA

Don Mario Roso de Luna es un hombre vestido de azul, con una corbata nívea y en la solapa un botón, radiado, de colores diversos. Roso de Luna tiene el bigote negro, barba en punta y frente despejada. Como extremeño que es, pertenece a una raza de conquistadores, y en sus ojos durmientes hay una constante expresión de nostalgia y de paz… La cabeza de Roso de Luna, vista desde las butacas del salón sobre un fondo de cortinas, recuerda otras cabezas, tan españolas, que sólo pueden encontrarse en algunos cuadros del Greco.

La primera conferencia de este hombre, sobre esa cosa hermética y ardua que llamamos teosofía, ha sido muy interesante. Habló Roso de Luna con acentos de convencido; pero no pretendió, ni por un solo instante, deslumbrar al auditorio con párrafos de estruendo, o con imágenes de gran vuelo lírico.

Todo lo contrario. El afán del conferenciante parecía el de acomodar sus ideas a la comprensibilidad de todo el auditorio. Y, con sólo esto, yo estoy seguro de que los neófitos salieron encantados de la conferencia, y los maestros complacidos.

Yo no fuí en clase de maestro ni de catecúmeno. Soy amigo de la teosofía desde que conozco a Roso de Luna; pero sólo me acerqué a la sagrada cátedra a guisa de espectador.

En esta conferencia, sin embargo, he sacado la impresión de que la Teosofía puede ser, para el hombre, una fuente inextinguible de consuelo. Por lo visto, esa ciencia está formada con preceptos de una religión y de otra; con aquellos preceptos que forman la base de todas las religiones y con los que constituyen su fondo.

Tiene tres grandes leyes fundamentales que parecen los cantos de un inmenso poema; la ley de la unidad, la ley de la casualidad y la ley de los renacimientos. El asunto de este poema es la vida. La teosofía no se contenta con ser tan sólo una cosa mística. Hermana de las religiones, es también hermana de la ciencia, y en su noble afán de unirlo todo, en su afán santo de armonía, pone un poco de ciencia en la religión y en la superstición, y pone en la ciencia un poco de misticismo, de poesía y de ensueño.

Hace más aún; demostrando que la justicia y el amor son, para el mundo, como esas

estrellas de la leyenda amable, que señalaban siempre el camino. Y todavía hace más al considerar la muerte «como un incidente periódico en una existencia sin fin».

Este fue para mí el momento más interesante de sus conferencias. Si la teosofía fuese verdad, el hombre se convertiría en el creador de su propia alma. Nosotros mismos podríamos preparamos el propio destino, y la nobleza y la justicia de nuestras acciones entregarían a nuestros hijos una herencia segura de felicidad.

Desgraciadamente es posible que Roso de Luna sea tan sólo lo que el vulgo llama, con cierta melancolía, un soñador.

Pero sus palabras nos hicieron olvidar, por un instante, toda preocupación de momento, haciendo la vida, a la vez que dulce, grandiosamente heroica.

¿Y si Roso de Luna fuese algo más que un soñador en toda la acepción de la palabra? No olvidemos que este sabio, viajando por los espacios interplanetarios, conquista, para la ciencia positiva, una estrella de verdad que tiene luz, y donde, tal vez, haya hombres, y un ansia constante de perfeccionamiento y redención.

EL HIDALGO DE THOR.

ELEGÍA

Roso de Luna fue a América como un ciudadano particular, sin que su salida de Madrid hiciese gemir las Prensas con los autobombos que se suelen dar algunos escritorzuelos y filósofos imberbes; pero, aunque salió de España de incógnito, la Argentina, que es un pueblo culto, descubrió pronto aquel misterioso viajero que iba a la República del Plata a enseñar, a dar conferencias sobre Teosofía, compleja materia que no es para cerebros obtusos, y entonces la Prensa de allí le dedicó páginas enteras, el misterio quedó roto por la fuerza del sentimiento, y Roso de Luna fue de triunfo en triunfo, magistral, glorioso.

Recorrió este sabio toda la región del Plata, el Uruguay, Chile y Brasil, y en todas partes los neófitos, los seres ansiosos de conocer corrientes consoladoras para el espíritu, acudían con el semblante risueño para apropiarse las ideas del maestro.

Y Roso de Luna se cubrió de nuevo con el amplio ropaje del misterio y tomó el barco con rumbo a su querida patria, y aquí, en este pueblo, rodeado de conventos y plazas de toros, nadie se enteró de su llegada; sólo una mujer sumida en llanto de alegría y unos niños turbados por la emoción salieron a recibirle, a besarle, a estrecharle en profundos abrazos…

¡Oh, patria, que no conoces a tus grandes hombres…!

FEBO DE LIMOSÍN.

(Los Albores de la Verdad, revista, Barcelona, 1913.)

SIETE AÑOS DESPUÉS

MARIO ROSO DE LUNA

Fué nuestro huésped hace tiempo, y por varios meses, uno de los hombres más extraordinarios que haya conocido nunca el mundo de las letras. Uno de esos espíritus sintéticos que han sabido amalgamar en un conjunto armónico, las, al parecer, más opuestas teorías y tendencias, y que, por un verdadero anacronismo en esta época tan pródiga de caballeros dobles, sabe vivir la vida de sus ideas con una sinceridad envidiable… A sus conferencias, asistieron autoridades universitarias, Corporaciones científicas, miembros del profesorado, literatos, periodistas y el escaso, pero selecto grupo que en Buenos Aires difunde los principios de la escuela filosófica, que cuenta a Roso de Luna entre sus más ilustrados adeptos.

Y el éxito dentro de este huerto cerrado y entre aquellos que supieron de él, a través de los extractos de los diarios metropolitanos, satisfizo todos los anhelos, explayándose en sincera admiración y entusiasmo hacia la extraña personalidad que en medio de la agitación de nuestra vida factoril y de las preocupaciones de un pueblo que ha lanzado su carro de progreso por la senda del éxito económico, cegado quizá por los destellos del gran faro del Norte, venía a hacer vibrar el verbo de las realidades transcendentes, y a pedimos que pusiéramos un poco de luz espiritual en la solución de nuestros problemas, y un poco de sentimiento en nuestras cotidianas luchas.

Porque debe saberse que en Roso de Luna la ciencia no es el frío análisis profesional que conocemos, ni la vulgar exposición «al alcance de todos», de los popularizadores contemporáneos. Fiel intérprete del alma de la raza, no contaminada del tanto por ciento, soldado de los legendarios ideales, hombre de fe, como ortodoxo de la Sabiduría antigua, pone en la investigación experimental algo de la poesía de su espíritu delicado, como interpreta igualmente la tradición mítica dentro de la rigurosa lógica de los principios positivos. Hay en su filosofía un principio, base, ley o regla que fundamenta explícitamente su condición particular y es aquel de la sexualidad transcendente, por el cual las afirmaciones más antagónicas no son más que los polos de una simple verdad, clara y sencilla, para quien pueda percibirla en sus dos extremos o aspectos. Quizá esto explica la ilimitada tolerancia de Roso de Luna por todo principio o creencia, condición

que si no es patrimonio de los creyentes de cualquier credo religioso, tampoco es frecuente entre los hombres de ciencia, siempre inclinados a dogmatizar, sentando como ley absoluta y criterio único de verdad el caso más o menos repetido en sus experimentaciones. Dentro del mismo ambiente teosófico al que, como Roso, pertenecemos tantos, ¿para qué no decirlo?, las direcciones unilaterales eran tendencias demasiado definidas, concepciones demasiado estrechas en medio de la generosa amplitud de la doctrina. A la inversa, en Roso de Luna, las más íntimas convicciones llevan el sello particular del que en forma alguna aspira al pontificado, dejando al que lo escucha o lee el beneficio de inventario sobre todas y cada una de sus conclusiones.

Su situación dentro del mundo científico de Europa, que le ha reconocido expectante ciudadanía, se ha caracterizado tanto por sus trabajos y prácticas de la ciencia astronómica que le debe más de una importante adquisición, como por su variada labor literaria destinada a poner de relieve la íntima relación que liga a los principios dominantes en la ciencia contemporánea, con las afirmaciones de la Sabiduría antigua, cuyo conjunto forma el cuerpo de doctrina de la escuela filosófica conocida con el nombre de Teosofía. Acerca de esto también han versado sus conferencias bonaerenses, desarrolladas con la más estricta observancia del método científico.

Examinándole bajo otro aspecto más general, Roso de Luna se nos muestra como entidad principalísima de un movimiento intelectual definido que caracteriza al comienzo del siglo XX. Nos referimos al resurgimiento del espíritu religioso bajo una modalidad desconocida en la evolución de los pueblos, porque no afecta concreción alguna de sacerdocio determinado ni pretensión de culto oficial. El fenómeno religioso que la espiral evolutiva parece indicar nuevamente como resorte psíquico de la era que se inicia reviste un carácter esencialmente filosófico, crítico y sintético. Su dirección es la de acercar estos dos fenómenos de ciencia y religión, cuyo distanciamiento no obedece más que a causas psicológicas. Consideradas imparcialmente la religión y la ciencia, son, en efecto, los dos polos de esa única verdad que señaláramos más arriba, manifestándose, respectivamente, a expensas de la intuición y la inteligencia, el sentimiento y la razón, según una u otra predominen en el alma de los tiempos, las sociedades o los individuos. En resumen, son los dos aspectos del conocimiento, como aquellas dos facultades son dos expresiones del alma humana, debiendo siempre

marchar unidas en la conquista de las supremas verdades, como en la conquista de la perfección individual es menester que se desenvuelvan armónicamente la razón y la intuición, el sentimiento y la inteligencia. El desequilibrio entre éstas provoca el desequilibrio moral. El divorcio entre la religión y la ciencia, el desquiciamiento intelectual.

Que la labor que señalamos para el nuevo ciclo de la Humanidad tiene su base imperativa como necesidad psicológica, lo prueba el parecer unánime de la filosofía contemporánea, que reconoce la urgencia de la síntesis para reconstituir el edificio moral y científico sobre sólidas bases. La dulcificación de la lucha entre las dos direcciones del espíritu humano, las mutuas concesiones que se hacen y una visible tolerancia en sus relaciones son datos sugestivos que no puede dejar escapar el observador inteligente. Bajo estos auspicios, inútil es encarecer la simpatía de que goza el movimiento teosófico universal, cuando cuenta también en su seno a inteligencias tan esclarecidas como el doctor Roso de Luna, cuya personalidad tan ligeramente dejamos esbozada.

ÁNGEL CLARA.

(Artes y Letras, revista de Buenos Aires.)

O FLUIDO UNIVERSAL[12]

A Mario Roso De Luna

I

KRÁTU

No meu laboratorio de utopista,
manuseando alfarrabios e retortas,
tenho no herbario a florasão das hortas
e os filtros mysteriosos do alchimista.
Fluido vital que nao deslumbra a vista,
anima a inanição das coisas mortas:
e eu abro assim da evolução ás portas
a tudo quanto á analyse resista.
Poso ás pedras dar sensibilidade,
das lagrimas· verter a hilaridade,
dar aras de phalena aos diamantes.
E num bazar de extravagancias raras,
reduzindo a carvão as gemmas caras,
mais valorizo os idéaes triumphantes!

II

EVOLUÇÃO

Morri no mineral, para nascer na planta,
fui pedra e fui semente¡
brilhei no diamante e no cristal luzente,
e fer em mim seu ninho o passaro que canta.
Na planta adormeci, e despertei um dia
no animal, que move os musculos e anda;
percorri apressado tima senda sombria
vendo indistintamente uma luz na outra banda.
Do animal passel para as fórmas do homem,

e sendo homem estou muito perto do Anjo;
so assim chegarei aos circulos que abranjo
com a Razão, que ainda as duvidas consomem.
Poderei aman ha voar, batendo as azas
pela vasta amplidão constelada de céos
faisca, que descen ás cinzas e ás brazas,
ascenderei mais tarde a Eterna Luz, que é *Deus.*

III
HELENA P. BLAVATSKY

Dotada de hiperphysicos poderes,
e de indomavel força de Vontade,
foste a gloria e o orgullo das mulheres,
prophantide do Amor e da Verdade.
Partindo para a India, obediente
ao grande Indú que vistes na atalaia,
da Asia central trouxeste ao Occidente
os Mysterios dos Templos de Himalaya.
E lavada do pó dessas viagens
pelas aguas revoltas do naufragio,
ficeste jus ás nossas homenagens,
methodisando as regras do Presagio.
Reflectindo o fulgor da Antiguidade,
e'natural que d'ora avante imperes,
prophantide do Amor e da Verdade,
que foste o orgullo e gloria das mulheres.

MUELO TEIXEIRA.

Río de Janeiro, a sombra das 7 primeiras Palmeiras de Mangue. 7 de Marzo de 1910.

BEETHOVEN, TEÓSOFO[13]

Mario Roso, el amigo entrañable, el escritor más genial de la España contemporánea, el extremeño que debiera ser orgullo y prez de sus paisanos, me envió el libro con cuyo título encabezamos estas líneas.

El asiduo colaborador de nuestra fenecida *Revista de Extremadura* es un místico sublime; no es el místico de vida contemplativa, que se esconde entre los paredones del clásico santuario; es el místico que peregrina en las cumbres de la ciencia humana, que se abrasa de amor y levanta el Velo de Isis para conocer y *vivir* las vibraciones de luces, colores y sonidos suprasensibles. Su amor es el *«Búscate en mí»,* el *«Oiré lo que habla el Señor Dios en mí»,* que comenta la Doctora de Ávila en su *Carta V;* es el amor que a Gabriel y Galán le da la concepción de *El Cristo de Velázquez* porque

«¡El Amor es un ala del genio!»

Para los ordenancistas y ortodoxos, Mario es un hereje digno del martirio de Prometeo; para los monoteístas del porvenir, los de la Síntesis de la Armonía, los triunfantes del paganismo monoteísta actual, Mario es el apóstol iniciado que camina delante de su siglo… Si no se le comprende por falta de desarrollo de perfección cultural, debe respetársele, cuando menos, como se respeta una obscura cláusula teológica; los de mente perezosa, donde duerme la red nerviosa y sensible a las corrientes emanadas del Misterio, tienen el deber humano de despertar y marchar dentro de la ley mecánica del Universo… El vago de entendimiento es un timorato irritable; es el sedimento pretérito, ineducado, medioeval, que retrasa al reloj del Tiempo… Dijo Renán, al ocuparse de la invasión de los bárbaros del Imperio romano *(Auvenir de la Science):* «Si las escuelas galorromanas hubiesen sido suficientes para hacer en un siglo la educación de los francos, la Humanidad hubiera hecho una economía de diez siglos…»

Escribimos el anterior inciso para los que se «asustan» de la ciencia teosófica, a la que califican de red habilidosa del espiritismo para cazar incautos… Lean, lean las obras de Mario Roso, sus *Conferencias* en América, su *Evolution solaire et séries astrochimiques,* su *Hacia la Gnosis,* entre otras, y si después de leídas no «hacen luz», habrá que confesar que no hay fuerza cerebral para expulsar a los prejuicios y tinieblas

de una filosofía inevolucionada. No; no es la labor de Mario el charlatanismo de los «positivistas del espiritismo»; no es la de los sofistas de la palingenesia y metempsicosis; es la de la armonía de las fuerzas desconocidas, pero latentes en la Naturaleza, que deben utilizarse en beneficio del progreso… ¿Reencarnaciones? ¿Molesta el vocablo? Pues aceptad otro; pues lo que hay en ello son semejanzas espirituales, homologías de fuerzas entre ciertas almas, como entre los cuerpos físicos gemelos… Así como la energía eléctrica, los rayos luminosos que hacen transparentes a los cuerpos opacos, las ondas de Marconi, etc., son ya ilustrísimos, excelentísimos huéspedes de la maquinaria moderna, no cabe duda de que la Química y la Fisiología del porvenir *tomarán* del Cosmo divino aquellos elementos necesarios para educar y hacer superhombres; luces, colores, sonidos, presentidos y sin definición en el día de hoy, serán mañana huéspedes ilustrísimos, excelentísimos, de la nerviosa maquinaria humana. ¿Lo dudáis? Pues leed las escalas de vibraciones de Camilo Flammarion, leed a Enrique Lluria *(Evolución super-orgánica,* con prólogo e ideas de Ramón y Cajal) y os convenceréis…

Y dicho sea todo cuanto antecede para recomendar la lectura de los libros de Mario Roso… El sabio P. Fita ya no se «asusta» de la escritura ógmica, ni de las genialidades del ilustre extremeño…

¿Qué es *Beethoven, teósofo?* Para el músico, una amena lección erudita; para los profanos, una verdadera audición de partituras admirables. Porque Mario Roso aparece identificado, en la sonoridad de su prosa, con las sinfonías del insigne compositor. Por mi parte he de decir que la lectura de este libro *hízome oír* trozos de Beethoven y de Wagner que ya casi tenía olvidados.

¿Qué ha impulsado a Mario para escribir este libro? Su mismo temperamento artístico; no podía dejar de hacerlo. Conocía la música del maestro, quizá el más grande, y su pluma se movió con sensaciones reflejas. Dice Schopenhauer *(el Amor, las Mujeres y la Muerte):* «Una sinfonía de Beethoven nos descubre un orden maravilloso bajo un desorden aparente. Es como un combate encarnizado que un instante después se resuelve en un hermoso acorde. Es el *rerum concordia discors,* una imagen fiel y cabal de la esencia de este mundo, que rueda a través del espacio sin premura y sin descanso, en un tumulto de formas sinnúmero que se desvanecen sin cesar. Pero al mismo tiempo, a través de la sinfonía, hablan todas las pasiones y todas las emociones

humanas: alegría, tristeza, amor, odio, espanto, esperanza, con matices infinitos y, sin embargo, enteramente abstractos, sin nada que los distinga unos de otros con claridad. Es una forma sin materia, como un mundo de espíritus aéreos…»

No es extraño, repetimos, este nuevo libro de Mario Roso, cuyo estilo es siempre *vibrante* y sugestivo y cuya cultura es envidiable sin disputa. ¡A leerlo y releerlo!

R. GARCÍA-PLATA DE OSMA.

(El Noticiero, diario de Cáceres, 1915.)

EL ANDAR DE LA MATERIA

A Roso de Luna, sabio y artista; total, poeta.

Por el inmenso plano de las llanuras vuela
la planta errante, libre madeja de verdor;
vuela por los desiertos, el huracán la empuja
y ella, cual crin flotante, se cuelga del ciclón.
Sacúdela corriendo la tromba, la levanta,
la tira y la dispersa bramando de furor,
de nuevo en haz la eleva como penacho intrépido,
de nuevo la dispersa con bárbara explosión,
la ondea como sábana, la riza cual bandera,
la dobla y la desdobla con ímpetu veloz,
y nuevamente al suelo la arroja furibundo,
y nuevamente el viento la eleva triunfador.
Como la crin tendida del vendaval romántico,
la rodadora planta, de lo ignorado en pos,
va desgarrando límites y largos horizontes,
y abriendo otros confines de audaz dilatación.
Su cuerpo sin raíces, lo mismo que el del hombre,
va por las lontananzas que el mapa dibujó,
inquieto como el hombre, como un judío errante,
como un sér loco y raro que va por la extensión.
Quizá antes que carne, el hombre ha sido planta,
y luego otras mil formas su espíritu llenó,
y va en vasos distintos su sér clarificándose
hasta que logre hacerse su luz digna de Dios.
El pez es un comienzo de innumera escalera,
el bruto es una grada, el ave un escalón,
otro compás la piedra, otro peldaño el agua,
y el vegetal es otro desdoble trepador.

Desde el principio obscuro de las edades, viene
el hombre, quizá, en varia perenne mutación;
igual que una película de líneas, y pasando
de mariposa leve hasta elefante atroz.
Quizá yo he sido un tiempo, rodante onda de río,
quizá en mármol ciego mi vida palpitó,
y he sido luego planta, y he sido luego pájaro,
y he sido después lluvia, y he sido después flor.
Pez, me anegué en colores; rama, me orlé de rosas;
ola del mar, lo grande mi sér sublimizó;
concha, he tenido perlas; perla, he tenido luces;
luz, he tenido prismas triunfantes de color.
fiera, en mi zarpa tuve vibrando la tragedia;
hierro, he regido el rayo que sobre mí cayó;
ávida esponja luego me emborraché de agua;
piedra preciosa luego me emborraché de sol.
Por mil errantes copas mi vida se ha filtrado,
por mil depuradoras vasijas que llenó,
y todos los troqueles y cánones y normas
pasó en las variaciones de inmensa procesión.
Lo que he andado, aún es poco para la marcha eterna;
iré desde estos círculos a una órbita mejor,
y vestiré de nuevo dalmáticas distintas
de carnes, piedras, flores, que el alma columbró.
De un ámbar misterioso seré cuerpo traslúcido,
de unos extraños nácares seré la irisación,
de unas no vistas perlas seré las santas luces,
y luego pedrerías llovidas desde el sol.
y así que clarifique mi espíritu en sus formas,
ascenderé a otro círculo de un orden superior;
yo adoro a las culebras, porque en su cuerpo estuve,
y adoro hasta a las vívoras, porque eso he sido yo.

Y siempre recorriendo la innumera escalera
de un círculo a otro círculo con vuelo más veloz,
por un collar de soles ascenderá mi vida
en un rodar romántico por toda la Creación.
Y abarcarán mis alas diez cielos extendidos
e irán como banderas de impulso triunfador;
mis plumas serán blancas, grandiosas llamaradas;
mis ojos serán ríos de vida y de pasión.
y en el postrero círculo saltando toda forma,
hasta la forma de ángel, seré todo temblor,
luz, melodía, verso, fuego, temura, gracia…
¡Y me hundiré en la inmensa serenidad de Dios!

SALVADOR RUEDA.

Madrid, 1917.

(El Liberal.)

LA HUMANIDAD Y LOS CÉSARES

POR M. ROSO DE LUNA

Madrid, 1916.

O rubro espectaculo de temerosas monstruosidades, apresentado pela Europa ao Oriente e ao Occidente, os horrores dos homicidios collectivos laivando de sangue os lares e as patrias, deveria impressionar fundo as consciencias, vicando-as, em repulsas ao militarismo, a guerra as chacinas que anullam os sentimientos altruisticos e retomam.o homem a féra. Emtanto, é de ver a inconsciencia com que perseveram no erro, a imitativa teimosia com que se copiam, rebanho immenso tangido a lategos de habito;–e, pela fatalidade do habito, incapazes de comprehender, de discernir, de avaliar os males que os aperram, suffocam e anniquilam.

Oito mil annos de constatações historicas, demostrando a insania das guerras e a inutilidade da guerra, ainda como pretenso recurso de estabilidade social, nao os impressionam e não os demovem do vicio das organisações bellicas; e proseguem, na suggestão horrivel, illudidos apostolos de falso civismo, a pregar a militarisação dos povos, o criterio da força bruta, supremacía da bayoneta, a logica da polvora,–na irreflectida apologia do crime.

Em sua ousadice de fanaticos autoritarios, entendem, devem os demais seres humanos dobrar a cerviz a o gesto senhoril, seguindo-os humildemente, lamentosa leva de servos a caminho das camificinas.

Entram os lares, as escolas e as officinas,–e dos lares, das escolas e das officinas arrancam as creanças mais robustas e os meninos mais validos, a pretexto de patriotismo, obececando os para a vida militar, familiarizando-os com armas homicidas, incutindo-lhes a idéa de homicidio, impellindo-os à violencia, arrastrando-os aos pateos das casemas, servilizando-os a pretexto de disciplina, obrigando-os a violentos excessos musculares a pretexto de instrucção bellica,–em fuga a hygiene infantil, corrida a estouros de espada a scíencia pedagogica.

Na soturna espectativa em que se encontra o Brasil, –entre o justo almejo de nítido ideal que lhe congregue as classes em objectivo realmente civico, e o imminente perigo de o precipitarem nos vortices do despotismo, –a caminho das pretensões hegemonicas

e imperialistas, da ruina e do abysmo,–azado seria, fossem as paginas de Roso de Luna meditadas por quantos pensam assumir a formidabel responsabilidade de traçar ao Paiz rumos, perspectivas e roteiros.

O magistral Theosopho, cujo grào de culura excede pela amplitude, cuja consciencia domina pela vastidao do saber, cuja capacidade de trabalho assombra pelo prodigio das obras publicadas, attingio tal conhecimento, assimilou tão lindamente os Principios Geraes, a esclarecerem e dominarem a trajectoria da especie humana, que a funcção de escriptor se ¡he desata com o firme criterio pythagorico, imparcialissimo e diamantino, adaptada em amor dos Seres, a Religiáo da Verdade.

Nas paginas de *La Humanidad y los Césares,* escriptas a proposito do conflicto europeo, vem estudados os imperialismos políticos e religiosos, seus delictos, seus processos iniquos, suas luctas fratricidas, a aberração das ambições contrarias aos interesses gentes, a inanidade das hecatombes, a irrefutable licçao da Historia.

Ao graphar dos factos que se avolumam e impressionam, sobejamente documentados, surgem e sombrejam os males e os horrores do cezarismo atlante e egypcio, dos imperios aryos, dos cezares babylonios, dos des potas persas, de Felippe da Macedonia, de Alexandre Magno, dos cezares seleucidas, dos Ptolomeos, do imperialismo romano, do imperio do Occidente, do Baixo Imperio, dos Omeyas, dos imperios tartaros, do sacroromano imperio, do imperio hispanico, do imperio francez, do inglez, do allemão, do prussiano.

Sempre aleives, sempre sangue, sempre atrocidades, sempre crimes; rebolcar de odios, de orgulhos, de ambições grosseiras, de villanageus, de infamias, de torpices… E sempre van a espectativa, e sempre inutil o crime, e sempre nociva a força bruta, e sempre anavalhante a tragedia de incendios, de saques, de violações, de lagrimas, de fome de miseria.

«Un sentimiento profundo y serio acerca del salvador alcance de la Fraternidad de hombres y pueblos, es lo único que puede, para lo futuro, echar las bases de una más hermosa Edad. La guerra actual ha precipitado, sin duda, semejante desenlace. De hoy en adelante, unos y otros no habrán de esperar la redención de fuera, sino que se esforzarán por lograrla obteniéndola cada uno de sí mismo, porque en nuestro sér interno es donde está escondido el infinito, el inefable tesoro de la felicidad.»

Roso de Luna, theosopho que e, estuda o *karma* dos povos, como o dos individuos.

Ha destino resultante das acçec ões pessoaes, destino resultantes das acções collectivas. Os actos determinam actos; e as nações podem, pelo *Karma* que se façam, ou subir para a Harmonia e para a Liberdade, ou descer ao desmembramento e ao servilismo.

Os govemos, os administradores, os guias de multidões assumen complexas responsabilidades. Ha males irremediaveis; ha erros impossiveis de suster; una vez desencadeiados, só cessam cuando exgottada a força inicial, depois de produzir todos os maos effeitos.

As dignas aspirações florescem e sazonam, o equilibrio social se restabelece e firma, o progresso se accentua e amplia, as almas jovializam-se nos cultos periodos de paz, de ordem, de respeito aos principios e as pesso as, de honesto intercambio.

Ainda bem que «el mundo, mal que pese al funesto militarismo y a la agresiva patriotería de unos contra otros pueblos, es ya uno en muchísimas cosas y aspira a ser uno y solidario en todas las demás.»

O commercio, as industrias, o correio, o telegrapho, a interpenetraçao dos idiomas e das raças, a Arte, a Sciencia, a Philosopia, as Letras, a tendencia, á unificação juridica, o systema federativo, as instituições philantropicas, a escola e a imprensa liberalmente· orientadas são elos que approximam e reunem os povos, em alores de digna fratemidade, acima das fronteiras, das seitas, dos odios, da ignorancia, do estreito e curto egoismo. .

Dous tramites, mais e mais definidos, rasgam -se francamente aos destinos humanos; domina-os a vontade dos seres:

«Fácil es colegir, después de leídos los epígrafes que anteceden, cuál ha de ser el porvenir de los pueblos así que la anhelada paz ponga término a los horrores actuales. Dicho porvenir se encierra en un dilema, que es éste: *Imperio de la Fuerza Militar o Imperio del Derecho,* dilema que no es ni más ni menos que el eterno dilema del hombre sobre la Tierra, pues que, a lo largo de su vida, o ha de limitarse a una vida meramente vegetativa y animal, como acaece a tantos, o ha de pretender el alzarse gallardo a esferas más excelsas, como verdadero titán que aspira a realidades ulteriores que le acercan a ese estado de verdaderos dioses, intuído por todos los genios de la Humanidad, con Platón y con Jesús a la cabeza.»

Pode o homem optar entre os dous tramites, evitando ou multiplicando indiziveis

males:

«O la Humanidad o los Césares; o el Derecho o la fuerza bruta; o el bien por el bien y para el bien, o el etemo y triste *karma* de justicia que azota a los pueblos por tumo haciéndoles pagar en cada época lo mismo exactamente que ellos hiciesen con otros anteriores, a lo largo de la Historia.»

Accidentalmente, aborda o auctor diversos problemas, ao enlevo de estylo admiravel de clareza e formoso de expressão, os capitulos a se desennastrarem na sorpresa das narrativas, na psychologia das personagens e dos factos.

Licçao e libello, ensina e expõe, explica e accuza, demontra e fulmina; mas, sempre limpido em idéas e palavras; mas sempre equitativo, sempre cultuando a Verdade e a Justiça.

E' a voz de una consciencia lucida, *Luz no Caminho…*

«Quien a tales esferas logra elevarse no puede ya sentirse extranjero en país alguno, sino verdadero sér cosmopolita y hermano de todos los hombres e hijo de todas las patrias, no obstante el casto sentimiento interno de culto amoroso al respectivo país donde haya nacido y se haya formado su sér físico, intelectual y emotivo.»

La Humanidad y los Césares merecera ser traduzido em todos os idiomas e adaptado as escolas complementares de Europa e America.

DARÍO VELLOZO.

Retiro Saudoso (Brasil).

(Correio do Paraná, 13 de Febrero de 1917.)

ROSO DE LUNA Y SU BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS

Don Mario Roso de Luna inicia un vasto e interesantísimo propósito editorial bajo el título de *Biblioteca de las Maravillas,* al publicar el primero de los siete tomos: *Por la Asturias tenebrosa, El tesoro de los lagos de Somiedo, narración ocultista.*

Los teosofistas españoles constituyen, entre los heterodoxos, un grupo de gran peso específico intelectual. Son hombres de gran sabiduría, excesivamente modestos quizá, que en vez de exhibir y pregonar lo muchísimo que saben, tienen a gala ocultarlo; pero lo cierto es que el que se tenga por más docto en cualquier materia no puede hablar con ellos sin reconocerles una extraordinaria profundidad de pensamiento, una erudición vastísima, en suma, una superioridad intelectual y moral que se insinúa con suavidad imperceptible y subyuga nuestro ánimo con las mieles de una franca y encantadora cortesía.

Son pocos, muy sabios y muy buenos.

Uno de ellos es Roso de Luna, un niño de cuarenta años, criatura adorable con barbas. Yo advierto en él los chispazos del genio, pero el genio no es nunca entendido por la multitud porque no puede ser nunca una corriente eléctrica continua, una luz siempre encendida, sino una corriente alterna, una luz que se enciende y se apaga sin períodos fijos.

El tesoro de los lagos de Somiedo es de una originalidad tal que no encaja en ninguno de los moldes literarios al uso; es un libro sugestivo, interesantísimo, más que las novelas de Julio Veme, con las que tiene algún remoto parecido. Los hechos reales y positivos se compenetran y difuminan con los sueños de la fantasía en términos que desconciertan al lector más agudo y malicioso.

Este libro merece ser leído y se leerá mucho y bien, y será, como yo deseo, un verdadero tesoro para su autor.

ARTURO SORIA Y MATA.

(La Ciudad Lineal, Madrid, 1916.)

EL EMBRUJADO

La *Biblioteca de las Maravillas* es un cojín oriental de fondo raseado, por donde cabalgan las fosforescencias plateadas de los astrogiróvagos jinetes en sus leyes inmutables. Se enciende la lámpara inquieta de la luna, y el raudal lírico de las brillantes y cambiantes de la Astrología alumbra las rutas embrujadas del cerebro triunfal.

Roso, estupendo, descansa tendido en el misterio azul. Le arrulla la sinfonía del silencio, de su silencio oculto, que se lanza disparado como un obús, hacia los tronos argénticos, en busca de algo inmortal. Ya en el camino, alguien le pregunta:

–¡Eh! Mario, ¿adónde va?

–¡Arriba! … A la Luna, a fumarme la pipa de mi talento.

Se la fuma jugando al ajedrez con el anillo de Saturno, subiendo a los carros triunfales que tabletean bajo la prosa admirable del hechicero, y luego de cabriolar entre el Cosmos, desciende impasible por la estela de humo de su pipa a las realidades terrenas, a entretener las alimañas del concurso necio…

RAMÓN QUILES.

(El Noticiero, Cáceres, 1917.)

NOTAS LITERARIAS

Yo tengo en gran aprecio al doctor Roso de Luna. No hace mucho, antes de tener noticia alguna del ilustre ocultista, acudí al Ateneo para escucharle una conferencia sobre *Teosofía de la cuarta dimensión.*

Confieso ahora con rubor que no me llevaba al Ateneo la curiosidad científica ni ningún otro noble afán; fuí inducido por amigos irrespetuosos para pasar una tarde de risa.

No me reí poco ni mucho. La conferencia resultó interesante y amenísima, y por cierto que junto a mí la escuchó atentamente y con visible agrado el Dr. D. Santiago Ramón y Cajal.

JULIO CASARES.

(La Acción, Madrid, 1916.)

EL «QUIJOTE» DEL OCULTISMO

El tesoro de los lagos de Somiedo, por Mario Roso de Luna.

Es esta una obra desconcertante; en ella el autor se atreve a rasgar el velo de Isis, a hacer luz en lo que Víctor Hugo llamaba la gran sombra, y lo intenta con tal sabiduría y elevación moral que sobrecoge.

No conozco libro de mayor interés; a veces se duda si el autor sueña; es más grande el libro por lo que enseña que por lo que sugiere, ¡y cuidado que enseña cosas!

Al propio tiempo es una admirable obra recreativa; es como el *Quijote* del ocultismo, en el cual, entre idealidades y axiomas, se aprende a pensar y a vivir.

Pasma la erudición de Roso de Luna y admira su presciencia; es un iluminado y un hombre de bien; su trabajo es el de un pensador y el de un oficiante. Puede enorgullecerse de haber escrito un libro definitivo.

A. Z.

(El Liberal, 1916.)

UN LIBRO Y UNA ESTAMPA

¿Conocéis a Roso…? Pienso que no.

No me refiero a que le tratéis, a que tengáis la dicha de tenerle por amigo, o que, siquiera, hayáis sido a él presentados. Prendados, por lo menos, habréis quedado de su afabilidad, un tanto absortos si la ocasión dió lugar a que hablase y corriese el rico caudal de su palabra, en el que bullen ideas deslumbrantes y peregrinas; pero esto es poco, es un conocimiento incompleto.

Hay que leer sus libros (diez o doce tomos) para saber cuánto vale este extremeño, de copiosa erudición, de sutilísimo ingenio, de fantasía brillante, que recorre todos los campos del saber con cierto señorío, y, solitario casi, va interrogando al Misterio como *chela* o discípulo de cierto Ocultismo índico o Teosofía exótica –anacrónica, acaso, y poco conocida por el que esto escribe; pero entretenido como cuento de hadas– la cual tiene sus magos, de que es realidad viviente Mario Roso, recibido en América, adonde fue, como un Mesías, como un ungido; brujo del siglo XX, que sabe mil diabluras y parece, a veces, el mismísimo Demonio, pero de frac y guante blanco para no asustar.

Hace ocho días que terminó su libro *Por la Asturias tenebrosa: El tesoro de los Lagos de Somiedo,* primer tomo de la *Biblioteca de las Maravillas,* en que ha de tratar de Wagner como *ocultista; de las Gentes del Otro Mundo,* y de *la Atlántida, continente histórico,* entre otros temas. En aquel de *El tesoro* no queda valle ni cumbre del territorio del Principado donde no nos lleve; ni planta ni piedra que no nos muestre; ni leyenda o conseja, superstición y canto popular que no recoja, en que halla huellas indelebles de los sentimientos y mitos de los primitivos pobladores; y en el curso de la narración novelesca, en que lo real y lo fingido andan confundidos sin deslindes, aparecen personas de carne y hueso que todos conocemos, sin rebozo, con mención de cuantos extranjeros y nacionales han escrito acerca de Asturias, y de sus obras y el recuerdo oportuno y cariñoso de las que escribieran nuestros paisanos Vicente Paredes y Publio Hurtado: *Los framontanos celtíberos* y *Supersticiones extremeñas.*

Es mucho y muy erudito cuanto allí se toca y causa asombro que un extremeño, sin más asiento en Asturias que el de veintiún días, haya escrito este libro de 500 páginas, en 4.°, desde el 23 de Enero de 1916 al 19 de Marzo siguiente, poseído de la fiebre

creadora de que dejó buenas muestras en la *Revista de Extremadura,* enviándonos con frecuencia, a vuelta correo, cuartillas con que llenar varias hojas…

Hay que iniciarse, sino en la discutible Teosofía, en el conocimiento, al menos, de Mario Roso de Luna, y en la valía de este extremeño, idealista de hermoso corazón.

JUAN SANGUINO.

(El Diario, de Cáceres, 1916.)

EL TESORO DE LOS LAGOS DE SOMIEDO

NARRACIÓN OCULTISTA

Tal es el título de la nueva obra que ofrece al mundo el doctísimo escritor teosofista M. Roso de Luna, nuestro amigo muy querido, colaborador de la revista *Virya,* a cuyo ingenio verdaderamente extraordinario, y aun más extraordinaria erudición, tanto ha de tener que agradecerle el adelanto humano.

El viaje del Sr. Rogelío Femández Güell a Europa, le impidió dar para su publicación en *El Imparcial,* de Costa Rica, un resumen de las impresiones e ideas que le sugiriera libro tan original y valioso, lo que habría sabido hacer de exquisito modo; y, en su defecto, el Sr. Tomás Soley, actual director de dicho periódico, me invita para que solucione la dificultad. Agradezco el honroso encargo y pongo mano a tan grata labor, seguro de que no podré corresponder a ella sino de manera muy deficiente, pese a mis mejores deseos y voluntad.

Considero que no habría nada mejor para llamar la atención debida sobre *El tesoro de los lagos de Somiedo,* que entresacar de sus páginas una que otra de las exquisitas y maravillosas ideas y enseñanzas que en ellas campean, en abundancia tal, que abruman el entendimiento en repetidas ocasiones, incapaz de sostener tal derroche de erudición y de esplendores de la fantasía. Aquellos que conocen a Roso de Luna por virtud de sus producciones literarias, han podido llegar a comprender que la hipérbole no juega para nada en cuanto llevo dicho, ni tampoco el interés de la amistad o el compañerismo de ideas.

ASÍ, como de juego, en su científica excursión *Por la Asturias tenebrosa,* revive Roso de Luna el alma admirable y compleja de la legendaria región española, donde tras lucha épica y secular se llevó a cabo la reconquista, y de camino, acá y allá, entre los rastros del fecundo y glorioso ayer, se nos señalan los jalones que fueron dejando los aborígenes de oriental procedencia, generalmente, casi inadvertidos por historiadores poco despiertos al toque de la intuición;

Los nobles caracteres de los astures, sus costumbres campestres, sus festejos y poesía popular que, como todo aquello que nace al calor de una vitalidad fecunda y bienhechora, es resistente y refractario al fácil cambio, están descritos con arte y

fidelidad maravillosos; y de entre todo ello, la varita de virtud de una magia similar a la que campea en las fantasmagorías simbólicas de las *Mil y una noches,* va haciendo resurgir el elixir efectivo de la inmortalidad en reminiscencias y pormenores de la sabiduría oculta, sin la cual no habría filosofía ni religión, ni ciencia que perdurara entre la ruda inercia de las tendencias vulgares a que se inclina la parte menos elevada de nuestra naturaleza inferior. Aquí es donde el afortunado autor del libro en referencia se supera a sí mismo, encontrando o creando tipos de elevación adecuada a su sacratísima labor de iniciadores en la Sabiduría Divina. Con ellos, en su calidad de iniciado, señala Roso el sendero oculto a los que presienten su realidad y desean experimentarse en llegar hacia él, al mismo tiempo que determina los peligrosos abismos que para dar cima a tal empresa es preciso ir bordeando con segura planta, con audacia y voluntad indomables, o sobrepasarlos con el vuelo poderoso del genio que, en edades pretéritas, adquiriese por el autoconocimiento la consciencia y poderes propios de los dioses.

EL tesoro de Los Lagos de Somiedo, de cuya trama no quiero hacer mención porque considero oficioso el anticiparme a la investigación personal de los que leyeren, ha de ser ficción imaginativa tan sólo para los que rehuyen aceptar la verdad de que lo más real y efectivo de las cosas es aquello que menos se manifiesta a la limitada percepción de los sentidos ordinarios. Para estos descreídos, si no existe tal tesoro, pueden encontrar el que se desprende a manos llenas, como lluvia de científica y multicolor cascada, de la sugestiva y genialísima narración, cuya letra, personajes, escenario y conclusión aparente ocultan un propósito que deseo sea fácil a muchos poder dilucidar.

No puedo sustraerme al impulso de ofrecer uno que otro pensamiento cogido al acaso en este tomo I de la *Biblioteca de Las Maravillas* como elementos de positivo y real valor sobre mis desaliñadas conclusiones, y a ello me decido. Son los que siguen:

Dicen los editores en el *Preliminar* de la obra:

«La personalidad del doctor Roso es de sobrado relieve para que tracemos aquí su silueta como científico y como artista. El autor de *Hacia La Gnosis* y *En eL Umbral deL Misterio;* el conferenciante en el Ateneo de Madrid y en las Repúblicas suramericanas; el arqueólogo de la prehistoria iberorromana; el afortunado intérprete del Códice maya *Cartesiano* y de la escritura *ógmica,* se ha excedido a sí mismo en esta

complejísima labor poligráfica que empezamos a publicar con el dicho título de *Biblioteca de las Maravillas.»*

La obra que nos ocupa es *el Quijote del Ocultismo,* por lo maravillosa, por lo notable y por lo profunda. *Ved,* por ejemplo, este solo párrafo en el que, hablando de Covadonga, distingue entre la Religión-Sabiduría primitiva, eterna y las diversas religiones que con los siglos se suceden sobre el planeta:

«¡Oh, tú, Basílica cristiana, que desde arriba reinas con tu mole airosa sobre el egregio conjunto de las rocas, valles, árboles y cielo! Recuerda siempre a los buenos españoles: astures, catalanes, o como para andar por casa, se llamen, que te alzas sobre las ruinas de otros pueblos y otra fe, no menos grande que la fe que acaba de consagrarte, ya que todas las religiones son divinas cuando están sentidas y practicadas con el corazón, otro tanto que son criminales y malditas cuando sirven ellas de protesta y de careta contra el supremo precepto de Amor entre los hombres por todos los redentores predicado; piensa, digo, ¡oh divina Basílica!, que así como otras fés murieron para que tú nacieses, llegará quizá un día en que mueras tú, por esa misma ley natural o *kármica* que alzó el templo ibero, y la mezquita árabe sobre el templo visigodo, lo cual te obligue, sin perder tu filiación ni tus glorias cristianas, a que seas al par, como ya para mí lo eres, templo integral de la Religión de la Sabiduría, de la Religión Síntesis, que alborease tras el célebre Congreso de las Religiones, de Chicago, templo que cobije bajo supremo Manto de Amor a todos los hombres, cual con Schiller cantase Beethoven en la *Novena Sinfonía* y como hubiese cantado aún más éste en su *Sinfonía Décima,* a no haberle sorprendido la *Intrusa* en su labor de concordia entre el principio Cristiano y el espíritu de la Antigüedad.»

Aquí termino, porque esta ligera crónica se haría por demás extensa, si yo no pusiera límite al creciente afán de trasladar a ella las bellezas que como flores encantadas sugestionan y atraen mi atención en el fecundo jardín del libro cultivado por la imaginación, de oriental exuberancia, que es propia de Roso de Luna, teósofo afortunado, a quien envío desde estas lejanas alturas, saturadas también de restos preciosísimos de la Arcaica Sabiduría Oculta, mi fraternal saludo.

TOMÁS POVEDANO.

(El Imparcial, de Costa Rica, Octubre de 1916.)

LABOR ESPIRITUALISTA

No es tarea fácil el hacer la crítica de libros que, como los dos últimos de Roso de Luna, tienen formatos de unas 500 páginas, en 4.°, cada uno. Ha sido necesario el dedicarles muchas horas, y éstas han pasado con deleite, porque el autor de *Hacia la Gnosis, En el umbral del misterio* y otras obras no menos notables, además de ser un sabio, es un artista de cuerpo entero, que enseña sugestionando al lector con la fantasía de su inspiración y la exposición mágica del ocultismo.

Fantásticas aventuras «por la Asturias tenebrosa» forman el cuerpo doctrinal de *El tesoro de los lagos de Somiedo,* servido en crónica leal, adornada con todas las galas de una fantasía exquisita, entre caracteres vigorosos de personajes tomados del natural, descripciones muy acertadas de lugares y paisajes, con un sin fin de citas arqueológicas, astronómicas y filosóficas, todo desde el punto de vista teosófico, por supuesto.

En el libro de Roso de Luna encontrará el lector un poco de todo, pues es una verdadera enciclopedia. En él se habla de la catástrofe atlante de hace ochocientos mil años; de que si Colón fue gallego; de dioses doblesexuados; de que la Asturias medioeval estuvo plagada de cabalistas, etcétera, etc. Describe también admirablemente un descenso al pozo principal de una mina de carbón en Sama; nos descubre que D. Alejandro Pidal fue un espíritu abierto a los fenómenos del ocultismo, desde que le ocurrió una aventura espiritista en Italia; hace hablar a un gnomo braquisquélico, y él nos da una descripción maravillosa de las vías subterráneas de la Tierra y de su tartárico corazón, todo fuego, en hirviente oro, platino y otros metales.

Y llega el lector al punto culminante de la obra, al descubrimiento del tesoro de los lagos de Somiedo. Los protagonistas se encuentran delante de diez millones de pesetas en barras de oro, y como todos son teósofos, nadie quiere nada; se conducen como *devas* celestes; todos se transfiguran, y en vez de devorarse como fieras, piensan en que allí puede brotar el albor de una institución sin precedentes en los anales modernos: la fundación del primer monasterio o retiro teosófico a 1.600 metros sobre el nivel del mar y a muchísimos más sobre el nivel del mundo, retiro donde las lenguas

sabias, las religiones comparadas, las matemáticas y la astrología, las ciencias cosmológicas, las físico-alquímicas, la antropología, las ciencias sociales, la estética, la literatura universal y las ciencias aplicadas a la vida fueran las enseñanzas, los estudios y las excelencias del novísimo Císter, de la gran Trapa astur de «los devotos de la Estrella».

El segundo tomo de la *Biblioteca de las Maravillas,* que lleva por título *De gentes del otro mundo,* es un libro de esencias platónicas y la demostración eruditísima de que todas las Ciencias contribuyen a la investigación psíquica.

El estudio de las razas que en él se hace, da lugar a importantísimas enseñanzas de carácter étnico y mítico. Nos deleita enseñándonos la Historia del vascuence, a cuya lengua y raza, asegura, están ligadas todas o casi todas las cuestiones que se suscitan acerca de las gentes del otro mundo.

Las leyendas, los ritos, las modalidades y las costumbres del pueblo vasco, son revelaciones interesantes. Sobre los invisibles tiene este libro un capítulo maravilloso, espléndido en documentación y estilo; pero tan complejísimo problema no nos le resuelve el autor, deja el asunto para otra ocasión, pues piensa dedicarle un tomo entero de dicha *Biblioteca.* Esta cuestión de los invisibles la achaca el Sr. Roso de Luna a la magia y a la evolución espiritual, y al exponer la teoría peca de poco considerado con los espiritistas, obedeciendo a la sugestión producida por las lucubraciones de madame Blavatsky sobre el particular.

La información sobre los *jinas* en España es otra interesantísima parte del libro. Del jainismo dice, que así como el Cristianismo más puro es un mero capítulo del Buddhismo, el Buddhismo, a su vez, resulta otro mero capítulo del jainismo primitivo.

Termina este segundo tomo hablándonos un poco de la actualidad: de la «peste de oro» de Norteamérica, de la locura general y del trastorno de los valores, para conducimos a la zona misteriosa del oro, a la cual, dice, la defienden las tempestades, las fieras y las serpientes, para afirmarnos, por último, que no hay más magia en la vida, ni otro medio de liberación de la cárcel de este misérrimo planeta, que el amoroso y activo anhelo hacia «El Reino de Dios y su justicia», porque lo demás nos será dado por añadidura.

Nuestra enhorabuena más sincera al ilustre autor de la *Biblioteca de las Maravillas.*

JOSÉ BLANCO CORIS.

(Heraldo de Madrid, 1917.)

MI OPINIÓN
SOBRE UN LIBRO NOTABLE

«BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS»[14]

«La palabra *Revelación,* según Ch. Fauvety, en un librito de 292 páginas, en 8.°, en francés, es mal comprendida, cuando se ve en ella una manifestación del pensamiento divino o un *descubrimiento* de lo desconocido, en provecho de todos. El verdadero sentido de la palabra *Revelación* es *velar de nuevo,* es decir, cubrir la verdad eterna de un velo nuevo, envolverla bajo nuevos símbolos, nuevos dogmas y nuevos misterios.» *(Theonomia, Demostración Científica de la Existencia de Dios,* páginas 55 y 56 con sus notas.)

Esto mismo viene a confirmar la brillante página 127 de la última obra de Roso de Luna, titulada *La Humanidad y los Césares.* Hay algo de esto también en el centón extraño de *El tesoro de los lagos de Somiedo,* libro notabilísimo, en parte sublime, y en parte mítico, que combina la ciencia elevada y el *folk-lore* con poético y fraternal abrazo.

Si esta opinión es exacta, una vez más se habrá cumplido lo de *La letra mata y el espíritu vivifica,* de San Pablo y tendremos un *Nueva Revelación,* bajo muchos aspectos, que hará su camino.

Yo no puedo hacer más que confesar mi incapacidad en muchas cuestiones, como cumple a *la amistad sin reservas,* rara avis en este pícaro mundo. Como no nos entenderíamos exponiendo mis juicios descamados sobre los numerosos escritores, que han tratado de *bandera blanca y negra,* me ocuparé sólo de la *blanca,* que rebosa en el libro, con raudales de Ciencia, Amor, Belleza y otros anejos. Quiero decir, que paso en silencio todo lo relativo a los de la *bandera negra,* raza vaqueira del diablo, muy aficionada a divertirse, como monos sin formalidad, cuando los laboriosos se arrojan los trastos a la cabeza en discusiones bizantinas, del todo estériles. No les daremos gusto.

¿Pero cuál es la parte auténtica y cuál la mítica del libro?

Esto lo tiene que ventilar por sí mismo cada lector, y no es cosa breve.

Sólo diré que puede traslucirse bastante en las *interpretaciones alegoristas en* general,

y en particular, de los ophitas, de Prisciliano y del *Libro de los muertos* hallado entre los papiros de los hipogeos egipcios por las excavaciones de la arqueología y que contiene, entre otras curiosidades, las *Letanías* de Ra, Osiris y Horus[15] con otras cosas largas de contar, relativas a la *Gnosis de los Pneumáticos…* Elevadísimas y de intuición profética, son las páginas XXVIII y XXIX de la introducción… «El concepto de fósil puede adquirir una amplitud desconocida, mucho más adecuada a la investigación científica.»

«Fósil –dice–, en el concepto histórico o paleoantropológico más genuino, será todo rastro, toda huella, o *racconto* del pasado de los hombres.

«Las ideas de los pueblos, sus costumbres venerandas que, perdida la clave histórica que presidiese a su implantación, degeneran en injustificables rutinas; la indumentaria, la poesía popular, la leyenda y el mito, conservados por la tradición o *cábala,* serán tantos fósiles cuyo maravilloso perdurar es una ley misteriosa de la psiquis colectiva, y no digamos nada del lenguaje, porque la moderna filología comparada, no obstante, sus perjuicios positivistas, va descubriendo lentamente toda esa paleontología lingüística, que aproxima unas a otras los millares de *fablas* del mundo a uno o pocos troncos de común origen primitivo mediante los *fósiles* de sus raíces, flexiones, afijos y consonantes muertas o fosilizadas, sobre todo en las lenguas del Norte…»

Esto nos quiere decir a los profanos, que el autor quiere llevamos a las ruinas de Palmira, Persépolis, Tebas, Pompeya, Templo de Isis en la isla de Philae o las innumerables del valle del Nilo, que relatan los libros de viajes de *La vuelta al mundo* de la época de nuestras mocedades… y para acabar pronto nos zambullirá de cabeza en los mares de la *Atlántida.* Pero los nuevos conceptos sobre ésta, tal vez, nos abrirán extensos horizontes… Hay que esperar… Cada extático tiene sus grados de videncia y su lenguaje; y así, las denominaciones de la página cincuenta y tres pueden ser realidades antiguas del vasto panorama invisible poco explorado todavía.

Las páginas ciento ochenta y una y ciento ochenta y dos son muy interesantes… Numerosos propósitos plantea el autor del libro que sólo podemos tomar a granel y desordenadamente.

Inicia cosas bastante desconocidas, como las *ene* dimensiones, páginas noventa y siete, noventa y ocho y noventa y nueve… «No hay *ene* dimensiones, sino modos particulares de apreciación. La cuarta dimensión es la imaginación creadora… La

intuición puede damos un claro concepto.» Son muy curiosas sus observaciones. Bosqueja un ensayo de su síntesis, astronómica, geológica, prehistórica, arqueológica, antropológica, filológica, espiritual, etc., etc. Cita extensas bibliografías; enaltece los hijos ilustres de la región asturiana, como Jovellanos, Flórez Estrada, el economista fisiócrata, y otros muchos; coopera a la fosilización de ideas trasnochadas, y al fomento de otras antiguas buenas, pero olvidadas; y, en fin, excita a las exploraciones de terrenos no estudiados, muy interesantes y pintorescos. Aludiendo a las costumbres de la raza vaqueira asturiana, escribe en la página cuatrocientas veintisiete:

«Entre Cañamero, Logrosán, Talarrubias, Valdecaballeros y Castilblanco, hay una inculta *braña* no estudiada todavía, y que ni una sola de las cosas vaqueiras que estoy oyendo, ni una sola, de las que he leído en Acebedo me llaman la atención; porque me son familiares, en mi país extremeño, desde niño.»

Por nuestra parte podemos añadir que la braña aludida es una derivación orográfica de La Villuerca, la altitud superior de la Serranía de Guadalupe, donde nacen cuatro ríos; dos por la vertiente norte, tributarios del Tajo, y otros dos por la vertiente meridional; el torrencial Ruecas, y el Guadalupejo, que desaguan en el Guadiana. Casi al final es una meseta semihorizontal, que desconozco por sus facies oriental. Tiene una longitud, de Norte a Sur, de más de una legua. En pendiente suave limita con el Ruecas por el Oeste. Esta zona es de arenas, probablemente cuaternarias. La flora de su suelo es africana, donde abundan jara, romero, lentisco, mirto o arrayán, y otras plantas adecuadas para esconder lobos y jabalíes. La topografía es pintoresca en el más alto grado… Si penetramos por el Norte de Cañamero, en el valle del Ruecas, con dirección a Guadalupe y Alía, o atravesando montes, hasta el fin de la provincia de Cáceres, encontraremos, sumarísimamente expuestos, lastras enormes en las laderas donde duermen los buitres; una pirámide de rocas que termina en una perfecta cabeza de caballo; una caverna desmantelada de trogloditas y gitanos, hoy corral de cabras; una altísima roca vertical donde anidan las águilas; el melonar de los frailes formado de micasquistos desprendidos de una serie lineal de crestas por los rayos y el viento; el pradito de la robleda, al otro lado de la cordillera de crestas, donde estando comiendo unos viajeros, se oyó un estruendo indefinible, entre rugido, trueno o bufido, que sorprendió a todos; y era un jabalí, que dormía la siesta en la espesura inmediata, y salió espantado tronchando jaras y madroñeros abriéndose calle; más allá los

castañares de Guadalupe, donde abundan los jabalíes; el profundo valle del Guadalupejo con su martinete y su molino… los ruiseñores, que trinan en el bosque solitario, sólo escuchados por inocente y alegre pastorcillo; la soberbia alameda de Alía, donde anidan y cantan las oropéndolas; el nido de buitres, ya en la cordillera; las enormes cuarcitas de la bajada donde solo trepan las cabras con agilidad pasmosa; las cuerdas de montañas subalternas del profundo valle en que el ruido de un tiro disparado en la cuesta produce resonancias que recorren largo tiempo toda la selva; los saltos de los venados por encima de las jaras más altas, y, por último, se llega al puerto de San Vicente… Los aromas del bosque son desconocidos en las grandes ciudades. El cuadro del panorama es espléndido y majestuoso; un paraíso…

Triste y pálido nos parece el que nos ocupemos de las alegorías que contiene el libro, y expuestos a equivocamos ante un genio como Roso que ha viajado por Europa y América; pero apuraremos nuestra buena fe dando opinión franca brevísimamente.

Con el San Augusto Compte, brasileño de que nos habla Roso, probablemente tenemos un símbolo de la ausencia de ideal espiritual, parecido a la religión de los Drusos de los valles del Líbano, cuyo mérito consiste en no tener ninguna…

Subir a un alto risco sólo por exploración; pisar los huevos de un nido de buitres; dar la vuelta de campana en la bajada; cernerse dando vueltas por los aires, con riesgo notorio de que las aves carnívoras… le monden luego a poco más los huesos…

¿Tesoro de diez millones de pesetas? Lo creo, y mucho más si se busca donde está: en el trabajo; las razas lanares merinas que nos arrebataron llevándolas a Silesia, Sajonia, Gran Bretaña, y después a Australia; los grandes saltos de agua como fuerza motriz, riegos y aguas potables; las aguas para riego, por minas o apertura de pozos artesianos donde sean posibles; la desecación de lagunas, ganando nuevos cultivos; la exploración de minas; plantaciones de arbolado; aprovechamiento de torrentes; utilización del viento; conservación de monumentos, puentes, etc., etc. …

En lo moral el verdadero tesoro está comprendido en las páginas trescientas sesenta y una y trescientas sesenta y dos de este libro memorable que señala nuevos derroteros a los hombres buenos.

MANUEL NAVARRO MURILLO.

NO REGAÇO DA QUIMERA

De gentes del otro mundo, e un libro erudito e facil. Em horas do mais fundo prazer intelectual ei essas landas de feiticeira beleza, que parecem alumiadas pela lampada de Aladino. Fica-le bem esse nome de *Biblioteca de las Maravillas,* porque, na verdade, essas paginas contam lindas maravilhas. Ha lenda e poesia do longo d'ellos, como se a alma dum bruxo antigo tivelle incamado num artista da Renancesça para as escrever.

Cada paxina linda deixa urna ampla janela aberta para um paiz do sonho e de mistério. Quando conclui a leitura de *De gentes del otro mundo,* tinha o meu coração adormecido no regaço da Quimera, e todas as coissas, a roda de mim, tinham um ar parado, de religiosa expectç ão ou sonho mistico, como se a Quimera fosse descenar os labios, para repetir os seus dizeres de encantamento!

M. DE ALMEIDA BRAGA.

Campo da Vinha, 23 Março 1917.

EL LIBRO DE LOS JAINOS

Llegó a mi poder un libro, cuyo título, de un empaque sobrenatural digno de Mallarmé, hace pensar en algo pretencioso y grotesco; y aunque en favor de su mérito abona el nombre del autor, lo que más predispuso mi ánimo a su detenida lectura fue la dedicatoria que ostentaba.

Merece atención el hecho de que el valor artístico de una obra literaria esté las más de las veces muy directamente relacionado con la dedicatoria que lleve –jamás vi yo obra buena dedicada a un zampatortas–. Puede suceder, sí, que un necio o un inexperto dedique el fruto de sus calamidades literarias a un gran escritor; pero al contrario, nunca.

Tal relación de valores se da, robusteciendo la evidencia del fenómeno, en el libro de que voy a ocuparme. Es el segundo tomo de la *Biblioteca de las Maravillas,* y su dedicatoria reza así: «A Don Ramón de Valle-Inclán: al prodigioso estilista; al Místico «cantor» de «La lámpara maravillosa» e «instrumentador» de las «Sonatas» de las Estaciones, su admirador devotísimo, Mario Roso de Luna.»

¿Puede creerse que un libro con esa dedicatoria sea malo? De ningún modo. No por capricho, sino porque al sentido común no le viene en ganas. Aceptando como cosa cierta que el mejor juez de uno es uno mismo, a nadie se le antojaría suponer que un escritor de reconocidos méritos, iba a dedicar una obra, si ésta le hubiese resultado mediocre, nada menos que al autor de «La marquesa Rosalinda», el cual, pese a las pullas paridas con forceps, del señor Casares, es uno de los artistas más grandes que tuvieron y tienen, el habla de Castilla y la forma poética del Renacimiento.

De gentes del otro mundo, es una obra mítica y ocultista, a tenor de *El tesoro de los lagos de Somiedo;* originalísima e interesante como todas las de Roso. Un espíritu superficial y despreocupado, un escéptico de la última hornada, no vería en ella otra cosa que trances inverosímiles, situaciones absurdas y cuentos de vieja, más útiles para entretener chiquillos, que para deleitar a hombres maduros. Mas no es así; porque si bien es cierto que lo fantasmal, imaginativo y caprichoso campea por doquiera en sus capítulos, no lo es menos que, con un poco de sagacidad y buena fe, se advierte, por entre la urdimbre de imágenes fantásticas, el azuleo inefable de un haz de luz optimista

y vivificadora, que nos descubre un plano de bienestar espiritual, superior al tinglado de nuestras bajezas.

Los hombres, que, a pesar de nuestras arrogancias, no somos más que unos pobres diablos, huéspedes de este paraíso artificioso, en donde cualquier placer deja el amargor venenoso de la estricnina, y en donde los odios arraigan en lo más adentro de los corazones, debemos apreciar como cosa rara y laudable que haya alguien esforzado en hacemos concebir unas esperanzas de paz para una nueva evolución próxima e inexorable. Ciertamente que sería triste pensar con Peladan, que el hombre no experimenta más que dos cosas reales: el nacimiento y la muerte.

Platón, uno de los modelos de Roso, estimaba y decía que «los mitos son vehículos de grandes verdades, y, por lo tanto, dignos de ser bien estudiados». Y Roso de Luna, como buen filólogo y «politécnico», gusta de dar a las expresiones de sus ideas una forma mítica; en sus escritos, cada palabra es un símbolo. Recordemos a Voltaire: «La filología es una ciencia extraña, en que las vocales no son nada y las consonantes muy poco…»

* * *

(…Una opalanda verdegrís extendida por las paredes del gabinete, prestándole un ambiente tristón y enigmático; un silencio escalofriante, estúpido, adueñado de toda la casa; encima de la mesa, el último número del perfumado «magazine» inglés «Vogue», en cuya cubierta luce el armiño de su casacón chambelanesco y las retorcidas calzas rojas, «una diablesa» que se burla de las estrellas ocultándose tras de una nube amatista, mientras con la enguantada manita sacude una rosa de té que le restó del Carnaval y que se va deshojando más que aprisa… «Las flores del mal» del poeta a quien le molestaba «eso que llaman la gente», registrado por el soneto «Les chats», y «El Japón heroico y galante» del supremo artista de la crónica, abierto por «El Iosiwara»–«la ciudad sin noche», en donde se refugian para hacer amor las menuditas y lindas musmés…

Voy releyendo, por haberme intrigado, el capítulo. El misterio de los «jainos» o «jinas», de la obra del mago, y cada página que paso produce en mí el efecto de una alucinación.

Los «jinas», los duendes, los gnomos, los espectros, toda esa caterva de señores del mundo invisible, torturan mi imaginación de modo tan cruento y absurdo, que hasta

llegan a darme espanto. Ya me parece estar viendo, sentado sobre mi mesa, al enanillo con barba de algodón, gorro borlado y jubón escarlata, fumando en su enorme cachimba y haciéndome muecas de desprecio; y el geniecillo a cuyo conjuro suenan los timbres y se paran los relojes; y el gigantesco fakir indio, gran maestro en ciencias ocultas, que, con su omnipotente «mediumnidad», va desde el Himalaya –punto de residencia habitual de esos caballeros– a la Puerta del Sol, en un santiamén, quedándose tan fresco…

Van pasando hojas, y un tropel de figurillas fantásticas parece que salta de entre las líneas, agrupándose en los márgenes a manera de orla, ilustrando, hechiceramente, las páginas del libro. Hay por ahí una edición de una marcha fúnebre de Gounod, cuyos pentagramas van adornados con unas viñetas representativas del entierro de una «marionette», que puede ser fiel objeto de comparación con el fenómeno fantasmagórico que ahora mismo observo.

El enanillo rojo echa una bocanada de humo del color del ajenjo preparado, y desaparece… ¿Será cierto que los «jinas» existen…?)

* * *

En esta, como en todas las obras del gran mago Roso de Luna, actúa de espíritu informador el de Elena Petrovna –madame Blavastky–, «su maestra» según él. La aura de «La doctrina secreta» aparece a cada momento, con sus ojazos trágicamente diáfanos, por el texto y las acotaciones del libro; ora para decimos de un descreído señor, que, habiéndose sometido a una experiencia espiritista, sufrió, por haber intentado hacer mofa de los procedimientos, grandes torturas y no pocos quebrantos; ora para evocamos el cataclismo geológico que sumergió el último trozo de la Atlántida, obligando a Isis a cubrirse con su misterioso velo en evitación de curiosidades perversas…

. . . . . .

Dos o tres días de haber leído *De gentes del otro mundo,* por vez primera, le oí decir a un literato joven y muy afamado que concurre a nuestra tertulia: «¡Qué bien escribe Raso de Luna!» Esto vino a corroborar la opinión que todos los lectores tienen formada del autor de *Beethoven, teósofo;* sí, Roso de Luna, por encima de sus relevantes cualidades de polígrafo, de astrónomo, de conferenciante, etc., es un gran literato; su última producción prueba, evidentemente, que no exagero. Además, es un escritor

fecundísimo y de una facilidad asombrosa, que lo mismo se hace de una vez un libro, que seis, y siempre sin vacilaciones sintáxicas ni retóricas. No enumera, narra; no impone criterios, expone doctrinas; no imita a nadie, copia su propio estilo. Ante él y su obra debemos reverenciarnos, teniendo en cuenta que su persona y su firma constituyen dos valores positivos dentro de las desorientaciones que nos rodean.

La *Biblioteca de las Maravillas,* con sus encaperuzados duendecitos, sus fantasmas selváticos, sus entes mugidores de allende el Tíbet y su descomunal «Vaca de las cinco patas», marca un nuevo rumbo a la fábula literaria e indica al mundo presente que aun queda mucho por conocer y describir en forma bella dentro de lo ideológico, cabalístico y simbolista…

MANUEL SÁNCHEZ PIZJUÁN.

(El Liberal, de Sevilla, Marzo de 1917.)

EL POEMA DE LAS SALAMANDRAS, LOS SILFOS, LAS ONDINAS y LOS GNOMOS[16]

A Mario Roso de Luna.

I

LAS SALAMANDRAS.

¡Salamandras!… Rescoldos de la hoguera encendida
dentro de los profundos cráteres de la vida,
y en la entraña del hombre,
por las manos de aquél
sin principio y sin nombre
que da al áspid veneno y a los rosales miel…
Sois las chispas de oro
que arranca del metal
creador e inagotable, sobre el yunque sonoro,
para forjar las vidas, el martillo inmortal…
Vestidas de rubíes, lívidas, desgreñadas,
corréis con el incendio que abrasa las florestas,
y sobre las ciudades malditas entregadas
al furor del pillaje en las noches funestas.
De vosotras, la ígnea paloma aprendió el vuelo…
Ensangrentáis el claro terciopelo del cielo
entre los humeantes penachos del volcán…
y, ebrias de primaveras,
danzáis, raudas, en tomo de las rojas hogueras
bajo un claro de luna, la noche de San Juan.
Sois la acción. Sois la fuerza, ciega y desordenada;
la chispa que ilumina y la fiebre que crea…
Todo se enciende bajo vuestro ligero pie…
Por vosotras el héroe, desnudando la espada
y señalando un vértice, dijo a los siglos: –¡Sea!…
¡y por vosotras fue!

II

LOS SILFOS.

¡Oh Silfos! Invisibles mensajeros astrales…
Surgisteis de los labios del Supremo Hacedor
para animar el mísero barro de los mortales
con los mismos impulsos del eterno Creador.
Por vosotros la frente que la fiebre consume
se refresca en las noches serenas, y reposa…
La vida es una rosa,
¡y vosotros a todos les lleváis su perfume!
Atravesando el viento,
desde los misteriosos palacios siderales
trasmitís a los míseros mortales
la savia del divino pensamiento…
y por vuestro contacto conocemos
y en vuestro tenue soplo presentimos
las cosas que no vimos
y las futuras que jamás veremos.
Sois la palabra incógnita y secreta
que murmura el silencio en el oído del pálido poeta
cuando interroga lo desconocido…
Esa palabra que al romper su velo
es una Anunciación, predice un cielo
y nos abre las puertas de la inmortalidad.
¡Por vosotros las sombras huyen avergonzadas
y la luz nos penetra, porque sois las miradas
de la eterna verdad!

III

LAS ONDINAS

Ondinas copas divinas
para labios sedientos,

frescura de las carnes y de los pensamientos,
de las cosas y de los seres…
Espejos de la gran Naturaleza…
Por vosotras hoy tienen noción de su belleza
los lirios y los cisnes, estrellas y mujeres.
¡Vuestro ritmo de oro, de plata y de cristales
reproduce las músicas astrales,
esa música armónica y sin nombre
como el lento girar de las esferas,
en las siringas de las primaveras,
amasando los bárbaros pensamientos del hombre
y humanizando el trágico instinto de las fieras!
¡Sois la esperanza que conduce al puerto
a los humanos náufragos, y el ensueño de todo
cuanto bajo la asfixia de un ciego sol de plomo
atraviesa el desierto!
Fuente, serena fuente
en los verdes oasis… Bebamos, peregrinos…
¡Es la vida quien canta en el cristal corriente
que alegra las tristezas de todos los caminos!
Son bellas las sirenas, flores del mar, corolas
de amor, cuyo perfume es lúbrico y ligero…
¡Rompe tus ligaduras del mástil, marinero,
que te esperan sus brazos abiertos en las olas!
Ondinas,
copas divinas
para la sed de la Naturaleza…
¡Por vosotras la Virgen quedó inmóvil y muda
al ver en el espejo la aparición desnuda
de su propia belleza!

IV
LOS GNOMOS

¡Patriarcas risueños de la barba florida
que guardáis a la luz de las linternas
en las profundidades de lóbregas cavernas
los tesoros ocultos de la vida!
Gnomos, obreros mágicos que afianzáis los cimientos
del Alcázar gigante de la tierra,
para que no lo arrase el furor de los vientos
ni lo derrumbe el fuego que en su interior encierra
igual que un peligroso prisionero de guerra!
El grano por vosotros se convierte en espiga…
Dáis pan a los hambrientos…
¡El Señor os bendiga
por vuestros admirables sentimientos!
Tenéis arte de arañas y paciencia de hormigas.
¡El Universo es vuestro hormiguero
y en él acumuláis vuestro tesoro!…
Dáis a la novia la sortija de oro
y su escudo y sus armas al guerrero…

V
SÍNTESIS.

A los ojos del héroe la verdad está rendida
de amor; la tierra, el fuego, las aguas y los vientos,
los puntos cardinales de la vida…
¡y es el hombre la síntesis de los Cuatro Elementos!

FRANCISCO VILLA ESPESA.

BIBLIOTECA DE LAS MARAVILLAS

DE GENTES DEL OTRO MUNDO

por Mario Roso De Luna

En la isla dinamarquesa de Santo Tomás me acomodé en el vapor inglés *Tasmania* para regresar a España.

Muy poco antes de llegar a La Coruña navegábamos a toda máquina entre una niebla espesísima. Todos los pasajeros estábamos sobre cubierta. De repente, un joven español dijo: «Si seguimos así vamos a embestir las rocas de la costa. ¿Pero no lo ven ustedes? ¿Pero no ven tierra? Si está ahí…», y señalaba en dirección de la proa. Cundió la alarma, y todos, desde el capitán al último pasajero, miramos con algún sobresalto sin ver absolutamente nada más que la blancura de la niebla, ni con los propios ojos ni con el auxilio de buenos anteojos. Todo el mundo convino en que el españolito se equivocaba, o estaba borracho, o alucinado.

Continuamos navegando a toda máquina, y el español asegurando con mucha tranquilidad y sin hacer aspavientos, que nos estrellábamos.

El segundo de a bordo seguía explorando con los anteojos el horizonte, aunque estaba certísimo de que íbamos bien, porque después de la última singladura había fijado la posición del barco por la estrella Sirio; y como el sextante y los logaritmos son infalibles… Una bocanada de aire rasgó la niebla como un cuchillo por un instante brevísimo, el suficiente para ver con claridad la tierra que veía aquel español y que los demás no veíamos.

La impresión fue terrible, de esas que no se olvidan en toda la vida, y gracias a parar en seco la máquina y a virar en redondo, se evitó la catástrofe.

Aquel español, que disfrutaba de una agudeza visual distinta y superior a la de los centenares de personas que íbamos en el buque, me recuerda a Roso de Luna al leer el voluminoso tomo segundo de la *Biblioteca de las Maravillas,* monumento de erudición en calidad y en cantidad.

¿Verá Roso de Luna, con superior agudeza visual de su mente, lo que no alcanzan a ver, por más que miran, otros muchos hombres?

El libro es muy digno de estudio y de respetuosa consideración, aun para aquellos que

no participen de las opiniones del autor, porque ya es hora de que la hermosa virtud de la tolerancia reine en los corazones españoles.

Un amigo mío, tan descreído como gracioso, decía ante unos lances estupendos y estrafalarios de los juegos de azar: «¡Yo no creo en brujas; pero que las hay, es indudable! Quizá dijera lo mismo después de leer a Roso de Luna.

Dado lo mucho que en el libro se habla de la desaparición de la Atlántida, me permito una observación acerca de la fecha del magno acontecimiento y de su causa.

Hubo un planeta que estalló, y sus innumerables pedacitos son los asteroides que vamos descubriendo todos los años.

¿Fué el estallido obra del choque con un cometa o por maniobra de seres vivientes anarquistas que en él habitasen?

Dejemos esta duda y pensemos no más en que el estallido, que es indudable, determinaría seguramente una gran perturbación en la marcha de los demás planetas, y que esta perturbación pudiera ser la causa determinante del hundimiento de la Atlántida bajo las aguas del mar.

De modo que si los astrónomos pudiesen algún día fijar la fecha (millón de años más o menos) del estallido del planeta, hoy hecho pedazos, conoceríamos la fecha probable de la desaparición de la Atlántida.

Otra observación referente al origen de la numeración decimal: Los desconocidos inventores del sistema de numeración decimal son, a mi juicio, los mismos lejanos inventores de los cuatro poliedros regulares, formas deducidas del tetraedro regular, dando tal nombre a los cuatro átomos colocados en sus vértices y vibrando al mismo compás; esto es, creando, engendrando cuatro series de esferas tangentes, combinaciones eternas e infinitas de la combinación del tiempo y del espacio, cuyo resultado, o hijo, llamando padre al espacio y madre al tiempo, es la cosa nueva, como todos los hijos, que llamamos fuerza. El grupo de cuatro esferas átomos, cuyos centros dibujan el tetraedro regular, es el cuerpo simple único, la piedra filosofal. Todos los demás cuerpos que hoy llamamos simples son combinaciones regulares de tetraedro regular.

Y como el tetraedro regular no se puede combinar con regularidad consigo mismo más que en grupos de DOS *(resultando el cubo y el octaedro),* de CINCO *(resultando el dedocaedro y el icosaedro, o sea la forma que yo he redescubierto y dado el nombre*

de pentatetraedro) y de DIEZ tetraedros regulares, que los pitagóricos llamaban la santa década y yo llamo el doble pentatetraedro; y como creían que todos los cuerpos de la Naturaleza eran las infinitas combinaciones que se pueden hacer sumando, agregando y superponiendo décadas; es decir, grupos de diez tetraedros regulares iguales combinados con regularidad, de aquí que la numeración fuera *decimal;* esto es, que la contabilidad del inventario de las cosas que se ven en el almacén del mundo corresponden a su forma geométrica.

Entre las muchas cosas buenas del trabajo de Roso de Luna está la tendencia a explicar lo desconocido dentro de los cánones de la ciencia positiva.

La orientación hacia el fomento y difusión de las supersticiones, me parece peligrosa.

Doy gracias al autor por el envío de su libro y por el efecto sugestivo y terapéutico que en mí ha producido al distraerme de mi trabajo y de mis trabajos y al calmar, por un momento, los dolores físicos de un ataque gripal y los dolores morales de la suspensión de pagos y de la guerra.

ARTURO SORIA.

(La Ciudad Lineal, Madrid, 1917.)

EL LIBRO DE LA VACA

COSAS DE MAGIA Y TEOSOFÍA

Nada menos que *De gentes del otro mundo* trata el erudito y soñador extremeño en el tomo II de la *Biblioteca de las Maravillas,* título que da a la colección de libros que se propone escribir, inspirados en el Teosofismo (pretensa religión primitiva del hombre prehistórico, curiosa e inocente por sólo este hecho, pero cuyo conocimiento y difusión se espera hacia el siglo XXI –que, ¡ay!, no conoceremos– para bien de la Humanidad, que, purificada de concupiscencias y ambiciones, le será dado ver lo que en su *ceguera* hoy le está vedado).

Los duendecillos, que ahuyentaban nuestro sueño cuando niños; las brujas, que colgaban su candil encendido en inaccesible ventana del derruído castillo, al pie de Gredos, según testimonio de los vecinos; los gnomos, tan amigos de Zorrilla, cuando moraba en la Alhambra, son, con aquéllos, gentecilla de poco más o menos ante la *Vaca de las cinco patas;* los *djinns* o *jinas,* pobladores visibles de la Tierra en cierto tiempo y ahora ocultos a nuestras pecadoras miradas, y, en fin, los 330 millones de especies de seres que los Vedas admiten en su Panteón indostánico y que no sabemos en qué diablos se entretienen.

La quinta pata de la *Vaca* tiénela sobre el morrillo –cosa, en verdad, desconcertante hasta para un oculista–, y ha sido vista en distintas ocasiones.

Los *Thuatha de Danand,* progenitores de los *jinas,* fueron condenados por las malas artes mágicas que aprendieron de los atlantes, a no ser vistos por los *Fir-bolg,* a quienes habían vencido, que asentaron en Erín o Irlanda.

El misterioso sér «astral o etéreo» de las cinco extremidades ha aparecido cerca de tesoros o en subterráneos, cuya entrada oculta mágica piedra, llenos de fina pedrería y oro y mil encantos, como acaso fuera el que anheló explorar Bécquer en Veruela; el poeta que en sus inmortales leyendas nos hace sentir el *«frío astral,* característico de lo sublime y lo extrafísico». La tal Vaca «recorre no sólo el campo de las leyendas, sino el ámbito de todas las religiones, cual si la realidad de ella estuviese más o menos admitida en el *consensus* general de todas, aumentando así su verosimilitud con pasar también todo a lo largo del mito religioso».

En cuanto a los *jinas,* ¿de quién, si no de ellos, es la ciudad encantada que se ha divisado desde las cumbres del Yucatán, a la que ningún blanco ha llegado, y si llegó fue muerto, y que, sin más animales que las gallinas, las esconden bajo tierra para que el canto del gallo no los denuncie? ¿Qué *fraile-jina fue* aquel que llega al humilde Logrosán a entregar la proclama del Alcalde de Móstoles, salvando más de cincuenta leguas en un día, y desaparece como por ensalmo? ¿De dónde salieron los «piqueros desconocidos» –allí donde nunca hubo piqueros– que cargan en Bailén, dando fin a la dominación napoleónica en España? Y qué, ¿tomasteis como burla extremeña la *Caza de Gamusinos,* si, cuando niños, abusaron de vuestra candidez haciéndoos cargar, en tenebrosa noche, con un costal, que un chusco llenaría de piedras para molimiento de vuestros hombros y desencanto? Pues sabed que ello es reminiscencia de la *Caza de los Boars encantados,* del mundo de los *jinas,* y *Caza de los Swan-ursinos,* cual Italia, y que lo de los *gamusinos* se relaciona con el gamo nocturno, *Dama* o *Danna,* en latín, en alusión a la Luna.

Alrededor de la Vaca y los Jinas, y el culto de Isis o Io, pasma lo que resuelve Roso: religiones, leyendas, lingüísticas, jeroglíficos, prehistoria, bibliografía copiosa, códices extraños, heráldica, *folklore…*

¿Qué extremeño cuenta con el bagaje que él?

El libro resulta entretenido como *Las Mil y Una Noches* –que a cada paso cita, teniéndolas como de sentido ocultista–, con mucho aprovechable, a nuestro pobre juicio, para la Historia y las Literaturas, y nada peligroso para el catolicismo, porque los corolarios que a él tocan son sacados de teoremas que enuncia poderosa imaginación, y no más.

Si mi excelente amigo Roso hubiera cultivado las ciencias positivas, que tanto desprecia y que, sin embargo, le prestan tan brillantes recursos para defender el mundo de los *Jinas* (páginas 334-337), ¡cuánto y cuánto bueno no habría ya hecho! El que ha escrito su nombre en el firmamento con el descubrimiento de un cometa; el que ha buceado en los códices jeroglíficos del Anahuac, revelando que los remotos arquitectos de la América precolombina conocían teorías matemáticas tenidas ahora por nuevas; el buscador feliz de más de cien inscripciones romanas en Extremadura, intérprete, además, de numerosos signos *ogámicos* de nuestras provincias, que le valió distinción merecida del Instituto Arqueológico de Bruselas; el que ha sabido relacionar leyes de la

Astronomía y la Química en su precioso folleto, en francés, *Evolución solar y Series astroquímicas,* desarrollado en el Ateneo de Madrid ante ilustres profesores de la Universidad, que le felicitaron, de que doy fe, tiene conquistada la consideración de sus paisanos, cuando no la admiración –pues de éstos son pocos los que le conocen, los que le han leído, como aquí dije otra vez– y no es generoso desdeñarle porque sea teósofo –y doble heterodoxo, porque lo es también dentro de la secta, según tengo entendido–, y decir: «nada tengo de común con él», cuando en Roso, por lo apuntado y fuera de extrañas filosofías, hay mucho excelente que todos tienen que aplaudir.

Ese homenaje que se le prepara, y del que apenas sé, no es por su teosofía, claro está. Es porque en él ven una inteligencia que descuella en la patria de San Pedro de Alcántara, nombre que ha evocado con orgullo al resumir las glorias de Extremadura, en acto muy señalado.

Al tratar de su último libro, sería injusto no citar al prologuista, don Fernando de la Quadra Salcedo, que en su estudio de los Vascos, en relación con el asunto de la obra, muestra copiosa erudición.

UN CACERENSE.

Santoña, 5-III-917.

LA HUMANIDAD Y LOS CÉSARES

UN NOTABLE LIBRO

La aparición de un libro de Roso de Luna es ya siempre un acontecimiento científico o literario. Este hombre singular que ha logrado dominar las más diversas ciencias, este excelente jurisconsulto que descubrió un astro y que después se hizo notable por sus estudios prehistóricos y teosóficos, ha publicado ahora una obra de actualidad guerrera, bajo el título de *La Humanidad y los Césares,* en la que hace desfilar ante los ojos del lector los horrores sempiternos del militarismo, turbando desde el principio de los siglos la paz de los pueblos.

La cubierta del libro es la síntesis de su contenido: en ella aparece la soberbia figura de Barbarroja con las palabras que en su boca pusiera Espronceda en *El Diablo Mundo:*

«Yo combato por la gloria,
su corona es de laurel.
¡Cántame versos, poeta;
póstrate, mundo, a mis pies!»

y la humilde silueta de Jesús, de inefable dulzura; diciendo a los hombres:

«Un solo mandamiento os doy:
¡Que os améis los unos a los otros!»
(Evangelio San Juan, XV-12.)

Es este libro el resumen de las angustias que el Mundo ha tenido que sufrir día tras día para satisfacer la ambición y la soberbia de los Césares y el compendio de las enseñanzas de amor de quienes han tratado de redimir a la Humanidad. Por lo que se refiere a las consecuencias que de todo este estudio histórico se deducen, con relación a la guerra actual, Roso de Luna no niega las excelentes cualidades del pueblo alemán, que tan admirado le hizo en la paz, y no las niega porque no está ciego ni es un sectario apasionado; pero dice, y dice bien, que por encima del comercio, de la industria, de la ciencia, del arte, estará siempre el concepto de Amor y el de Humanidad. Y así es su libro una condenación inapelable de todos los que sueñan con alzar su poder sobre los hombres, hasta destruir el amor que debe unimos en abrazo fraternal.

En esta obra, como en tantas otras del mismo autor, se pone de manifiesto su corazón grande y generoso, nacido para amar, y a cuyo servicio está siempre su inteligencia poderosa y privilegiada.

Es, pues, libro de amor que a todos ha de agradar y en el que conviene aprender lo que la fuerza ha acarreado siempre a la Humanidad, que, sin embargo, encumbra a los Césares que la oprimen a la vez que crucifican a los que la redime.

(El Foro Español, revista de Madrid, 1917.)

COSAS DE MAGIA Y TEOSOFÍA

EL ÚLTIMO LIBRO DE ROSO DE LUNA

Yo no sé si la Teosofía, con sus cuerpos físicos, astrales, etéreos y mentales, sus lípikas y sus devas, sus karmas y sus reencarnaciones, es la *quintaesencia* de las religiones, el *alma mater* de todas ellas, la que puede explicar cómo se formaron los mundos, qué leyes ocultas y misteriosas los rigen y qué evoluciones tiene que realizar el sér humano hasta confundirse con la Divinidad –que lo es todo y lo envuelve todo–, o es, simplemente, una creación de los filósofos y sacerdotes indios para entretener y dominar a ese pueblo adormecido e indiferente que vive a lo largo de la falda del Tíbet, y que divulgó, hace bastantes años en Occidente, esa extraña mujer, mezcla de sibila y genio, que se llamó Mad. Blavatsky.

Sea una verdad absoluta, como afirman sus adeptos, o una grosera mixtificación de la verdad positiva, que no admite postulados que no tengan fundamento en lo irracional e hipotético, como sostienen los escépticos y científicos, lo cierto es que la Teosofía va camino de hacer bajar de los altares –en los que también hallados están– lo mismo a los ídolos budhistas que a los santos católicos, y de trastornar todo el tinglado de las iglesias y pagodas, de las sinagogas y mezquitas, acabando con el viejo ritualismo en que, hasta hoy, se han apoyado todas las confesiones para escamotear a las muchedumbres ignaras y bestiales los grandes, los supremos y divinos secretos que sólo a los maestros están reservados.

No es sorprendente que en días luctuosos y de incertidumbre como los presentes, que hacen tabla rasa de los principios tenidos por más eficaces, morales y verdaderos; que antepone la fuerza al derecho, la autoridad personal a la libertad democrática; que no reconoce propiedad, ni humanitarismo, ni filantropía, ni conmiseración, naufraguen las viejas creencias que por tantos siglos nos tuvieron hipnotizados y busquen los hombres en las inquietantes y sugestivas ideas de la Teosofía el consuelo que aquéllas dejaron de darles.

Sabido es que en las grandes crisis de las razas y de los pueblos, fue la religión, como producto del espíritu investigador del hombre, la que más sensibles modificaciones ha sufrido, porque siendo la religión un presentimiento que ha cristalizado en sentimiento

y promesa –que se tiene por segura siempre–, cuando ésta se esfuma y aquél pierde su expresión objetiva, no queda para el individuo sino un vacío, que su mente necesita llenar con otro sentimiento y otra esperanza.

¿Será la Teosofía el nuevo estado místico-religioso que los hombres buscan afanosos para satisfacer sus ansias de penetrar en lo infinito y desconocido, acercándose al Logos y ver si tomando un átomo de su substancia son menos majos y soberbios, menos salvajes y carniceros y un poco más generosos y ponderados?

¡Quién sabe! Los viejos dioses están en franca huída de la tierra, espantados por el ensordecedor ruido de los cañones que aniquilan y despueblan a Europa; y tal vez esos maravillosos maestros indostánicos que tienen en custodia los archivos de la ciencia del pasado, de la actual y de la que ha de manifestarse, se preparen a materializar algo de la energía parabráhmica y a ofrecemos otras más dulces y menos trágicas Divinidades.

No afirmo que esto suceda pronto, ni me atrevo a aceptar como hecho indiscutible que haya encamado ya el nuevo Cristo –el Cristo-redentor porque aun clama la Humanidad doliente y miserable–, como aseguran teósofos ilustres, si bien cuanto ocurre actualmente en el mundo induce a sospecharlo; pero sí puedo decir que el insigne polígrafo y semitaumaturgo D. Mario Roso de Luna, príncipe de los teósofos de España, Portugal y naciones ibero-americanas, así lo hace presumir a cuantos quieren escucharle en sus coloquios íntimos o leen sus libros, que constituyen el verdadero Evangelio de la novísima y reconfortadora doctrina. Las almas atribuladas, que están ahora en la vaga y confusa región de la duda, en presencia de este cataclismo mundial –que no es sino el cumplimiento de la ley Kármica de las viejas y sanguinarias razas escito-galo-teutonas–, deben orientar sus anhelos en consonancia con las teorías rosóficas, que son de libre expansión espiritual, de resurgimiento de todas las mitologías conocidas, de la aparición sobre el haz de la tierra de todos los endriagos: hadas, gnomos, brujas y genios diablescos que la poesía y la superstición han creado en el largo transcurso de los siglos.

Sí; deben leer su último volumen titulado *De gentes del otro mundo* si quieren conocer a la Naturaleza en sus profundos y recónditos misterios: las cavernas encantadas, las magnas ciudades subterráneas; encontrar los tesoros ocultos, guardados por el mágico dragón; lo que es la vida en la cuarta dimensión; en qué

prados se alimenta la vaca de las cinco patas y hacer amistad con Aladino, el afortunado poseedor de la lámpara maravillosa; en una palabra: si desean substraerse a las crudas y amargas realidades de la hora presente y abstraerse en lo incognoscible y bellamente absurdo.

En su libro incomparable –segunda parte afortunada de *El tesoro de los lagos de Somiedo*– presenta Roso mundos y seres irreales tan simpáticos y amables que, aun tomándolos como parto de una imaginación miltoniana, se interesa uno por ellos y con ellos desearía refundirse y compenetrarse.

¿Quién no ambiciona tesoros, huríes, jardines paradisíacos, palacios suntuosos y, sobre todo, paz, alegría y sosiego espiritual? Pues de todo eso nos da el mago Roso de Luna en sus dos últimos libros, cuyas páginas, saturadas de mística unción, son como el *haschich* adormecedor que suaviza las pasiones, adormece las almas y lleva a esa beatitud seráfica que nos hace más perdonadores y compasivos.

Si toda la vida es sueño –como dijo Calderón–, ¿por qué no hemos de soñar leyendo a Roso, después de esta larga y fatigosa vigilia de la guerra, fértil solamente en torpedeamientos, asaltos de trincheras, choques navales y *raids* homicidas? ¿Y por qué necia vanidad científica hemos de negar realidad efectiva a los descubrimientos improbados de Roso, cuando toda la ciencia es una continua transformación y la verdad de hoy es la negación del mañana?

Yo, discípulo humilde de la escuela filosófica de aquel sabio emperador romano, que decía: «Todas las cosas humanas son cosa de un día y no más, viles cosas despreciables», no me atrevo a negar materia a las visiones ultrafísicas de Roso de Luna, que, aparte todo examen crítico, son de consuelo y fraternidad universal.

Y ya es bastante que alguien traiga un rayo de luz y de alegría a nuestras almas entristecidas y conturbadas, involuntariamente arrastradas a este caos satánico, engendrado por la ambición insensata de un pueblo que anhela uncir nuevamente a los hombres al carro de la servidumbre.

Saludemos en Roso de Luna al Erasmo del siglo XX.

WALDO A. INSÚA.

(El País, Marzo de 1917.)

UN VERDADERO LIBERAL EXTREMEÑO

Estos apuntes biográficos de mi buen amigo Roso, pudieran titularse muy bien «Datos referentes al polígrafo extremeño Roso de Luna», pues de todas las ciencias conoce y de todas ha escrito, habiendo publicado algunos libros, no pocos folletos y numerosísimos artículos desperdigados por revistas y periódicos.

Es joven: nació en Logrosán el 15 de Marzo de 1872. Se hizo Licenciado en Derecho en 1890, Doctor en 1894, y Licenciado en Ciencias físico-químicas en 1901. Tiene buena figura y posee fácil palabra, que no es poco.

Comenzó dándose a conocer por un descubrimiento importante. Allá en su pueblo natal, Logrosán, por el año 1893, entusiasmado en la contemplación de la eterna belleza del cielo estrellado, estudiaba astronomía sin más maestros que algunos libros y el grandioso de la Naturaleza, que Roso sabe descifrar y entender maravillosamente. La compleja máquina celeste le fue conocida pronto tan detalladamente, que un punto luminoso que apareció en la constelación del *Auriga,* donde antes no existía, fue por él apercibido y clasificado como un cometa nuevo, el cual, después de detenida discusión en el mundo sabio, pues varios astrónomos extranjeros se disputaban la prioridad del descubrimiento, lo consideró la Academia de Ciencias de París, como descubierto por nuestro paisano, y fue inscripto en los anales astronómicos con el nombre de cometa Roso de Luna.

En el año siguiente publicó con gran aceptación un aparato de astronomía popular, titulado «Kinetorizón automático», premiado con medalla de oro por la Academia Parisiense de Inventores.

En esto de Astronomía popular –entendiendo por ello el exponer con facilidad y al alcance de todas las inteligencias sin enrevesados cálculos, ni zarandajas, el mecanismo de la complicada máquina celeste– es nuestro hombre una especialidad; se da para ello tanta maña, que resulta agradabilísimo e interesante en extremo oirle explicar la maravilla de los espacios infinitos.

En Arqueología tiene también realizados descubrimientos importantes. Fue el descubridor de la losa de Solana de Cabañas, la cual generosamente donó al Museo Arqueológico Nacional, y que fue calificada por el gran Hübner de uno de los más

raros documentos jeroglíficos de la prehistoria celta, análogo por su interés e importancia a los de Argolida.

Luego descubre por tierra de Solana, Santa Cruz y Logrosán antiquísimas construcciones que describió como Citanias luso-ibéricas; da a conocer más de cien inscripciones romanas en la provincia de Cáceres; aporta valiosos datos para la ratificación del itinerario *Ravenate;* interpreta como escritura ógmica o precaldea las piedras con cazoletas que encuentra en varios sitios de Extremadura, por lo cual la *Société d' Archéologie,* de Bruselas, le nombra miembro correspondiente, y llena de artículos y trabajos el *Boletín de la Real Academia de la Historia, La Revista de Extremadura, Nuestro Tiempo, La Lectura* y otras muchas publicaciones.

Es hombre que trabaja sin cesar, investigando no sólo en esta ciencia, sino en otras muchas. Recuerdo que en Geología aportó sus granos de arena, describiendo los glaciares del Rueca y unos *bilobites* o algas fósiles del terreno silúrico, de la sierra próxima a Logrosán.

Su cultura es grandísima; he visto trabajos suyos de los conocimientos más diferentes y distanciados, tan pronto de Higiene, como de Enseñanza, como de Historia, como de Química, como de Filosofía. Esto no es difícil, pues hay quien escribe de cualquier cosa con la misma facilidad que se suena las narices; lo difícil es hacerlo bien, y los escritos de Roso, todos son buenos y originales.

Con estas aptitudes enciclopédicas, nuestro paisano estaba en condiciones de ser un periodista de los que hay muy contados, pero muy contados en España, y, en realidad, lo es, aunque no ocupa el puesto primordial que debiera ocupar, a pesar de sus notables campañas en *El Globo* y en *El Liberal,* quizás porque nuestro periodismo es más político que otra cosa, quizás por falta de cultura en el público, o por lo que sea, pues no siempre la fortuna acompaña al mérito. Como es joven, llegará al puesto que merece.

Porque este hombre ha luchado con brío como pocos. En España hace falta que la gente intelectual se airee con los vientos de la cultura europea. Roso, comprendiéndolo así, salió de su patria y residió en el Extranjero en una época difícil de su juventud, pues tuvo que ganarse la vida durante su excursión, lo cual no fue obstáculo para que desempeñara en París una cátedra libre de lengua y literatura española en la *Société pour la propagation des lengues étrangeres,* otra en la *Mairie du*

Deuxieme Arrondissement, y diera una conferencia en la Sorbona.

Desde que reside en Madrid es un gran ateneísta, donde trabaja mucho desarrollando cursos de cultura popular y dando conferencias interesantísimas.

Hace ya algún tiempo se viene dedicando a estudios filosóficos. En 1902, publicó un libro *Preparación al estudio de la fantasía, bajo el doble aspecto de la realidad y del ensueño,* y ahora estos asuntos le preocupan más que ninguno; se ha enfrascado en investigaciones teosóficas, publicando abundantemente en América, donde parece que estas nuevas doctrinas medio filosóficas, medio religiosas, se cultivan mucho. Yo no puedo juzgar con imparcialidad de este nuevo aspecto de mi amigo. A mí estas cuestiones me hacen el efecto que les harían a aquellos incrédulos caballeros romanos, que habían perdido la fe en sus viejos dioses, los que juzgaban extravagantes las doctrinas filosóficas del nuevo profeta de Judea, Jesús el Nazareno.

Y yo digo: ¿conviene a la cultura del país y le conviene a Roso de Luna esta multiplicidad de especialidades a que se dedica? Hace unos días, me decía el más ilustre pedagogo español: «Los que se dedican exclusivamente a una limitada especialidad y no poseen una cultura general, sólida, son hombres incompletos que se consumen en la ciencia de que únicamente entienden. Las personas de cultura general tan sólo, pero que no son especialistas en nada, también son hombres incompletos, se convierten en *diletanttis,* en todas partes encuentran bellezas que admirar, pero se agostan sin producir labor útil. Un hombre completo debe poseer cultura general para gozar de la dicha de vivir y concentrar su actividad en un solo género de conocimientos, produciendo así labor para los demás.» Por eso aconsejaba a Rosa en mi última entrevista que él, que ha demostrado ser un investigador de empuje, continúe en sus investigaciones astronómicas o arqueológicas, pero dedicándose a ello en cuerpo y alma. Hay tanto que descubrir, y está tanto por hacer en Arqueología extremeña, que un hombre de la inteligencia y de los arrestos de Roso realizaría una labor importantísima, prestando así un buen servicio a su tierra, a la que ama intensamente.

¿Y de política, cómo piensa Raso? Alguien interpretó torcidamente el discurso que pronunció en Mérida cuando la visita del Conde de Romanones[17]. Allí no hizo sino dirigirse a un político de altura, en favor de los intereses extremeños. Raso, que es liberal de verdad, que milita en las avanzadas, no puede menos de unirse al movimiento que la juventud cacereña de ideas democráticas y radicales ha promovido, y que cada

vez engrosará más, para bien de la región extremeña.

EDUARDO H. PACHECO.

(El Bloque, Cáceres, 1909.)

NOTAS PATRIÓTICAS

EXTREMADURA ANTE SU MAJESTAD EL REY

Un triunfo más de Roso de Luna

El 21 de los corrientes, nuestro querido paisano y colaborador D. Mario Roso de Luna, recibió del diputado provincial por el distrito Universidad-Hospicio, Sr. Llasera, la súplica de unos renglones, cuya lectura no durase más de diez minutos, para una fiesta inaugural del Ateneo Juventud liberal conservadora, en unión de otros literatos y pensadores ilustres, que dedicarían así un homenaje al Rey, coincidiendo con el día de su fiesta onomástica:

«Para completar este cuadro –añadía el dignísimo presidente de este Centro–, estimamos imprescindible el concurso de usted para que, representando a Extremadura, nos regale con su valiosa pluma. La Junta directiva, con cuya presidencia me honro, se lo suplica encarecidamente, y la fiesta, *ajena, por completo a todo matiz político y puramente española, lo demanda.* Así se ofrecerá al Rey un homenaje, coincidiendo con el día de su santo, homenaje que, por cada región, le tributará un hijo de ella, ofrenda que convendría, por tanto, llevase el sello regional, con preferencia a cualquier asunto de orden general.»

El acto en cuestión se celebró en la tarde del 23, bajo la presidencia del ex ministro Sr. Sánchez Guerra, a quien acompañaban los también ex ministros señores Conde de Esteban Collantes, Bergamín y Andrade.

El Sr. Llasera rindió un cumplido homenaje al Soberano, con motivo de la fiesta que se inauguraba; el poeta Emilio Carrére, leyó una preciosa *Acuarela del Madrid Viejo;* Valero Martín, entonó en prosa y verso un canto heroico a Castilla, al que siguieron los de *Asturias,* por José María del BustoM; *Vascongada-Navarra,* por José Guimón; *Galicia,* por Manuel Linares Rivas; *Aragón,* por Teodoro Gascón; *Cataluña-Baleares,* por Santiago Vinardell; *Extremadura,* por Mario Roso de Luna; *Valencia,* por Federico García Sanchiz; *Murcia,* por Mariano Alarcón; *América,* por Luis G. Urbina; *Andalucia-Canarias,* por Francisco Villaespesa.

He aquí el texto de las brillantes cuartillas, épicamente recitadas, más que leídas, por

nuestro sabio amigo:

Extremadura a D. Alfonso XIII.

Un hijo de la gloriosa Extremadura, que no es político, se acerca por primera vez al Trono, e investido con el prestigio mágico del viejo solar, rinde pleito homenaje al Monarca heroico, modelo de Reyes constitucionales y hombres del porvenir.

Es el homenaje consciente de amor y de respeto de aquella vieja Lusitania, donde el Viriato extremeño resistiera al romano invasor; el de aquella *Emérita Augusta,* que mereciese ser llamada la segunda Roma, y que fue, siglos más tarde, baluarte de las huestes visigóticas, destrozadas junto al Guadalete; el homenaje de aquel Badajoz de los Benimeruán y otros régulos, émulos de los de Toledo y de Sevilla; el homenaje de Montemayor y Alanje, verdaderas *Grutas de Asclepios,* de romanos y árabes, cuanto de los enfermos en nuestros días; el de las Plasencia y Coria episcopales, dormidas sobre sus laureles del medioevo, ciudades bizarras y augustas, que fueron más ibéricas que romanas, más suevas que visigóticas, más berberiscas que árabes, manteniendo incierto, durante dos siglos, entre sus manos el éxito de aquel sublime torneo, en el que había de adjudicarse al vencedor la ibérica corona; el homenaje también de Brazas, Alcántara y Valencia, dobles cunas de esos místicos del cielo, incomparables, que el mundo llamó *el Broncense,* San Pedro de Alcántara y otros, hoy anónimos, héroes de San Benito, cuanto de esotros místicos de la tierra que con sus gallardas capas de albura, de corazones sin mancha, avaloraron con gloriosísimos hechos la militante *cruz de Alcántara-Trujillo,* o del Pereiro, una de las cuatro Órdenes excelsas…

Es el homenaje asimismo de aquella Vera de Plasencia, donde nacieron los antecesores del descubridor del Nuevo Mundo; de aquel Logrosán, patria de uno de los compañeros de Colón en su primer viaje, cuanto del primer poeta épico cantor de la conquista; de Medellín, cuna del magnánimo Hernán Cortés, el vencedor de Otumba y sojuzgador, con un puñado de hombres, del poderosísimo Imperio Azteca; del Trujillo, el Montánchez y cien otras poblaciones, cuna de los héroes de flandes y de Italia, con los hercúleos García de Paredes, los temerarios Pizarros, dominadores prodigiosos del mágico Imperio de los Incas; el homenaje de aquellas patrias de Vasco Núñez de Balboa, que mojó el pretal de su caballo, al tomar posesión en nombre del rey de España, en las dilatadas ondas del Pacífico; de Orellana, *Marañones* y Valdivias, que

ora luchaban con el araucano heroico, que ora se dejaban de ir, río abajo, hasta el mar, por el Amazonas ignoto, nunca hasta entonces surcado, ora agonizaban estoicos, sobre caíces de esmeraldas, ora saqueaban, vandálicos, los soñados *Pancenús* colombianos y peruanos, buscando impávidos, en la rústica región de *El Dorado,* cual nuevos argonautas del Ideal, un segundo *Vellocino de Oro,* sin saber que con ello daban al poeta futuro, aún todavía no nacido quizá en nuestro siglo, argumentos para una nueva Iliada, una palpitante Odisea, o una fecunda Eneida, sin que les arredrasen ni los calores tórridos hacia el *interior,* ni los fríos australes hacia la helada Patagonia, en demanda de una nueva *Ciudad atlante de las Puertas de Oro* y unos inauditos y divinizados Césares antárticos.

Es el homenaje, en fin, de aquel Cáceres de Ovandos, Golfines, Ulloas, Chaves y Carbajales, que tan pronto levantaban tercios para el continente europeo, como hacían levas espirituales para Asia, las Molucas y las Filipinas, o enlazando sus destinos con los del país hermano, doblaban el Cabo de las Tormentas, en frágiles navíos para girar visita al Preste Juan de las Indias, o contornear, por vez primera, con las naves de Magallanes y de Juan de Elcano, toda la faz del planeta, y con las alas poéticas de Martín del Barco Centenero, Alonso de Ercilla o Luis de Camoens, los cielos del misterio impenetrable…

A la sombra de estas y otras muchas glorias, reyes y príncipes de la España cuanto de Portugal de entonces, buscaron la paz humana, o el eterno sueño en esa tierra bendita de Extremadura, ora como Enrique IV y el rey Católico, cabe las glorias mudéjares del Monasterio de Guadalupe; ora como el césar Carlos I, bajo los umbrosos castañares del Monasterio de Yuste…, y Extremadura, siempre fiel, ha sabido guardar, casta, los tesoros de su recuerdo, envolviéndolos desde entonces –salvo el latido de la guerra de la Independencia–, en el ascetismo espléndido de su indiferencia terrena de región que nunca nada pide, por lo mismo que, en lo humano, acaso todo lo necesita…

Y esa región hermosa, solitaria, dilatadísima, incomunicada y mística, que, con Arias Montano, echó las bases de las modernas Poligrafía y Lingüística, y con el divino Morales, las de la mejor escuela pictórica española, y con Espronceda, hizo románticos a la España del siglo XIX; como con el sacerdote don Diego Muñoz Torrero, en la Constitución de Cádiz, la hizo libre, y con Bravo Murillo, dió a la corte de España el agua de sus vivires…, hacer fervientes votos hoy por mi labio, para que el joven

soberano, numen tutelar de tantos infelices en la presente guerra mundial, goce largos años de vida, para que, bajo la divina Egida de los Derechos del Hombre y la Libertad del Pensamiento y del Espíritu, conduzca a la España, una e indivisible, hacia la meta gloriosa de sus futuros destinos.

***

El Sr. Sánchez Guerra, en su discurso-resumen del brillante acto, consagró largos párrafos de él a enaltecer la labor y las juveniles gallardías de nuestro paisano, y, según consignan *La Epoca* y otros diarios, al ocuparse del mismo, prometió hacerse eco, cuando sea Gobierno, de todas las fundadas quejas de abandono formuladas por Extremadura.

Con motivo del referido acto de homenaje regional, se habla de litografiar las diversas cuartillas originales leídas y ofrendárselas a S. M. en artísticas vitelas, como recuerdo y *memorándum* del día.

(El Noticiero, de Cáceres, editorial del 27 de Enero de 1917.)

¡CANTA Y LLORA) PATRIA MIA!

Para Mario Roso de Luna, por sus cuartillas leidas en el homenaje a S. M. el Rey, de las regiones españolas.

Han traído tus cuartillas, Mario querido, un aura de románticas visiones pretéritas a mi alma. Mecidos en la misma cuna de aquel Logrosán que vió nacer a la Venerable mística, Sor Mariana de Cristo, al doctor Rieras Sorapán, el inquisidor de *La Medicina en Proverbios,* a Martín del Barco Centenera, compañero de Colón en su primer viaje; al Padre Cillán y a otros nobles hijos, veló nuestros primeros ensueños la áurea gasa de la amada patria chica, y fuimos juntos los juglares gratuitos del ansia del mañana en la senda de espinas de las letras,

Mario, ¡con cuán honda emoción he leído tus cuartillas…! Ellas han sido, ante el rey, la dulce rima de nuestros amores, de nuestras ilusiones, en quimérica visión de algo sobrenatural que se esfuma en la noche de los tiempos, cinta cinematográfica de hieráticas figuras que nacen en un olvidado rinconcito y mueren en las páginas gloriosas de la Historia, maestra de la vida real.

Y al cantar tú con trenos de angustias nuestro olvido, tu lira de trovador insigne, enjugando lágrimas de desengaños, ha lanzado arpegios gloriosos en loor de esta tierra bendita, siempre mártir, siempre invicta, que no se cansó de dar fecunda, heroicos aventureros desafiadores de las noches de tempestad contra las olas bravías del negro y furioso Océano, tremolando el pendón augusto de Castilla, allende regiones ignotas y conquistando los laureles inmarcesibles de mil victorias y mil reinos, y que hoy sabe, sin embargo, sufrir, cual obscura cenicienta, su olvidada desventura sin una queja de protesta, remembrando sus grandezas y escondiendo los restos de sus glorias en dos viejos monasterios, cual si la Historia Universal nada absolutamente la debiera.

Por eso, al cantarla tú, Mario querido, convertido en peregrino bardo de amor, aunque unos te llamen Mago y otros Brujo, a mí me has parecido el Profeta de un canto apocalíptico, perdiéndose el eco vibrante de tus endechas entre los aplausos o las risas de un pueblo irredento en plena farándula y a quien tus cantos amargan, interrumpiéndoles la carrera frenética de sus gozares locos…

PEDRO MADROÑERO.

(El Noticiero, Cáceres, Febrero de 1917.)

EXTREMEÑOS ILUSTRES

UNA PROPOSICIÓN

Llegó a mis manos *El Noticiero,* fecha 27 de Enero próximo pasado, y leí las admirables cuartillas del sabio extremeño Mario Roso de Luna tituladas «Extremadura a Don Alfonso XIII.»

Todo el que por sus venas corra sangre *colorada;* todo aquel que por su región sienta el amor que la verdadera ciudadanía nos impone, experimenta una sensación grandísima al leer en tales cuartillas el más bello resumen que de las glorias extremeñas puede hacerse.

Sí; una sensación grandísima que eleva el espíritu, hace sacudir nuestra indomable apatía y debe conducimos a demostrar al ilustre hijo de Logrosán nuestro agradecimiento más profundo, tributándole el homenaje que los extremeños le debemos, y al cual ha mucho tiempo que se ha hecho acreedor.

En el momento de leer las repetidas cuartillas, surgió, en mí, la idea de exteriorizar la satisfacción que me produjeron y proponer algo con lo cual Extremadura signifique a su preclaro hijo, el gusto con que ve sus triunfos y el orgullo con que escucha los hermosos cantos que a su tierra entona.

El temor que la insignificancia produce y el suponer que personas de prestigio habían de hacer la proposición por mí concebida, y que de seguro está en el ánimo de todos, hizo aplazar mis deseos; pero hoy ya, en silencio aún esas personas de prestigio (yo a ninguna he oído) y ausentado ese temor al pensar que cualquier extremeño tiene voto para proponer una cosa que cree justa, vuelvo a leer el glorioso canto de Roso de Luna a Extremadura… «Y esa región hermosa, solitaria, dilatadísima, incomunicada y mística, que con Arias Montano echó las bases de las modernas Poligrafía y Lingüística; y con el divino Morales, la de la mejor escuela pictórica española, y con Espronceda hizo románticos a la España del siglo XIX; como con el sacerdote D. Diego Muñoz Torrero, en la Constitución de Cádiz la hizo libre, y con Bravo Murillo dió a la corte de España el agua de sus vivires…»

Esa región no debe olvidar a tan ilustres antepasados y añadir un blasón más a los muchos conquistados, haciendo un homenaje digno a Mario Roso de Luna.

A D. Manuel Castillo, como director de *El Noticiero* (perdón, amigo mío, por el atrevimiento), *concedo* la palabra.

ANTONIO MARTINEZ.

Guadalupe, 3 de Febrero de 1917.

(El Noticiero, diario de Cáceres.)

SOBRE UN HOMENAJE

Antonio Martínez, mi antiguo amigo, extremeño entusiasta de su tierra que desde aquel poético rincón de Guadalupe, muestra muy a menudo sus entusiasmos y la nobleza de su corazón en estas mismas columnas, me alude ayer en un sentido artículo, en el que inicia la idea de *hacer algo* en obsequio de mi íntimo amigo, Mario Roso de Luna, que con su ya larga labor intelectual pone tan alto, en España y en el Extranjero, el nombre de nuestra región.

Esperaba Antonio Martínez que después de la publicación en este periódico de las cuartillas que leyó tan ilustre extremeño en el homenaje que las regiones dedicaron a S. M. el Rey como portador de esta región sufrida, personas de alto relieve iniciaran un acto de gratitud y de admiración a quien de manera tan donosa supo exteriorizar el sentir de aquellos que conocemos las glorias, las vicisitudes y las injusticias que pesan sobre Extremadura. Y haciéndome gran honor, indudablemente por el afecto que me profesa y el que yo dedico a Roso de Luna, me concede la palabra en primer lugar.

Y he de ser franco si, ante todo dije que precisamente por no haberme cabido en suerte el nacer en esta región extremeña, no quise levantar bandera en ese sentido, por creerlo depresivo para sus paisanos, concretándome, y aún está fresca la tinta, a expresar mi admiración y mi cariño a tan querido amigo desde las columnas de *EL Noticiero,* aprovechando la ocasión que él me proporciona con la publicación de sus interesantísimos libros.

Pero ya que un extremeño echó a volar la idea, vaya mi aplauso y mi modesta cooperación, porque son consoladoras actitudes, como la tomada por Antonio Martínez, para que no pase inadvertida la honrosa labor de los que trabajan *pro-Patria.*

¿Qué ha de hacerse para testimoniar la gratitud de los que aquí vivimos, extremeños por naturaleza unos, y otros por corazón, al polígrafo Mario Roso de Luna?

El banquete, tan en boga, no me parece muy apropósito, dado el descrédito que va adquiriendo ese prosaico homenaje gastronómico tan poco apropiado para que el agraciado la considere como un timbre más de gloria en su carrera literaria o científica.

¿No sería mejor hacer una gran tirada del trabajo íntegro que leyó aquél en la velada del día 23 del pasado Enero, y difundir los ejemplares por todos los Centros docentes,

desde los Institutos de ambas provincias hasta la última escuela de! más modesto pueblo?

Y para completar ese homenaje, huyendo de actos colectivos de cierta índole que con facilidad pierden la seriedad debida, ¿no podría acuñarse una medalla de oro alusiva y a la que pudiera acompañarse un álbum con las firmas de todos los alcaldes de ambas provincias, o a lo menos de los de las cabezas de partido y pueblos importantes, todo ello como prueba de admiración y gratitud a un hijo de esta región que tanto la honra?

Yo someto estas ideas, pobres como mías, y acepto otras seguramente mejores, que se ocurrirán a todos los compañeros en la Prensa de ambas provincias, a los que directamente aludo, porque creo firmemente que su cooperación y su entusiasmo han de ser la base de *algo* que demuestre que aquí no pasa inadvertida la intensa labor intelectual de un hijo de Extremadura que tanto ama a su patria chica y que tanto la honra en cuantas ocasiones se le presentan.

Todos los periódicos que en Extremadura se publican tienen la palabra, que yo les cedo gustoso, en nombre de Antonio Martínez a quien en estas líneas contesto con verdadero gusto, adhiriéndome incondicionalmente a su laudable iniciativa.

MANUEL CASTILLO.

Director de *El Noticiero* y del Instituto General y Técnico de la provincia de Cáceres.

EXTREMADURA Y EL HOMENAJE A ROSO DE LUNA

En la imposibilidad de reproducir todo cuanto en honor de Roso de Luna se ha escrito con motivo del proyectado homenaje al mismo, copiaremos al azar algunos párrafos de los más salientes de cuantos se le han consagrado en la Prensa extremeña.

… En Mario Roso de Luna, vemos hoy la encamación de la perseverancia, de la energía, del valor de esta tierra en la que hemos nacido y en la que vivimos, por desgracia, sumidos en un estado de enervamiento, que nos hace pasar, ante los ojos de las demás regiones, como seres abúlicos…

Fuera intolerable osadía la de pretender presentar desde estas columnas, a quien, por su labor admirable, ha sabido crearse una reputación que, saliendo del suelo extremeño, ha recorrido los ámbitos de España y ha traspasado las fronteras.

Rendir homenaje a Roso de Luna en estos momentos, supone un resurgir con promesas felices, de la región extremeña; volver a la vida de relación que perdimos, por nuestra indolencia …

(El Nuevo Diario, de Badajoz.)

…Honrar a quien, como Roso de Luna, tanto enaltece a la región extremeña, con sus trabajos admirables es de la más estricta justicia…

(El Adarve, de Cáceres). *(El Liberal Extremeño,* de Badajoz), y *(El Liberal Extremeño,* de Plasencia).

…Las provincias de Cáceres y Badajoz que ven acrecentados sus prestigios con nombres como los del ilustre sociólogo y polígrafo, Roso de Luna, y que en ocasión reciente y memorable tuvieron en él el cantor más conciso y elocuente de sus glorias, deben realizar este homenaje que ofrendarán, seguramente, cuantos pudieron aprender que es honrarse a sí propios, el honrar a los hermanos que con su laboriosidad, su honradez y su talento, arrancaron a la indiferencia ambiente un lauro más para'~a-siempre santa casa solariega.

JUAN CANALES.

…Yo amo, en Roso de Luna, a mi patria chica, y al asociarme a su homenaje quisiera gozar de la suficiente autoridad para convencer a los hombres de ciencia, a los escritores, a la Prensa y a los diputados y senadores extremeños de que, al honrar a Roso de Luna, honramos el espíritu y el símbolo de esta tierra parda y fecunda… Lo que falte de suntuosidad, al acto lo compensará el fervor y cariño de los que estemos, y lo que falte de grandeza se lo dará con creces la figura de Mario. El excelso hijo de Logrosán sabrá hacer justicia a nuestras intenciones y vendrá a recibir el abrazo de los que somos bastante líricos para hablar de homenajes y de los que estamos lo bastante *fuera de la realidad* para amar a Extremadura en sus auténticos prestigios…

JUAN LUIS CORDERO.

… La raza extremeña, fuerte y sobria, no ha desaparecido; se ha transformado únicamente. Hoy no conduce victoriosas mesnadas por los imperios indios; pero sabe, en cambio, iluminar con lumbres de ciencia y de ideal las triunfantes huestes del progreso, por medio de este maravilloso *poeta de las nebulosas…*

SANTIAGO SÁNCHEZ MORA.

…El homenaje es justísimo y a él me asocio.

S. BURGOS DE ORELLANA

… Yo creo que el homenaje más grato a los ojos de Roso, sería el de la constitución de una *Academia Extremeña de Buenas Letras,* empezando con una serie de las sabias conferencias de este gran extremeño, cuya genialidad es tan sublime, que por él, únicamente por él, se aplaude, allende los mares, a Extremadura…

R. GARCÍA-PLATA DE OSMA.

…Yo, el último de los colaboradores de la Prensa regional, me adhiero al pensamiento con cálido entusiasmo, esperando que todos los periodistas extremeños nos acompañen para llevar un eco de nuestra admiración y aplauso al apartado gabinete donde el hijo esclarecido de Logrosán elabora esas brillantes teorías que tanto sorprenden a los que siguen el movimiento intelectual contemporáneo…

GUILLERMO BONILLA.

…¿Por qué no celebran el homenaje en el mismo Logrosán?… Primero que nadie deben cooperar a ello las autoridades e hijos de Logrosán, donde vió la luz primera y se educó luchando solo el poeta de los cielos…

PEDRO MADROÑERO.

…A ninguna otra región de la Península se le podría aplicar con mayor Justicia que a Extremadura el versículo del gran poeta florentino anatematizando a los pueblos que no saben honrar, como se merecen, a sus hijos preclaros.

Humildes periodistas somos los que redactamos este semanario; pero, dentro de nuestra modestia, tenemos la suficiente independencia para despreciar a los que fundan su importancia en el dinero, a costa del cual son solamente conocidos, mas siempre estaremos dispuestos, en cambio, para aportar nuestro grano de arena para encumbrar a aquellos otros que alcanzaron su popularidad por la cultura, la inteligencia y el trabajo…

Aquí es mucho más conocido el que dispone de un lujoso automóvil, o el que posee un magnífico coto de caza, o el que tira buenamente a la calle unos cuantos miles de pesetas para conseguir un acta de diputado… Estamos más educados para recibir *sportmans,* más o menos auténticos; y si es verdad que existen aquí magníficos jugadores de tresillo, admirables *choferes* y habilísimos tiradores, y apenas si conocemos aquí la obra poligráfica de Roso de Luna…

(La Opinión, de Trujillo.)

…El homenaje a Roso de Luna, debe ser una fiesta completa y típicamente extremeña. Una fiesta en la que vibre intensamente el alma de mi amada tierra, buena tierra y sencilla, como vibra en las «Extremeñas» de Gabriel y Galán. Tenemos poetas, escritores, músicos, pintores, etc., etc. Llamémoslos, pues, a todos a la fiesta, y ofrende cada cual, en el altar de la *patria chica* personificado por sus hijos ilustres, el fruto de su honrado trabajo …

MODESTO ALBALÁ.

…Dejad a Mario que trabaje, sin distraerle con homenajes, para que nos legue algo

que nos hace mucha falta. Comprad sus libros, que será la mejor prueba de cariño y buena intención que podéis conceder a su benemérita obra poligráfica.

EDELMIRO ESTEVA.

Antaño.-A propuesta de un diputado, la Comisión provincial, por unanimidad, en acuerdo que después confirmó la Diputación, concedió una pensión para seguir la carrera de Ciencias a un joven imberbe que había terminado la de Leyes; ese joven creció, se emancipó y se lanzó a la inexorable lucha por la vida.

Hogaño.-Un nombre que, aumentando el de extremeños ilustres ha pasado las fronteras y el Atlántico, rueda por las columnas de la Prensa regional, y recogiéndole con cariño el ex diputado autor de la proposición mencionada, llama a las puertas de la Diputación para decirla:

«Ese nombre es el de tu pensionado; es el del joven a quien espiritualmente lactaste con tu presupuesto; es tu hijo, abrázale. Y en el homenaje que se le proyecta, ocupa el primer lugar que de derecho te corresponde como madre del festejado, el doctor D. Mario Roso de Luna.»

BENITO TRINIDAD

Ex diputado provincial.

…Nadie podrá ostentar mejores títulos que Roso de Luna, y méritos para ser agraciado con la gran Cruz de Alfonso XII. Esa distinción debería pedirse para el sabio extremeño que lo mismo busca en los arcanos de los mundos siderales, que discurre sobre ocultismo y ciencias teosóficas. Su nombre ha rebasado los límites de nuestra región, para incorporarse a la lista de españoles contemporáneos ilustres, y el galardón debe estar en armonía con esto.

(El Bloque, diario de Cáceres.)

Querido amigo Mario: Como tributo legítimo y debido…, el más debido de cuantos se han ofrendado a personalidades extremeñas de actualidad, vi iniciado en la Prensa un homenaje en su obsequio.

¡Ya era tiempo de que se hiciese plaza a la justicia!

Pero ese bacilo miserable que anida en todo corazón humano, parece que ha

despertado al oir su nombre, y, aunque escrito ya en el cielo, se ha revuelto contra él en la tierra, y pone obstáculos a su realización, dando una inoportuna voz de alerta a las gentes timoratas, por tratarse de un teósofo.

Pero, ¿por qué juzgar de las cosas mirándolas sólo por una de sus fases?... Si el conjunto resulta grandioso, admirémosle y ensalcémosle; que también el sol tiene sus manchas, ¡Y es el Sol!

Si el homenaje no cuajara, sería la mayor de las decepciones de mi vida. Le admira, le quiere y le abraza,

PUBLIO HURTADO.

LA POLIDIDÁCTICA Y ROSO DE LUNA

Copia de la solicitud que varios socios del Ateneo trataron de elevar al señor ministro de Instrucción pública en Mayo de 1913, a consecuencia de las 21 conferencias de «filosofía oriental en armonía con las ciencias modernas», dadas en dicho Centro por Mario Roso de Luna:

«Excelentísimo señor ministro de Instrucción pública:

Los que suscriben solicitan respetuosamente de V. E. que, bien en la Escuela Superior del Magisterio, bien en el Doctorado de filosofía y Letras de la Universidad Central o en otro Establecimiento docente, tal como el Ateneo de Madrid, se digne crear, con carácter oficial, la «Cátedra libre de *Polididáctica* (Ciencias, filosofías y Mitologías comparadas)», que las crecientes necesidades de la cultura española hace tiempo requieren.

No se trata con nuestra pretensión actual de una enseñanza más en el complejo cuadro de las por el Estado sufragadas, sino de la enseñanza reglamentada de una disciplina de síntesis filosófica, científica o poligráfica que, bajo uno u otro nombre, hasta bajo el impropio y poco adecuado de «Religiones comparadas», existe hace tiempo en todos los países cultos, desde que el gran Max-Müller diera sus geniales enseñanzas.

Nadie puede desconocer, en efecto, que el principio de división del trabajo aplicado a la enseñanza y el práctico cuanto fecundo atomismo nacido de las especializaciones didácticas ha dado días de gloria a las ciencias todas, pero no es menos notoria que semejantes especializaciones estan necesitadas, cada vez con mayor urgencia, de otras enseñanzas de síntesis que presenten al Tronco Uno de la Ciencia pura en toda su grandiosa integridad, como lo han comprendido ya en aquellos países, porque de ciencia a ciencia particular, por muy apartadas que ellas parezcan a primera vista, median vínculos efectivos, verdaderas anastomosis que no son para menospreciadas. Semejantes anastomosis han ido así creando nuevas ciencias de creciente alcance sintetizador, tales como la Astro-física, la Físico-quimio-biología, la Lingüística comparada, la Embriogenia y la Ontogenia comparadas, la Legislación comparada, la

Sociología, etc., etc., ciencias con las que se preparan de uno u otro modo la síntesis ulterior de una bien entendida Polididáctica, que sea a las ciencias particulares lo que el Cálculo integral es al Cálculo diferencial, o lo que es a las familias de cualquier orden el tronco genealógico uno. Si nuestra patria ha sido en el pasado la metrópoli de la Polididáctica y la Poligrafía, desde los tiempos de San Isidoro, de los árabes cordobeses, de Alfonso X o del Brocense, es una dolorosa verdad que hoy parece agotada entre nosotros esa fuente fecunda de consuelo, de ciencia y de poesía, sin duda porque hemos descuidado el cultivo de los debidos estímulos que son indispensables para formar entre nosotros nuevas generaciones de donde pueden surgir hombres universalizadores como Kant, Schopenhauer o Humboldt.

Creeríamos ofender a la ilustración de V. E. si, tras lo antedicho, descendiésemos a recordar la decisiva importancia que hasta para los estudios históricos tiene la nueva disciplina de la Polididáctica, cuya instauración en España solicitamos. La mente del Pasado ha sido sintética y poligráfica, con exceso quizá. Por ello, estudios tales como los de ciertos códices aún no esclarecidos y las ciclópeas síntesis contenidas en la Leyenda y el Mito hacen referencia a cosmogonías, antropologías, supersticiones ancestrales, usos, costumbres, sentimientos e ideas que sólo pueden ser abarcados y avalorados en todo su precioso alcance por el estudio de una Polididáctica para la cual ya han construído excelentes cimientos nuestras ciencias contemporáneas.

En realidad, la repetida cátedra de *Polididáctica* o sea de «Ciencias, Filosofías y Mitologías Comparadas», aunque indotada todavía por el Estado, está ya creada y realzada en el Ateneo de Madrid por uno de los hombres más preteridos y de más valía entre los pensadores y oradores de aquella docta Casa: por el Doctor Mario Roso de Luna, cuya hoja de méritos y servicios se acompaña.

Dicho abnegado y nada obscuro polígrafo, cuyos libros, cuyas conferencias en el Extranjero, cuyos trabajos de investigación y cuyas virtudes cívicas son conocidas sin duda por V. E., se está excediendo a sí mismo en la más sugestiva exposición polididáctica con su actual «Curso de filosofía Oriental en armonía con las Ciencias Modemas», prólogo del de «Polididáctica» que tiene anunciado de igual modo para el próximo año académico, en la siempre sabia Cátedra del Ateneo, y cosa menos laudable, allí donde se han retribuido siempre las enseñanzas de tales «Estudios Superiores», Roso de Luna viene dando gratuitamente sus enseñanzas poligráficas, por

movimiento espontáneo de su generoso patriotismo, patriotismo tanto más digno de alabanza cuanto que Roso de Luna es pobre y no recibe ni ha recibido jamás dotación alguna de los Poderes Públicos, a pesar de haber realizado la variada serie de descubrimientos e investigaciones que detallan en la adjunta «Hoja de Méritos», y dejado también sentados, como el propio señor Altamira, el pabellón científico de España, en su reciente serie triunfal de más de sesenta conferencias filosófico-científicas en la Argentina, Chile, el Uruguay y el Brasil, conferencias que, por no desmentir el altruísmo que le caracteriza, fueron también absolutamente gratuitas, sin que España, triste es decirlo, le haya otorgado tampoco, como a otros, la recompensa que merece.

Hombres de las dotes de Roso de Luna no pueden, en manera alguna, seguir por más tiempo huérfanos, no ya del favor, sino de la justicia oficial, si no queremos que de un día para otro nos veamos privados de los frutos de su labor, como ya ha estado a punto de suceder, pues que se le han ofrecido en la Argentina, como puede probarse, el desempeño bien retribuido de la misma Cátedra que hoy gratuitamente explica en el Ateneo de Madrid y que debe seguir explicando con la debida retribución y carácter oficial en uno u otro centro docente.

La tutela del Estado tiene previstos casos excepcionales como el que nos ocupa. Sin necesidad de recordar que de modo semejante han sido honrados con las cátedras que tan merecidas tenían hombres como don José Echegaray, D. Elías Tormo y otros varios, según consta en el Ministerio del digno cargo de V. E. no hay sino decir que el espíritu y letra del Real decreto de 5 de Octubre de 1901 tiene previsto el caso, y facultado al señor Ministro del ramo para llamar al servicio del Estado en la enseñanza a todos aquellos que, por sus dotes, conocimientos, servicios y demás excepcionales circunstancias que en ellos concurran, entienda el Ministerio que pueden ser útiles como profesores de determinadas disciplinas docentes, máxime si ellas, como la de Polididáctica que nos ocupa, son nuevas en el cuadro general y han sido creadas y avaloradas cumplidamente por los mismos a quienes, con el desempeño oficial de ellas, se trata de recompensar.

Por todas estas razones y otras varias

Suplicamos a V. E. se digne nombrar a D. Mario Roso de Luna; domiciliado en esta corte (Buen Suceso, 18 duplicado), profesor numerario de la nueva «Cátedra de

Polididáctica (Ciencias, filosofías y Mitologías comparadas)» que al efecto se cree en cualquiera de los centros docentes arriba expresados, por entender los firmantes que con ello se presta un señalado servicio alas letras españolas y un óbolo obligado a la justicia.

Madrid, etc.,

EPÍLOGO

Cortemos aquí el hilo del brillante collar de perlas que antecede, joyas debidas, como se ve, a las plumas más galanas y sinceras. Otras muchas han quedado por ensartar; pero tiempo habrá de ello otra vez, porque *el Mago de Logrosán* se encuentra ahora en la plenitud de su fructificación literaria, y por las muestras, su enciclopédica *Biblioteca de las Maravillas* ha de pasar de los diez tomos, constituyendo una publicación sin precedentes en la literatura española y casi en la extranjera: ¡Una especie de Revista poligráfica semestral, que nos da al año próximamente mil nutridas y nutridoras páginas en cuarto!

Cuando, en efecto, empiece, tras los horrores de la Gran Guerra, la traducción a otras lenguas de aquella *Biblioteca,* como ya se anuncia, es cuando nos daremos cabal cuenta de todo su alcance y trascendencia. Y pasará lo que con Cajal, lo que con Costa, lo que con tantos otros genios que no hemos sabido apreciar en todo su valor hasta que desde fuera nos lo han dicho.

Ya hemos visto a *Evolución Solar* traducida al francés, y, en parte, al inglés, bajo el título de *The agreement of Eastern with Western astronomie.* Ya la *Société Royal de Archeologie,* de Bruselas, tradujo y premió también *Atlantes extremeños,* y ya hemos visto cómo un brasileño ilustre pide la traducción de *La Humanidad y los Césares* a todas las lenguas y su declaración de texto a todas las Escuelas Superiores. En cuanto a los artículos de *el Mago,* a muchos los hemos visto reproducidos hasta en veinte revistas o periódicos de América, como hemos visto también, sorprendiéndonos hasta la estupefacción, gráficos curiosísimos de *las órbitas psíquicas* (o séase las vidas) de algunos investigadores que han tenido semejante humorada tras la lectura del artículo *Astronomía psíquica,* uno de los que avaloran el tomito de *Hacía la Gnosis,* sin necesidad de tomar, como el célebre Bonafoux, el *Hacia la Gnosis con whisky.*

De hoy en adelante no habrá mitólogo tampoco que no tenga que consultar con fruto la joyería mítica engarzada en las páginas de los libros del Mago, a quien más de una vez hemos oído decir que en su *cátedra de Polididáctica* uno de los textos preferentes sería el de *Las Mil y Una Noches,* por supuesto leída, como él lo hace, en su altísimo contenido esotérico. En cuanto a la prehistoria, no seremos falsos profetas al vaticinar que los dos tomos referentes a la Atlántida, como ya se dibuja en *De gentes del otro*

mundo, causará una verdadera revolución en lo relativo a las ideas que hoy se tienen respecto al gran continente desaparecido.

Cerremos, pues, *por ahora,* este librejo, haciendo nuestras las primeras frases del Sr. de la Quadra Salcedo al comienzo del prólogo del libro *De gentes del otro mundo,* cuando dice: «Inicio estas líneas con aquellas palabras de Virgilio en una de sus églogas;

Sicelides Musae paulo mayora canamus
non omnes arbusta juvant humilesques mírices
jan redit et Virgo redeunt Saturnia regnat
jan nava progenies coelo demititur alto.»

Hemos elevado nuestro canto, «¡oh, musas sicilianas!, ya que no a todos agradan los arbustos y los pequeños tamarindos. La Reina llega ya, retoman ya también los ciclos de Saturno, y una nueva generación desciende del sublime cielo », porque en verdad es cosa que maravilla y complace en extremo la oportunidad con que, apartándose del clamoreo militar y de las pasiones políticas, se pone la inteligencia y el corazón de un hombre al servicio de una empresa noble y generosa: la de señalar a la Humanidad los caminos de la Paz y de la verdadera contemplación, iniciándola en los escondidos pensamientos que han presidido al desarrollo de los pueblos desde que el mundo es mundo.»

---

[1] La familia de Roso de Luna ha sido tan ilustre como desgraciada. Don Nicolás Pérez Jiménez, en su *Historia del Estado de Capilla,* dice sobre este particular al hablar del abuelo, de D. Julián de Luna:

«Parece que se cumple en el orden intelectual como en el orgánico la ley de herencia, y buena prueba de ello es la familia Luna, pues de ella, además de nuestro biografiado, salieron D. Manuel Seco de Luna, atildado escritor, amigo de las más arduas empresas y viajero universal (Hoy podría añadir: «padre político del célebre novelista Felipe Trigo»); D. María de Luna, hijo de D. Julián, notabilísimo abogado y excelente músico; D. Rafael Seco de Luna, cónsul de España en diferentes países, y D. Mario Roso de Luna, el polígrafo.» El prologuista de *De Gentes del Otro Mundo,* Sr. De la Quadra Salceda, al referirse al linaje de los Bover catalanes ya la famosa Vaca de las cinco patas de su escudo, dice:

«Por donosísima casualidad –si es que la *casualidad* y no la *causalidad* o sea que *todo tiene una causa,* una explicación y también un misterio, rige en este mundo– el segundo apellido paterno del Sr. Roso de Luna es el de *Bover,* como hijo de Don José Rosa y Bover (natural de Vinaroz, Castellón, nacido en 1839; fallecido en 1904). Se explica, pues, bien que nuestro amigo nos venga hoy, con su admirable, erudita y revolucionadora obra, a darnos la revelación de esos mismos *jinas* de su paterno-materna ascendencia, así como que dicho extremeño de la ruda raza de los conquistadores de América sea *vaqueiro* quizá por la línea materna de su madre Doña Jacinta de Luna y de Arribas, nieta de gentes bercenses y extremeñas (nacida en 1831; fallecida en 1910). Decimos todo esto, porque no ha faltado escritor catalán que ha creído se trata de un pseudónimo lo de «Roso de Luna».

No acabaríamos tan fácilmente si, por otra parte, fuésemos a detallar las posibles conexiones familiares de nuestro buen amigo con caracteres tan enteros como el de aquel Don Álvaro de Luna, el astuto privado de Don Juan II, que mantuvo a raya a la turbulenta nobleza y por ella fuese inmolado, o bien con aquella nobilísima figura, *todo energías;* del antipapa Luna (Benedicto XIII), quien, desde su silla de Peñíscola (hoy conservada en el ermitorio de San Sebastián, en Vinaroz), desafió las iras de los Concilios que le depusieron.

Sin necesidad de ir tan lejos, tenemos la viril silueta del abuelo materno de Roso de Luna, Don Julián de Luna y de la Peña (nacido en Zarza Capilla, Badajoz, en 1789 y fallecido en Cabeza del Buey en 1848). Este inestudiado polígrafo, maestro de Donoso Cortés, y cuya biografía puede verse en el tomo III de la *Revista de Extremadura* (1901), fue uno de los caracteres más enérgicos y sabios de su tiempo. Hijo de la Enciclopedia, admiró a los propios realistas que en el año 23 le hallaron de custodio de los fondos provinciales, cuando todos los diputados habían huido. De Secretario del Gobierno Político de Cáceres, más tarde, dijo de él el ínclito Don Nicomedes Pastor Díaz «que muchos de los que han mandado provincias no perderían nada con ser algún tiempo sus amanuenses». Perseguido do quiera Luna por sus ideas liberales, e «impurificado en segunda instancia», explicó en Madrid la cátedra de Economía Política, dejando inédita una hermosa obra en la que dió la voz de alarma contra la falsa orientación impresa a dicha ciencia por Adán Smith y J. B. Say, con sus teorías en las que confunden lastimosamente, para daño de la Humanidad, la *riqueza positiva* con el *valor,* que es *riqueza negativa,* dando lugar a esas ideas de «aumento de los valores», que no son sino «aumento de la miseria», como hoy se ve con las desdichadísimas «cuestiones sociales» que amenazan subvertir al mundo. Muchas ideas, en fin, de dicha obra referentes a la *industria intelectual* como la primera de todas, son de gran actualidad hoy mismo, y por lo que atañe a Julián de Luna en su actuación como jefe político en Bilbao (hacia 1842), baste decir que amó tanto a esas imponderables Sociedades Económicas de Amigos del País, de las que era preclaro miembro, y tanto también a la región vascongada, que la Diputación Foral, al despedirle con lágrimas en los ojos, le entregó un memorial que, poco más o menos, acababa diciendo: «S. S. se apartará de nuestra vista, pero jamás de nuestros corazones y hasta en el seno de su hogar, donde se reposará tranquilo con los suyos, nuestra gratitud le acompañará eternamente…»

Si continuásemos ocupándonos de este glorioso liberal y relatásemos sus campañas contra el carlismo en la Mancha y Extremadura, y de sus trabajos poligráficos, tales como su sonatina para guitarra, *La Dolorida;* su *Tratado sobre la felicidad;* su *Mapa de Extremadura* (subvencionado por la Reina); sus *Apuntes de clásicos;* sus *Informaciones de Táctica Militar;* sus discursos y sus explicaciones en su cátedra de Agricultura, en Badajoz, daríamos a esta nota proporciones excesivas.

Terminemos, pues, hoy, con el abuelo, diciendo, respecto del nieto, lo que dice el adagio: ¡Lo que se hereda, no se hurta!»

[2] En el evangelio apócrifo, admitido por alguna iglesia de Oriente, de la *Pistis Sophia,* se refiere un caso semejante respecto a la infancia de Jesús. *Nota del autor del presente libro.*

[3] Nos consta que durante el ejercicio profesional, como abogado, en Logrosán, no devoró Roso más que amarguras, devolviendo siempre bien por mal, según el precepto evangélico. A uno que le quiso procesar acabó por apadrinarle un hijo, y las causas justas tuvieron en él un campeón decidido costara lo que costase. Entonces fue cuando un modesto vate logrosaniego le consagró estos ingenuos versos:

A MARIO ROSO DE LUNA
Victorioso laurel orla tu frente;
aclámate la gloria por su ahijado,
y tú, ¡oh Marío!, te muestras indulgente
con émulos que te han perjudicado;
tu científica antorcha refulgente
a nuestra culta Europa ha iluminado…
¡Sigue, sigue caudillo, ese camino
y marca a nuestra patria su destino…!
DIEGO MANZANO JADO.

[4] Si extraña fue esta célebre entrevista de nuestro amigo con la suprema autoridad teosófica, lo es mucho más cierta escena relativa al anillo de madame Blavatsky, que diferentes veces nos ha contado él mismo, y que no reproducimos aquí porque por su interés, extensión y rareza constituiría en pequeño una leyenda al modo de la del *Anillo del Nibelungo.*

[5] Como buen *chattriya* o guerrero indostánico, Roso de Luna *se peleó* con Menéndez y Pelayo en plena Academia de la Historia, lo que no fue obstáculo para que éste le encomiase varias veces en su última edición de *Los Heterodoxos.*

[6] Viendo estas líneas hoy, no podemos menos de notar que esta verdadera profecía se ha cumplido. ¡Ojalá se cumplan también las que en este bien intencionado libro nuestro se simbolizan!
[7] La vieja profecía de 1897 antes transcripta y esta hermosísima y reciente crónica del más castizo quizá de los literatos españoles contemporáneos, encuadran, como las dos tapas de un libro, toda la vida de nuestro amigo. Por eso las ponemos seguidas, a pesar de la distancia de casi veinte años que las separa.
[8] Aquí confunde intencionadamente el festivo cronista al *vaquero* vulgar, conductor de vacas, con los célebres *Vaqueiros asturianos,* raza proscripta antaño de Asturias, y que, según los estudios de Roso, tiene abolengo budhista.
[9] La pericia, justicia y gallardía de esta terrible *Información* de uno de los más cultos escritores que tiene nuestro Cuerpo de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, contribuyó no poco, según se ve en el trabajo que más adelante escribe el director del Observatorio de Madrid, para recabar en favor de Roso de Luna la prioridad del descubrimiento de su cometa.
[10] Para que se vea de qué modo procedió con el Sr. Roso el director señor Merino, baste decir que en la carta-respuesta a la del descubrimiento había dicho *lo contrario, que en la Gaceta,* o sea que «el cielo de todos aquellos días había estado velado por densa capa de vapores que impedían la observación».
A consecuencia de este patriótico artículo y de las cartas dirigidas después a diversos Centros extranjeros por el Sr. Roso de Luna, el *Compte Rendu,* del 27 de Julio; la Revista de mayor autoridad entre los astrónomos, titulada *Astronomische Nachrichten,* de Kiel, y los demás Centros reconocieron la prioridad del descubrimiento de nuestro compatriota.
[11] La poderosa intuición del excelente critico Sr. Terán le permite así adivinar una de las más altas enseñanzas esotéricas de Oriente relativas a las *cuatro categorías de soles,* tres de ellos invisibles por ultraluminosos o por encima de nuestra *gamma* perceptiva: el sol físico, que es el que conocemos, y los llamados *sol ecuatorial, sol polar* y *sol central* de la nebulosa de la Vía Láctea, sol este último que ciertas tradiciones emplazan hacía las Pléyades, en armonía con ciertos atisbo s de la ciencia moderna. Semejantes soles son los que determinan esos enormes ciclos indostánicos de millares de millones de años que Roso de Luna estudia en el capítulo de *Astronomía* y *Astrología* de sus *Conferencias teosóficas en América del Sur.*
[12] El dulcísimo poeta brasileño, siempre, como él decía, *«á sombra das 7 primeiras Palmeiras de Mangue»*, dedicó este poema a nuestro amigo con motivo de su gira teosófica por el Brasil. La mucha extensión del poema nos obliga a no dar sino estos cortos fragmentos.
[13] Un capítulo de la obra *El drama lírico de Wagner y los Misterios de la Antigüedad,* por Mario Roso de Luna.–(Pontevedra: Tipografía de la viuda e hijos de Antúnez. 1915), preciosa edición privada, obsequio del autor y del editor –D. Javier Pintos Fonseca– a sus amigos.
[14] Tomo I. *El tesoro de los lagos de Somiedo,* por Mario Roso de Luna. Madrid, librería de la viuda de Pueyo. 1916. Precio, 8 pesetas, volumen en 4.° mayor, con 504 páginas y XL de prólogo.
[15] Sobre *Letanías* y sus filiaciones puede ser útil consultar sobre Synésius en la Historia Critica del Gnosticiano, por M. Jacques Matter, en francés, tomo III, páginas 7 y 191.
[16] Estas perlas de Villaespesa, uno de los más grandes poetas de nuestra raza, son la mejor glosa que puede hacerse acerca del delicioso contenido de la *Biblioteca de las Maravillas.*
[17] La Historia cuenta, en efecto, que le dirigió al ilustre prócer una especie de arenga al estilo de un verdadero Justicia de Aragón, para que, dando de lado la política al uso, se interesase seriamente por la desvalida cenicienta extremeña.
El discurso, por lo inesperado, por lo gallardo y lo justo impresionó hondamente, igual al Conde que a los demás comensales que escucharon encantados al terrible tribuno extremeño.-*Nota del autor de este libro.*